ÁNGEL CAPPA

# ¿Y EL FÚTBOL, DÓNDE ESTÁ?





ÁNGEL CAPPA

# ¿Y EL FÚTBOL, DÓNDE ESTÁ?

*Prólogo de César Luis Menotti*




*Lima / Perú*

¿Y EL FÚTBOL, DÓNDE ESTÁ?


Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro
Lima 27, Perú
*peisa@terra.com.pe*

Tiraje: 8 000 ejemplares

Impresión:
Quebecor World Perú S.A.
Av. Los Frutales 344
Lima, Perú.

Diseño de carátula:
Algrafos Taller Gráfico

Composición y diagramación:
PEISA

ISBN: 9972-40-307-6

Registro de Proyecto Editorial N.º 11501310400420
Hecho el Depósito Legal N.º 1501032004-5224

# *Índice*

## *Prólogo*

Para Ángel Cappa

**El fútbol hoy**

El fútbol se ha convertido en un negocio. Si alguna vez escribí en tono de metáfora que había un fútbol de derecha y otro de izquierda, hoy puedo decir que el gran negocio del fútbol (manejado siempre por la derecha) se ha hecho más fuerte amparado por una serie de instituciones y, como siempre, cuenta con la complicidad de este "mundo moderno" que sigue provocando miseria, pobreza, más guerras, más muertes y más ignorancia.

El espectáculo está tan deteriorado que se hace imposible entender lo que ocurre con el juego. Hoy, hablar de fútbol equivale a determinar, desde la perspectiva del márketing, cuántas camisetas puede vender Beckham o qué debe hacer un jugador para ingresar al mercado. En Sudamérica, la preocupación está en cómo promocionar la venta de jugadores, lo que, además, no alcanza para sanear la economía de las instituciones, pero sí para pagar millonarias comisiones con las que se enriquecen algunos, se funden los clubes y se deteriora el espectáculo. Así están las cosas.

Por si fuera poco, la burla se ha apoderado a la hora del festejo del gol. Muchos futbolistas se han olvidado de la emoción genuina. Ahora saltan, ensayan bailecitos, se quitan la camiseta, se suben a la tribuna en actitud demagógica. Todo es mediático y planificado. Siento que se está perdiendo el respeto y la hidalguía hacia el adversario. Escribo todo esto cuando en un programa argentino de televisión, un periodista y un entrenador exaltan la trampa como forma

de planificar: mencionan hasta la importancia que tiene la preparación de los *recogebolas* (o *alcanzapelotas*, como también se les llama) para manejar los tiempos, y dicen que hay que "estar vivos" con el carrito que recoge lesionados.

Periodistas y entrenadores intentan justificar su ignorancia con frases, gestos y actitudes que no se pueden sostener desde ningún lugar que no sea la complicidad decadente. En medio de esta realidad, el producto fútbol se sostiene gracias a su propia historia: el negocio no ha podido invadir, felizmente, el sentimiento de la gente.

*Lobby* para vender o comprar jugadores, para colocar entrenadores, dirigentes y empresarios, los cuales, además, están ávidos de figuración y desarrollan enormes complicidades para sostener el negocio. Un negocio avalado por un periodismo hegemónico. Mientras esto sucede, los escenarios se devalúan y se juegan más partidos y se programan más giras, copas, campeonatos, y llegan la radio, la televisión, los reportajes y los festejos desmesurados, y los futbolistas son utilizados desde el *jet set*, haciéndoles creer que la cosa pasa por la imagen, y entonces ellos se disfrazan y se tatúan y se ponen aros y collares y se mezclan todos, y el mensaje es la viveza, no la inteligencia, no el aprendizaje, no la fiesta del juego, sino la festichola de la mediocridad.

Así en el fútbol como en la vida, la lucha está planteada. O se unen los que quieren denunciar las mentiras evidentes de este modelo, o seremos un objeto más del mercado, manejado por los que intentan mantener este mundo miserable. Ante la locura de "Galácticos" y Ronaldinhos, de tediosos, vulgares y, por qué no, mediocres programas mediáticos asociados al mundo del Gran Negocio, aparece, una vez más, Ángel Cappa.

Ángel Cappa sigue luchando por defender el juego. Desde la esperanza y el conocimiento, con sensibilidad y coraje, plantea ideas y denuncia las grandes mentiras. No oculto cierta vanidad por estar en este libro, pero no por el simple hecho de aparecer, sino porque me doy cuenta de que desde aquí se defiende al público y se exige que se le respete.

Hay dirigentes, entrenadores, jugadores y periodistas. A simple vista, para los espectadores el negocio marcha bien, pero al público al que no le interesa "la fiestita" de mujeres que muestran el culo, o la calidad del jamón de jabugo que se come en el entretiempo, a ese público que ha sostenido y sostiene la maravillosa tradición del fútbol, no se le puede vender basura en nombre de la "modernidad". Creo que para ellos Ángel Cappa trabajó en este libro. Con ellos es el compromiso.

CÉSAR LUIS MENOTTI

*A mi barrio, Villa Mitre, donde conocí el fútbol y la vida, en ese orden.*

*Y a los que luchan contra la injusticia de la globalización, para que todos entendamos que un mundo mejor es posible.*

El fútbol —nuestro fútbol— pertenece a la clase obrera y posee la amplitud, la nobleza y la generosidad de permitir que todo el mundo disfrute de él como espectáculo.

César L. Menotti

Las dos únicas maneras posibles de jugar al fútbol son: bien o mal. Porque no hay ejecución moderna ni antigua. A lo sumo hay una mayor abundancia de mal fútbol.

Dante Panzeri

# *Introducción*

En los cafés, donde uno encontraba ciertos códigos de vida y muchos conceptos de fútbol, las conversaciones eran desordenadas y, aunque se discutiera para tener razón, aparecían algunas verdades capaces de atravesar el tiempo, anécdotas de épocas mejores y otras cuestiones que nos iban formando el gusto y el conocimiento. Posiblemente este libro sólo sea un momento de esas conversaciones de café, donde alrededor del fútbol se mezclan conceptos, reflexiones, temas vinculados con un modo de ver y sentir este juego, experiencias recogidas en el camino y el aporte de cuatro conversaciones reveladoras: con Juan Manuel Lillo, uno de los dos o tres mejores entrenadores de fútbol que yo conozco; con Josep Guardiola, que juega como se debe, con Fernando Redondo, quizá el símbolo más firme y representativo del fútbol argentino que anda por el mundo, y por último, con el Flaco Menotti, mi maestro, aunque en realidad todo el libro tiene su influencia. También quiero agradecer a Alberto Giráldez, que desde España nos acerca una idea distinta y mejor de la preparación física, y a Fernando Signorini, que piensa con la misma óptica desde Argentina, a ver si logramos que los preparadores físicos más jóvenes entiendan el oficio desde el juego y no desde el músculo. Incluyo tres o cuatro anécdotas que ocurrieron en mi ciudad para remontarme al origen de mi forma de ver el fútbol, y las cuento tal como me sucedieron o se cuentan todavía en Bahía Blanca. Mi intención fue pasarla bien mientras lo escribía, y en caso de

que fuera posible aprovechar y servir de ayuda para que, entre todos, pensemos el modo de preservar el juego que tanto queremos y que, por razones de la globalización económica, quieren arrebatarnos para convertirlo totalmente en otro producto de consumo. ¿Será posible?

Ángel Cappa

## *Éste no es el fútbol* —•

"¿Para qué poetas en estos tiempos injustos y miserables?".

HÖLDERLIN

Dice Michael Jordan que el mejor entrenador que tuvo fue Dean Smith en la Universidad de Carolina del Norte, en sus comienzos, porque le enseñó la importancia de lo básico. Es decir, le descubrió los fundamentos del juego. Eso es, precisamente, lo que en términos generales ha perdido el fútbol y por eso mismo es que se juega mal. Particularmente en Italia y, aunque en menor medida, también en España (los centros del poder económico futbolístico), y por extensión en los campeonatos más importantes del mundo, se han abandonado los conceptos básicos. Explica Jordan, en un libro (*Mi filosofía del triunfo*) en el que reúne sus opiniones más interesantes, que "en el instante mismo que uno se aleja de lo básico, los cimientos de su juego se debilitan hasta derrumbar toda la estructura". Y agrega que en la NBA "hay jugadores habilidosos que no pueden vencer dificultades. ¿Por qué? Porque no cuentan con los cimientos necesarios para construir. No poseen lo básico".

Al fútbol lo han convertido, ya casi totalmente, en una cuestión puramente comercial y para eso lograron darle ese tono impreciso de superficialidad donde lo que menos importa es el juego. Los medios de comunicación, y especialmente la televisión, que prácticamente se ha apoderado del espectáculo, tienen mucho que ver en esa transformación que se viene gestando desde hace no menos de 40 años. François Brune nos advierte en *Le Monde Diplomatique* que "la televisión jamás comunica lo real del mundo". Tampoco,

por supuesto, cuando se ocupa del fútbol. Fabrica un producto épico y trivial que tiene como base este juego, pero manipulado de tal manera que termina ofreciendo un show de imágenes cinematográficas, repeticiones intrascendentes y comentarios vacíos hasta hacer desaparecer la noción del juego.

Los gestos atléticos, los primeros planos de sudor y músculos, los gritos de los entrenadores, las caras famosas de los palcos y plateas, eso es lo importante para la televisión, creadora de una cultura futbolística banal y exitista, donde el buen gusto y el análisis quedan absolutamente postergados. Los otros medios (diarios, radios) también se ocupan mucho más de lo que sucede alrededor del fútbol, que del fútbol mismo.

Ese es el entorno mercantilista de este juego que una vez fue la fiesta que los pueblos se daban a sí mismos, y que aceleradamente el mercado se la está arrebatando a la gente.

En ese contexto teatral, el fútbol se ha ido debilitando en sus cimientos y ha ido olvidando poco a poco sus fundamentos. Por ejemplo, corre el que tiene la pelota y los demás miran, justo al revés de lo que debe ser. Los jugadores sólo miran la pelota y no ven el partido, la jugada pretende terminar por donde empieza, no hay cambios de frente, no hay distracción y por eso se choca tanto. No hay toque en el medio para armar la jugada porque a nadie le interesa armar la jugada, sino forzarla.

Desapareció el 5, nos robaron el centrojás (como se le llama en Argentina). Ahora se usa poner dos volantes tapones para luchar y perturbar el supuesto juego del adversario, que hace otro tanto. Se habla de fútbol directo, es decir sin engaño: se hace lo que se anuncia. Lo confesó Josemari, el delantero español que jugó en el Milan: "En Italia no hay toque", dijo, "Allí van para adelante aunque no aparezca la jugada". Es decir, la revelación de la locura. Es como decir que la puerta está cerrada pero yo igual paso.

Con el 5 se fue el enganche por falta de trabajo. Ya no hay nada que enganchar. Todos son pelotazos para el 9, que ahora tiene el 24 o el 45, y que espera solo allá arriba, y cuya función principal es

aguantar la pelota hasta que llegue el auxilio. Un periodista en España, cuando llegó Palermo, me preguntó: "¿Pero Palermo aguanta la pelota?". Era lo único que le preocupaba. No me preguntó cómo juega, si le pega bien, si gambetea, si cabecea, si sabe tirarse atrás, no, sólo si sabe aguantar la pelota.

No es extraño en este ambiente que el jugador haya perdido también pasión por el juego y por la pelota. Esa hermosísima declaración de amor a la pelota que hace Maradona en su libro: "A mí dame una pelota y me divierto y protesto y quiero ganar y quiero jugar bien", sería muy difícil atribuírsela a alguno de los jugadores más importantes del mercado. A ellos el gran negocio vendedor de mitos les reserva el lugar de las estrellas, de los famosos, y la atracción del juego les resulta cada vez más débil.

Este fútbol a toda velocidad, sin pausas para pensar, corresponde a una vida vivida también a todo trapo, sin memoria y sin referencias. Todo transcurre con tanta rapidez que hablando con un jugador que tuve en el Tenerife, en el 92, 93 y 94, comentando con él aspectos del juego actual, recordando los sueños que tejíamos juntos en cada partido, me dijo, con un deje nostálgico que me sorprendió: "y... eran otros tiempos", como si estuviéramos hablando de los años 40.

Lo curioso de este fútbol que quiere evitar los riesgos de jugar es que también olvidó los conceptos para defender. En primer lugar, se defiende en cualquier lado y de cualquier manera, menos en las áreas, que es donde hay que defender. Recuperar la pelota ha dejado de ser una preocupación; forzar el error del adversario, otro tanto. La cosa se simplificó en el atropello. Directamente se atropella al que viene con la pelota, y a otra cosa.

Por eso aquella frase del Flaco Menotti, "defender no es interrumpir el juego", ha sufrido, con el tiempo, una modificación sustancial: defender no es embestir.

Los equipos han vuelto a ser largos, como en los años primeros, porque no se achica más. Cuando un equipo pierde la pelota en ataque, los rivales tienen 40 metros llanos para correr en libertad. O peor aun, se achica antes de que la pelota salga jugada y por eso se

encierran solos, se quitan espacios. El fútbol ha cambiado mucho y rápidamente. Se está cumpliendo la profecía de Michael Laudrup, que cuando se retiró dijo que "en diez años no habrá más jugadores como yo. Preferirán atletas". Y es así. Si no se respetan las velocidades que cada sector de la cancha exige, y todo se hace a 180 kilómetros por hora, los jugadores como Laudrup la ven pasar y no la pueden agarrar. Pero no cuando la tienen los adversarios, sino cuando la tienen los compañeros. Convengamos, entonces, en que se juega mal. Y me apresuro a hacer una aclaración. No es que se juegue feo, que también se juega feo, sino mal, que es otra cosa.

Yo entiendo que jugar bien es respetar los conceptos básicos, tal y como dice Jordan. Y eso tiene que ver, naturalmente, con jugar lindo y con el espectáculo, aunque no se lo proponga. Porque se juega bien para ganar.

Me doy cuenta de que a este panorama que acabo de describir le hacen falta matizaciones. No todo es negro, como tampoco todo es blanco. Quiero decir que a pesar de todo esto hay jugadores que juegan bien y equipos que, al menos, lo intentan. Es cierto que de las grandes competencias internacionales cuesta elegir un equipo que juegue bien como norma, regularmente, pero todavía queda alguno.

Y sobre todo, lo más importante del asunto, todavía siguen saliendo jugadores de calidad, especialmente en Sudamérica, que tienen la pelota de aliada y que son capaces de derribar todos los prejuicios y toda la solemnidad mercantil, para gozar tirando una pared o gambetearse a cuatro si la ocasión se presenta. Que entienden el fútbol, quieren aprender y les gusta jugar. Por eso, tal vez no debemos ser tan pesimistas. Enseñaba Borges que la historia es circular y que los episodios se repiten en ciclos. Seguro que después de esta fulería vendrán tiempos mejores.

Al fin y al cabo, como decía siempre un atorrante de mi barrio para cerrar las discusiones, "son vicisitudes", frase que quedó en el misterio porque nunca supimos en realidad qué quería decir.

## *"Juégueme suelto, Fontana"*

Mientras se saca el buzo para entrar a la cancha, Fontana escucha al entrenador que le da las últimas instrucciones: "Quiero que me juegue de volante retrasado, pero mandándose al ataque. Hágame de tapón en el medio, parado delante de la línea de cuatro. Cuando se vaya arriba, hágalo picando en diagonal... lánceme pelotazos cruzados para los punteros. Trate de tocar de primera en paredes cortas, y en las largas busque la espalda de los marcadores centrales".

El inteligente humor de Caloi describe con aguda certeza la obsesión de la corriente tacticista por preverlo todo. Sigamos escuchando junto a Fontana: "No se olvide de amagar y buscar la pausa o el cambio de ritmo. Rote para desmarcarse y provocar claros para la subida de un compañero. Gambetee a la carrera y pruebe de media distancia".

En el cuadro siguiente, Fontana terminó de sacarse el buzo, pero sigue escuchando: "Llegue al cabezazo cuando desbordan los punteros y en los córners, si descarga la pelota hacia un costado, pase por detrás del que recibe y pique por la punta". Y así mucho más todavía. Hay que ver la cara de perplejidad que dibuja Caloi en el pobre y abrumado jugador, pero lo que sorprende totalmente es la recomendación final del técnico, cuando Fontana ya va a entrar a la cancha. Lo llama y le dice... "Ah, otra cosa, Fontana: juégueme suelto, sin preocuparse por nada".

Este afán tacticista por evitar los riesgos propios del juego está

lleno de anécdotas más o menos graciosas, según como uno las quiera mirar, que revelan su intención de hacer del fútbol la dinámica de lo estudiado, en vez de la famosa dinámica de lo impensado, de la que hablaba Dante Panzeri. Conozco un técnico que a las tres de la mañana golpeó la puerta de la habitación de uno de sus jugadores en el hotel de concentración. Le preguntó si sería capaz de cumplir con una determinada función, que pasó a detallarle. El jugador, medio dormido, le dijo que sí, pero había algo en su mirada, supongo, que no convenció al técnico, porque al irse de la habitación con sus cintas de video y muchos papeles en las manos, le repetía: "no, no, no te veo, no te veo", y al día siguiente no lo puso.

Es cierto que tampoco se trata de despreocuparse totalmente del orden táctico y dejar que los jugadores hagan lo que quieran o puedan. El "vaya, nene, invente" no tiene sentido si no se dice dentro de un contexto de respeto a las obligaciones colectivas. Cuentan de un entrenador que en una entrevista radial, después de que uno de sus jugadores —creo que era García Cambón— hiciera un partido fantástico, reveló el secreto de su influencia:

—¿Qué le dijo para que jugara así? —le preguntó el periodista.

—¿Y qué le voy a decir a un jugador de su categoría? ¿Qué le puede decir uno a un crack como García Cambón? Que haga lo que *saba* —respondió.

Por supuesto, no es cuestión de que el técnico consienta cualquier cosa en nombre de la libertad de acción. No le sirve de nada al jugador que un técnico diga sólo "juegue y diviértase", porque sin orden es imposible el talento.

Raoul Ruiz, director de cine, comenta que "hay dos tipos de directores de actores: los que cargan al actor con un montón de información sobre la historia y los personajes, y los que simplemente dan indicaciones técnicas, los movimientos de la cámara, el lugar que deben ocupar. Yo estoy a caballo entre los dos".

Me parece que esa es la postura inteligente. Ni el tacticismo ni el "haga lo que *saba*". En este sentido hay una frase del Flaco Menotti sumamente esclarecedora: el fútbol es orden para la aventura.

El jugador parte de las obligaciones para asegurar el orden. Pero un orden que necesita de su atrevimiento para realizarse. No es el orden táctico lo que define a un equipo, sino sus posibilidades creativas.

Asegurarse tácticamente es necesario para jugar mejor, para poder arriesgar. Porque sin riesgo no hay creatividad.

Dice Houseman que Menotti siempre le pedía antes de los partidos: "Invente, René". A Houseman le hubiera resultado imposible inventar con el técnico de Fontana, pero por ahí, aun en un equipo desordenado, yo creo que hubiera sido capaz de crear. En eso también se diferencia un fútbol de otro.

## *Fútbol puro*

Valderrama y el fútbol se llevan tan bien que parecen haber nacido el uno para el otro. El jugador conoce todos los misterios del juego y respeta todos sus secretos, y el fútbol se le brinda entero. Por eso es un placer verlos juntos.

Lo primero que hace Valderrama cuando recibe la pelota es dársela a quien se la dio, así se acomoda mejor y se toma el tiempo que necesita para imaginar las jugadas siguientes. Juega como si tuviera todo el partido en la cabeza y lo fuera armando despacito, a su gusto, sin apuro, como si sólo él supiera lo que pasa y, sobre todo, lo que va a pasar.

Hace del toque un camino obligatorio y placentero para llegar a todos los lugares que se propone. Se entretiene en ciertas intrascendencias que suelen poner nerviosos a los mentores de la urgencia, hasta seducir completamente a sus rivales, quienes sin darse cuenta terminan bailando al compás del tac-tac que les impone casi musicalmente.

Pero no le crean, porque es en ese momento cuando prepara la sorpresa y, de pronto, un compañero suyo se encuentra con la pelota servida frente al arquero contrario.

Con Valderrama la pelota circula segura, redonda y atractiva como nunca, el fútbol recobra la salud y todo parecer estar como es debido.

A uno le da pena no poder estar en su equipo, porque parece tan fácil jugar al fútbol.

Con él en una cancha aparecen los espacios que esconden los prácticos atropellados, se recuperan los valores perdidos, el entusiasmo que no permite el negocio, y hasta la ilusión, archivada hace años.

Tiene una convicción indestructible, por eso no atiende el reclamo de los apresurados que siempre confunden la pausa con la lentitud. Maneja como pocos los tiempos, por eso recorre la cancha a las distintas velocidades que exige cada sector: tres toques para los costados, frenar cuando hay que hacerlo y un cambio de frente o una pelota en profundidad para pasar de 40 a 120 kilómetros en un toque.

Me acuerdo de un partido que jugaron Colombia e Inglaterra en Wembley. Del toque colosal de los colombianos y del desconcierto de los ingleses, que no concebían tanto ir de acá para allá sin tirar ningún centro. Iban a presionar a Valderrama, que la tocaba siempre pero no la tenía nunca, como aconseja el capítulo uno del libro del buen jugador, pero la pelota ya no estaba. Y no la pudieron encontrar en todo el partido.

Valderrama es un maestro del toque, un símbolo internacional del buen fútbol y es una suerte haberlo visto tantas veces, porque pudimos aprender y disfrutar, al mismo tiempo, lo que uno pretende de este juego. Por eso yo no tengo dudas, al fútbol se juega como juega Valderrama.

## •—— *Cosas del fútbol 1*

*Fatiga Russo es un exquisito del fútbol. Incorporó para siempre los conceptos más puros del barrio y los lleva puestos por donde va. Un día me preguntó:*

*—¿Sabés por qué se corre tanto en el fútbol italiano?*

*—No —le dije esperando la conclusión.*

*—Para chocar antes —agregó con toda razón.*

• • • • •

*En una entrevista, decía el Negro Dolina:*

*"Actualmente nadie arriesga el 10, todos quieren un 4 para pasar a la próxima ronda. No nos damos cuenta de que la próxima ronda consistirá en pasar a otra, a otra y a otra, sin que se sepa muy bien hacia dónde se va. Nuestra vida es esta ronda, y yo no quiero pasar a la próxima con 4. Quiero gastarme todo en esta y trato de tirar todas las gambetas en este partido".*

*¿Estaba hablando de fútbol o de la vida? Algún día se lo preguntaré.*

• • • • •

*Reveló Dustin Hoffman:*

*"Desde que ingresé en la actuación, nunca ha existido en la industria del cine tan poco aprecio por la interpretación como en estos días".*

*Más o menos como en el fútbol, donde el juego interesa cada vez menos.*

* * * * *

*Si 1 000 millones de habitantes de este planeta sufren de hambre crónica y hacemos como si no lo supiéramos, ¿a quién le hablamos cuando pedimos respeto por la ilusión y la alegría del buen juego?*

* * * * *

*Es notable la capacidad que tenemos en Argentina para encontrar definiciones precisas en tres palabras, cuando hablamos de fútbol. Una vez le pregunté a Pedro Uzquiza sobre un jugador y me dijo:*

*—Y… ¿viste esos tipos que juegan bien y nada más?*

*Entendí perfectamente.*

* * * * *

***Otra de Fatiga***

*Terminábamos de ver un partido del fútbol italiano, donde jugaba Di Livio, un volante que corre tanto que te cansas de verlo. Va y viene, va y viene, siempre a toda velocidad. Se olvida la pelota, tira un centro muy arriba del arco, pero nada lo desanima.*

*Estábamos cenando y de pronto me dice Fatiga:*

*"¿Te imaginas ir a ver vidrieras con Di Livio? En 5 minutos te recorriste todo el centro y cuando volvés no sabés lo que viste, ni cuánto cuesta el pulóver que querías comprar… un desastre…".*

* * * * *

*Nunca me pareció un elogio decirle a un jugador que es un gran profesional. Lo amateur me merece más respeto. Me parece mejor y más lin-*

*do. Hasta en el amor. Y si no, miren lo que dice Fernando Trueba, el director de cine: "Debemos evitar a toda costa que el ejercicio de la profesión nos convierta en profesionales. Todo buen cine es amateur".*

• • • • •

*Lo único que queda es el resultado, te dicen siempre. ¿A quién le importa si jugaste bien cuando perdés?, te preguntan. ¿Quién se fija si jugaste mal cuando ganás?, insisten. Dejemos que les responda Antonio Machado: "Sólo recuerdo la emoción de las cosas y se me olvida todo lo demás".*

# *Gol S.A.*

"Poner nombre a lo que nos destruye, nos ayuda a defendernos".

V. MONTALBÁN

Sería estúpido, más que inocente, desconocer que el neoliberalismo económico que Edward Luttwak llama turbocapitalismo impregna todas las actividades de la sociedad, y por supuesto también al fútbol. Dice Luttwak que "el turbocapitalismo no sólo conquista mercados y relaciones económicas, sino que también extiende el radio de acción del mercado introduciéndolo en toda esfera de la actividad humana. Con ello, los contenidos de la medicina, el arte, la literatura, y el deporte —por poner algunos ejemplos— se deforman por completo: se eliminan sus satisfacciones personales originales, todas las motivaciones desinteresadas y las fronteras éticas, y se sustituyen por dinero, a menudo montañas de él, aunque no está necesariamente destinado a los protagonistas".

Sin pretender hacer un análisis sociológico del fútbol, cosa para la que no me siento capacitado, la lectura del libro de Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*, me dio pie para tratar de marcar algunas pautas que nos permitan reflexionar sobre la nueva estructura de los clubes en el llamado primer mundo, y su incidencia en el juego.

Antes habría que decir que así como el fútbol, todo el deporte fue cambiando en los últimos 20 ó 25 años, para adaptarse a las nuevas formas de entender la vida y la sociedad que transmiten los valores de la globalización.

Tal como dice Luttwak, "el deporte siempre fue una diversión,

así como una competición y una búsqueda de satisfacciones personales; y unos pocos deportes hace mucho tiempo que son una fuente de ingresos y beneficios. Sin embargo, ahora todo deporte, por recóndito o especializado que sea —ya se practique por equipos o de forma individual, ya sea para profesionales o para niños—, que pueda atraer una audiencia que pague y/o patrocinadores y/o una cobertura televisiva pagada, no se permite que siga siendo simple deporte, sino que debe ser un espectáculo destinado a dar el máximo de ingresos".

Los clubes de fútbol son ahora sociedades anónimas, y los que aún no se han convertido se estructuran de la misma forma y tienen su misma filosofía. Toman como modelo de funcionamiento a las empresas norteamericanas y su lógica, y los conducen, naturalmente, exitosos hombres de negocio. Los clubes paradigmáticos cuentan inclusive con un departamento de márketing y sus organigramas presentan a flamantes ejecutivos de la posmodernidad a cargo de las decisiones más importantes.

Entre ellas, por supuesto, la de confeccionar el plantel, cuestión que en otros tiempos correspondía al entrenador.

"No podemos darle esa responsabilidad al entrenador", dicen, "porque es el eslabón más débil de la cadena".

La lógica empresarial ha convertido al entrenador en un empleado flexibilizado y a los jugadores en divos cada vez más alejados del juego y más próximos a las cuestiones comerciales. En los grandes negocios de traspasos, las grandes estrellas son valoradas casi tanto por su juego como por su aporte a la recaudación de dinero a través de su imagen. Las razones del mercado son tan fuertes, a veces, como las futbolísticas.

Al no formar parte del establishmen ejecutivo, el entrenador no es más que un contratado de precaria estabilidad y, por lo tanto, su papel se ha reducido considerablemente. Una contradicción muy negativa, porque es al mismo tiempo la persona más importante del club para que el equipo funcione y "el eslabón más débil". Despojado del tiempo necesario para hacer su equipo, cosa que ya se toma

como algo natural, debe limitarse a ganar cuanto antes y de la forma que sea, ya que tampoco el nivel del juego importa a nadie. Su preocupación consiste en durar, en mantener a toda costa el puesto de trabajo. Consustanciado con los intereses de la empresa, ha perdido también opinión, la mejor manera de pasar desapercibido y así mantenerse en el cargo el mayor tiempo posible.

Ese es el modelo de entrenador que las empresas-clubes han impuesto y que actualmente se lleva. Muy parecido al modelo de director de cine en las grandes empresas estadounidenses, donde, salvo tres o cuatro excepciones, no elige a los actores y filma lo que le mandan, dejando el montaje final a cargo del productor ejecutivo de la empresa.

La repercusión de este modelo de entrenador en el juego es evidente. Mermado de su autoridad, trata de adaptarse inmediatamente a las formas vigentes, tácticamente, y los equipos pierden identidad. Nadie puede negar que se juega cada vez peor y que sólo un descomunal apoyo mediático, implicado en el beneficio económico, puede sostener un espectáculo tan mediocre.

Vale preguntarse por qué aceptamos la aplicación de esta lógica empresarial al fútbol sin discusión alguna. ¿Qué tiene que ver eso con el fútbol? Es posible que V. Montalbán, en el prólogo del libro *Informe Lugano*, de Susan George, nos de la respuesta: "El poderoso aparato mediático globalizado ha transmitido los cánones del pensamiento necesario y correcto, consciente de que es casi imposible llevarles la contraria, y cuando surgen insumisiones a manera de rebeliones primitivas, son consideradas residuos nostálgicos que tratan de poner palos en las ruedas del avance de la modernidad".

Un amigo mío en Argentina le preguntó a un técnico que venía jugando con cuatro en el fondo y al que le había ido bien, por qué había cambiado a los tres centrales y los infaltables carrileros. "¿Qué querés?", le respondió, "¿que me llamen antiguo?".

El paso siguiente de estas empresas-clubes es pagar por resultados, por objetivos conseguidos. Por ahora siguen pagando un fijo, que de todos modos tratan de que sea cada vez más exiguo. Claro que

esta fórmula les resulta un poco complicada, porque a nadie se le ocurre hacerle este tipo de propuesta a Zidane, Raúl o Del Piero, por ejemplo. Por ahora lo intentan y en algunos casos lo consiguen, con los más débiles o los que empiezan. Es decir, no tienen en cuenta el carácter fortuito del juego y lo asemejan sin más al rendimiento de cualquier trabajador de cualquier empresa. No hace falta, por otra parte, señalar que las circunstancias son totalmente diferentes, pero así y todo se apresuran a trasladar las injusticias del mundo del trabajo al fútbol.

Lo que no se les ocurre copiar a estos ejecutivos agresivos y enérgicos (como los de la canción de Serrat) es la filosofía de sus colegas de la NBA, que sin ser progresistas y mucho menos antiglobalizadores, se preocupan por lo fundamental: el nivel del juego.

En la NBA ganan dinero a partir de mejorar el producto que venden. En las sociedades anónimas del fútbol —al menos en España, que conozco mejor— casi todos los clubes tienen deudas importantes y algunos han desaparecido.

## *El fútbol peruano goza de buena salud*

En el primer partido que dirigí a la U en el Apertura del 2002, descubrí dos cosas: el peso enorme de la camiseta crema y la buena salud del fútbol peruano.

Perdíamos 1 a 0 con el Áurich, de visitantes, y empatamos en el minuto 45 del segundo tiempo, de penal. Entonces yo llamé a uno de mis jugadores y le dije que se mantuvieran serenos y ordenados para no regalar nada, ya que el tiempo prácticamente se había acabado y el empate no estaba nada mal dadas las circunstancias. Me miró y no me dijo nada, pero no sé por qué intuí que no me iban a hacer caso.

Efectivamente, cuando la pelota se puso nuevamente en movimiento, se les fueron encima a los rivales, los acorralaron y en el último instante del tiempo añadido Chemo del Solar, de cabeza, me enseñó que esa camiseta es diferente.

En ese mismo partido, cada vez que el 10 del Áurich agarraba la pelota, el fútbol se vestía de gala, y a pesar de los nervios que me producía, en el fondo yo tenía ganas de que se la dieran siempre para poder disfrutar de ese talento. Era Kukín Flores, uno de los mejores en su puesto que vi en los últimos años. Hábil, de toque exquisito, de gambeta demoledora, buena pegada y una lectura inteligente del partido, cosas que, sin exagerar, lo acercaban a un crack. Es posible que Chemo, a quien le tocó enfrentarlo casi siempre mano a mano, pocas veces lo haya pasado peor.

—¡Qué bien juega el 10 de ellos!, ¿no, Chemo? —le dije cuando terminó el partido.

—Ahh…sí… —me confirmó Chemo—, es Kukín Flores… juega un fenómeno.

Quise contar esta anécdota porque me parece demostrativa de lo que es el fútbol peruano. Muy buenos jugadores en un entorno que no sólo no los favorece para nada, sino que los perjudica al extremo de hacerlos pasar inadvertidos, salvo que tengan la suerte de emigrar. ¿A qué me refiero cuando hablo del entorno? En primer lugar, la situación económica del país, con su carga de pobreza y, lo que es peor, la marginación social que produce, que es de donde sale la mayor parte de los jugadores de fútbol. La deficiente organización de la mayoría de los clubes, donde no se encuentra el menor indicio de profesionalismo. La también insuficiente organización de los campeonatos, con normas tan ambiguas en algunos casos, que sólo se cumplen a medias y no siempre y no todas. La mentalidad de muchos de sus dirigentes, incapaces de comprender el fenómeno y de ayudar a los jugadores. El mal estado de los campos de juego (terreno y gradas), salvo excepciones, y el pésimo estado de los vestuarios, donde en muchos casos hasta son insalubres.

Sin embargo, el fútbol peruano goza de buena salud, principalmente por dos factores que, a mi juicio, son decisivos: tiene muy buenos jugadores y, sobre todo, conserva su identidad.

Siempre se lo conoció como un fútbol atildado, de buen manejo de pelota, virtuoso y con cierta dosis de picardía, entendida en el buen sentido de la palabra. Y siempre tuvo excelentes jugadores y varios cracks internacionales.

El entorno del que hablo lo condenó al ostracismo durante varios años, pero de todos modos nunca perdió los conceptos fundamentales, nunca abandonó su identidad, siguió fiel a sí mismo. A pesar de la decadencia que sufrió, uno veía a un equipo peruano y rápidamente lo reconocía. El toque fue y sigue siendo su carta de presentación, más allá de la capacidad de los intérpretes de cada momento. La falta de presencia en los torneos internacionales de

mayor nivel le fue restando confianza y terminó tocando bien de área a área, pero perdiendo los partidos en la zona donde se suelen definir. Ahora vive una etapa donde parece que se dan las condiciones para que vuelva a ocupar el sitio de privilegio a nivel internacional, al menos en Sudamérica, que ocupó siempre.

Cuando Cienciano jugó con River en Buenos Aires, yo estaba trabajando en Racing y varios periodistas y amigos me preguntaban por las posibilidades del equipo de Cuzco. Yo les respondía que había que tener cuidado porque era un equipo peruano, y por lo tanto sabía jugar al fútbol, y además tenía muy buenos jugadores, muchos de los cuales yo conocía y a algunos había tenido en Universitario. Y así fue: antes que cualquier otra consideración, se vio a un equipo que conocía el juego, lo que le permitió finalmente hacerse con la victoria y el título sudamericano. Posiblemente Paolo Maldonado haya sido un ejemplo de lo que digo. Entró en el segundo tiempo y todo lo que hizo tenía sentido futbolístico. No es que su actuación haya sido brillante en la cancha de River, pero sí que estuvo cargada de esa identidad a la que me refiero y que es el punto de apoyo más sólido que tiene el fútbol peruano. No todos los países del mundo (incluyo a Argentina y Brasil) han sido capaces de esquivar la uniformización futbolística mundial, y resguardar así sus valores más íntimos para poder seguir siendo algo y no ese híbrido a toda velocidad que suelen ser casi todos los equipos.

Actualmente la selección peruana está jugando las eliminatorias (en el momento en que estoy escribiendo este artículo) y a esa identidad de buen juego le agregó la firmeza imprescindible para defender sus convicciones. Diría que tiene el nivel competitivo que se necesita para recuperar el lugar que merece. Ojalá que lo consiga, y lo digo por algo más que mis simpatías personales. Es que le vendría muy bien al fútbol, tan abandonado en el mundo últimamente.

## *Conversación con César Menotti: Ser jugador*

Defender el buen fútbol se ha convertido, quién lo diría, en una militancia. Sólo falta que hagamos reuniones clandestinas quienes seguimos creyendo que es válido disfrutar con el buen juego y que de esa manera hay más posibilidades de ganar, porque de eso se trata. De ambas cosas, en realidad. Y si hablamos de militantes de ese modo de entender y vivir el fútbol, entonces tenemos que hablar del Flaco Menotti, seguramente el ideólogo más lúcido y empecinado de esta corriente en el mundo entero.

La conversación que reproduzco más adelante la hemos mantenido decenas de veces. Le puse un principio y un final para ordenarla y poder incluirla en este libro, pero la realidad es que no me acuerdo cuándo comenzó, y por supuesto, no tiene final.

**Ángel Cappa:** César, vos decís siempre que todavía sos y te sentís jugador de fútbol. Entonces me parece oportuno, en este momento tan confuso del fútbol, preguntarte qué significa ser jugador de fútbol.

**César Menotti:** Es un momento confuso porque el gran negocio está confundiendo valores, y no sólo en el fútbol, sino en otras actividades que tienen que ver con el sentimiento de la gente, como la música o el teatro, por ejemplo. Yo diría que las urgencias del negocio devoran los tiempos del fútbol y, por lo tanto, se suprimen los procesos de aprendizaje. Los entrenadores no enseñan, los jugadores cada vez saben menos del juego —yo me animo a decir que un 80% de los jugadores no saben jugar al fútbol— y tienen menos com-

promiso con el significado de su profesión y más vinculación con el éxito que les proponen. Viven el oficio desde la posibilidad del éxito, del dinero, de la fama, y no desde el amor al juego y a la pelota. Por eso el significado de jugador de fútbol tal vez aparezca confundido detrás de lo que alguna vez llamaste "cultura de la inmediatez", es decir, de lo que otros llaman la necesidad de ganar como sea.

**A. C.**: Cuando hablás del negocio que se está comiendo los tiempos del fútbol, y por lo tanto anulando el gusto por el juego y el mismo conocimiento del juego, supongo que te referirás al negocio mal entendido, al negocio de mirada corta, porque, por ejemplo, el negocio del básquetbol en la NBA, al que nadie puede acusar de romanticismo, tiene una mirada más amplia y apuesta por el juego y por la defensa del espectáculo.

**C. M.**: Por supuesto, por supuesto. Dicen que al fútbol ya hay que entenderlo como una empresa, pero yo nunca vi empresarios tan equivocados en la defensa del negocio. En vez de proyectos, tienen urgencias, y en vez de procurar entender este fenómeno social que es el fútbol, se apuran para salir en los diarios, aparecer en los medios y así se creen más importantes que el que hace los goles.

**A. C.**: Estas confusiones que el gran negocio introduce en el fútbol desvirtúan de algún modo el significado de ser futbolista.

**C. M.**: Donde el periodismo especializado —dejame que agregue esto—, al menos en los grandes medios de difusión, está comprometido con las mentiras evidentes, que venden mucho más fácilmente que la profundización en el juego, que el análisis serio. Esto no podemos ignorarlo porque es un tema fundamental en este asunto.

**A. C.**: Bastaría con reparar en la transmisión de los partidos por televisión, que con repeticiones incesantes de acciones intrascendentes, primeros planos de los presidentes en los palcos y caras famosas, elaboran un producto dinámico y entretenido para quienes no tienen idea de fútbol o no les interesa, así se divierten, ignorando olímpicamente el partido en sí y a quienes sólo pretenden verlo.

**C. M.**: Sí, no les importa desvirtuar el juego. Lo único que les interesa es el beneficio económico.

**A. C.:** Así es, pero volvamos al asunto del que hablábamos. Mencionaste hace un momento algo sobre las mentiras evidentes. ¿Podés aclararlo?

**C. M.:** Sí, son los falsos conceptos que andan dando vueltas por desconocimiento y que, en gran medida, encubren el fútbol mediocre que generalmente nos ofrecen. Por ejemplo, el que llaman fútbol directo, que no es otra cosa que el pelotazo largo que evita la gestación de la jugada, o el fútbol vertical como sinónimo de fútbol rápido, o poner el acento en el esfuerzo físico como algo moderno y que propicia barbaridades, como entrenar con paracaídas, ignorando inclusive los consejos de la fisiología, o el fútbol rápido contra el fútbol lento, el que trata de elaborar las jugadas, en fin, lo que aparece habitualmente en cualquier medio de comunicación en los últimos tiempos.

**A. C.:** Hasta los propios jugadores, finalmente, terminan creyéndoselo de tanto escucharlo, o confundiéndose.

**C. M.:** Ahí está el problema.

**A. C.:** Mirá lo que pasó con Riquelme en el Barcelona, por ejemplo.

**C. M.:** Precisamente. Un jugador que había ganado todo, y especialmente el cariño de la gente, con el fútbol que sentía y que de pronto se encontró cuestionado como si fuera culpable de algo. Le exigían cosas que no tiene por qué hacer y que no es lo suyo, como correr rivales o recuperar balones. Que ayude a sus compañeros en la recuperación, me parece bien, pero atacarlo en su estilo es un despropósito. Inclusive me pregunto lo que creo que todos nos preguntamos: ¿por qué lo compraron si querían otro tipo de jugador? Además, y esto es lo curioso, Riquelme juega al fútbol como se debe, quiero decir que ni siquiera lo entendieron.

**A. C.:** También dijeron que se tenía que adaptar a las tácticas, porque hablan de tácticas o de sistemas como si estuvieran hablando de fútbol. No digo que la táctica o el orden en el campo no tengan importancia, pero sólo como complemento indispensable de lo realmente importante, que es el juego. Entenderlo y saber jugarlo es ciertamente lo básico en esta cuestión.

**C. M.:** La táctica dependerá siempre de los jugadores que tenés, del adversario y de las circunstancias del partido, lo dijimos mil veces. No se puede hablar de tácticas en abstracto porque es perder el tiempo. Lo que sí es importante es la idea general que debe tener un entrenador, la convicción en esa idea para después transmitirla y convencer a sus jugadores y así lograr un compromiso con el juego. Lo importante es el manejo de los tiempos que tiene el fútbol y la utilización de los espacios. Hacerlo adecuadamente es jugar bien. Respetar los conceptos fundamentales es jugar bien. Entonces podremos hablar de qué significa ser jugador de fútbol. Porque ahí también se comprenderá el respeto que le debemos al espectáculo y a la gente. Y el jugador sabrá que tiene la exigencia de seguir aprendiendo permanentemente, como hacía Diego, por ejemplo, y hablo con autoridad en este caso porque lo tuve muchos años como jugador. Él estaba siempre dispuesto a aprender, a incorporar conceptos que lo mejoraran en lo individual y en lo colectivo. Pero no conceptos tácticos que se aprenden en cinco minutos, sino conceptos propios del juego, para entenderlo mejor y jugarlo mejor.

**A. C.:** Todos los grandes jugadores que yo conocí y tuve la suerte de entrenar tenían el mismo interés por ser mejores, por incorporar cosas que los mejoraran, y, además, una vez que las aprenden no las abandonan jamás.

**C. M.:** Eso es sentirse jugador de fútbol, ¿ves? Eso significa ser jugador. Buscar el perfeccionamiento a través del juego y tratar de mejorar aprendiendo permanentemente. Ahí es donde aparece el compromiso con su profesión, con la gente, con el juego. Eso que ahora parece tan complicado o tan difícil, por todos los inconvenientes que se le ponen por delante y que pretenden convertirlo en otra cosa. Ser jugador de fútbol significa ser un intérprete privilegiado del sentimiento y la ilusión de muchísima gente.

## ¿El resultado nada más?

El fútbol es pasión cuando nos levanta de la tribuna y nos obliga a gritar con los pulmones, con los ojos, mostrando los dientes crispados y los puños apretados. Es razón, porque procuramos entender hasta el último suspiro del delantero centro que debió hacer esto en lugar de lo otro, y del marcador central que falló porque dejó de hacer aquello. El fútbol es eficacia porque todos queremos ganar, jugamos para ganar y si ganamos nos sentimos afirmados, contentos, seguros, y si perdemos es como si hubiéramos perdido un pedazo del alma, como si algo irreparable nos hubiera sucedido. Cuando ganamos, el mundo entero es más feliz y la gente parece más buena. Si perdemos, hasta los dioses parecen estar en contra nuestra y la maldad que nos rodea es irremediable.

El fútbol es ciencia cuando medimos los esfuerzos, calculamos al milímetro el fuera de juego y dibujamos fórmulas en las pizarras anticipando el partido que puede ser, y programamos relevos y coberturas y organizamos el *pressing*. El fútbol es arte cuando alguien domina la pelota que venía endiablada, rebelde y se queda dormida y dispuesta en el empeine de su pie derecho, cuando el atrevimiento de la picardía inventa un caño donde no pasaba ni el aire, cuando el engaño mira hacia un lado para fabricar la sorpresa en el otro, cuando la velocidad frena de golpe y los rivales pasan de largo y la lentitud acelera imprevistamente y deja parados a los rivales mirando el asombro. El fútbol también es arte cuando el marcador adivina el

pase y se queda con la pelota y con la íntima satisfacción de saber que al delantero se lo puso en el bolsillo, cuando el arquero achica los ángulos y los balones no pueden atravesarlo de ninguna manera.

El fútbol es arte cuando dos tiran una pared para que seis no los vean ni pasar, cuando uno decide montarse en la gambeta para pasearse por toda la cancha y sacudir las redes y el corazón de la gente. El fútbol es inexplicable cuando es gol.

El fútbol es realidad cuando termina el partido y volvemos a casa llenos de sonrisas o de lágrimas. El fútbol es orgullo cuando los jugadores de nuestro equipo defienden todo lo que sentimos. Es miserable cuando los manipuladores de emociones se empeñan en suprimirlas en función de la rentabilidad.

El fútbol es insignificante cuando escuchamos que lo único importante es ganar, porque nos sentimos estúpidos y no sabemos qué hacer con nuestra fantasía.

El fútbol no tiene sentido cuando lo quieren convertir en un puro negocio. El fútbol es hermoso cuando nos sentimos juntos en una misma camiseta, cuando defendemos con amor lo que somos y rozamos la felicidad cuando jugamos. El fútbol es sudor, esfuerzo, dignidad. Y es horrible cuando los jugadores se olvidan de jugar porque lo único importante son los puntos.

En fin... el fútbol es tantas cosas... ¿cómo es posible que quieran reducirlo al resultado?

## •—— *Valor y precio*

"El sistema de mercado, como en el que vivimos hoy, es lo que más daño le hace al planeta, porque todo tiene un precio, pero nada tiene valor. Como el largo plazo no tiene precio en el mercado actual, el destino de las futuras generaciones no se tiene en cuenta en la ecuación económica. Debido a esta enorme confusión entre precio y valor, hay una irrealidad fundamental en la vida económica actual. Se ha convertido en una abstracción. El sistema de mercado cada vez se vuelca más en cosas que no existen en lugar de en cosas que existen. No sólo estamos destruyendo la diversidad de las especies de la selva tropical o del mar que se fueron formando a lo largo de milenios, sino que estamos liquidando el futuro por el beneficio rápido".

JEAN COUSTEAU

Esto que acabo de transcribir no tiene nada que ver con el fútbol. ¿O sí?

# *El mejor del siglo* —•

Es una cuestión comercial esa de elegir el mejor entre los mejores, ya sean jugadores, actores, escritores, pintores o lo que fuere. Porque resulta imposible la comparación y también inútil. ¿Qué necesidad tenemos de elegir entre Troilo y Marconi, o entre el Polaco Goyeneche y Gardel? ¿Para qué? Nos quedamos con todos los que nos gustan y es mucho mejor. Además, a ese nivel es, precisamente, una cuestión de gustos. No se puede cuantificar todo. Se suele decir, yo creo que porque se dieron determinadas circunstancias, que las cuatro coronas del fútbol mundial son Di Stéfano, Pelé, Cruyff y Maradona. Y nadie estará en desacuerdo, pero también convengamos que se comete una injusticia con muchos otros jugadores geniales, merecedores de un trono: Moreno, Bobby Charlton, Pedernera, Puskas, Gento, Sívori, Luis Suárez, Gerson, Del Sol, Rivelinho, Schiaffino, Garrincha, Beckenbauer, Schuster, Houseman... Una vez Di Stéfano le respondió a un periodista sobre este tema: "No sé si fui el mejor, porque eso nadie puede saberlo", dijo; "lo que sé es que estoy entre los mejores". Y me parece la respuesta más sensata que puede darse a toda esta fiebre mercantil que inventa este tipo de competencias y días de la madre, del padre, del nieto y del wing izquierdo.

No se pueden equiparar jugadores de distintas épocas, por otra parte, porque no es posible haber visto a Sastre y a Maradona, por ejemplo. Y lo mismo pasa en otras actividades. ¿Alguien podría determinar con honestidad si Schumacher es mejor que Fangio? ¿Con

qué fundamento, entonces, se puede destacar a uno de otro a través del tiempo? Detrás de la intención de FIFA para elegir al mejor jugador del siglo, seguramente hubo un interés comercial, que es el argumento único desde que el fútbol entró sin remedio en las leyes del mercado. Y la cosa, para colmo, se le complicó porque los votantes de internet eligieron a Maradona, cuando aparentemente el candidato oficial de la FIFA era Pelé.

Entre los dos hay tantos goles, tantas jugadas memorables, tantos caños, paredes, gambetas, tanta sabiduría y emoción, que resulta estúpido pretender enfrentarlos en una competencia de esta naturaleza. Dentro de la cancha fueron dos genios incomparables, como todos los genios. Los dos encendieron la ilusión del mundo entero durante décadas.

Fuera de la cancha es donde, posiblemente, puedan encontrarse ciertas diferencias que hicieron sentir incómoda a la FIFA cuando salió votado Maradona. Por eso puso objeciones chapuceras a la elección y se las compuso para incluir a Pelé y compartir la distinción.

Maradona es imprevisible y de ninguna manera dócil para el poder. Pelé, en cambio, nunca le ha negado una sonrisa al poder y ha cuidado siempre su imagen, que es la de un señor que se porta bien y nunca incordia a los que mandan. Maradona tiene un don especial para perjudicar la suya y sigue atado a la rebeldía intuitiva de su barrio (de todos los barrios pobres del mundo).

Elegir, de alguna manera, es excluir y, como se trata de elegirlos dentro de la cancha, lo mejor es quedarnos con los dos y ganamos seguro.

## *Para avanzar hay que jugar hacia los costados*

En uno de sus últimos partidos con el Barcelona, Guardiola perdió dos pelotas de forma similar frente al Villarreal que le costaron dos goles a su equipo. El hecho no sería más que una anécdota de esas que con tanto empeño difunden los medios de comunicación, si no fuera porque se trató de dos errores conceptuales cometidos por uno de los jugadores que en el mundo mejor entienden este juego y mejor lo juegan. En ambas jugadas el marcador central del Barcelona tenía la pelota y Guardiola la fue a pedir de espaldas a la cancha y de frente a él. El central, obligado por la presencia de Guardiola, jugó hacia delante en línea recta al arco.

En una, Guardiola la quiso devolver y se quedó corto, y en la otra quiso girar y se la quitaron. Uno de los conceptos básicos del fútbol nos aconseja que la primera salida del fondo tiene que ser hacia los costados, para después encontrar, si es preciso, al volante central.

Si extendemos el concepto, nos damos cuenta de que en realidad nunca se debe jugar hacia adelante, como norma, no sólo en la salida. Si jugamos hacia adelante encontraremos a un compañero de espaldas al arco contrario y, por lo tanto, sin panorama, con el solo recurso de devolver la pelota si la distancia se lo permite. Mucho mejor es ir jugando hacia los costados, por supuesto en diagonal, para que la pelota circule con facilidad. En muchas otras ocasiones vemos cómo el volante central habilita al delantero centro a una dis-

tancia de 15 ó 20 metros, cuando éste está también de espaldas al arco contrario. Salvo que sea un jugador de gran habilidad, esa pelota rebotada genera un contragolpe y encuentra al equipo mal parado. El jugador que tiene la pelota por el medio, tiene que encontrar compañeros a los costados. Hacia adelante o hacia atrás, pero en los costados.

No es necesario aclarar que este concepto se toma como norma, porque hay ocasiones en que un jugador está completamente solo y no hay inconveniente alguno para darle la pelota esté como esté. La mayoría de las pelotas que un equipo pierde cuando trata de avanzar es porque juega hacia adelante, en línea recta al arco.

Por eso el enunciado de este concepto sería que si queremos avanzar, tenemos que jugar hacia los costados.

Me queda aclarar que Guardiola sirvió de introducción en este caso porque en los diez años que lo vi jugar y tuve ocasión de enfrentarlo dirigiendo otros equipos, es la primera vez que lo descubría en un error conceptual y que casualmente terminaron en goles en contra de su equipo. Habría que decir también que en ese mismo partido, que terminó 4 a 4, Guardiola metió tres pelotas de gol y fue, como casi siempre, el mejor jugador de la cancha.

## *Cosas del fútbol 2*

*La clave para jugar bien al fútbol es la participación. El toque genera participación, el pelotazo, aislamiento.*

*El toque es el fundamento del juego; la participación, la condición indispensable.*

• • • • •

*Para Gassman, "sin riesgo, sin peligro, al teatro le falta todo". Y pensar que hay tipos que quieren evitar los riesgos en el fútbol, reprimiendo el talento. Esa sí que es una pretensión inútil.*

• • • • •

*Si 358 personas en el mundo tienen más que 2 500 millones de marginados y nos parece normal, ¿a quién le contamos que el fútbol tiene una estética y una ética que hay que respetar?*

• • • • •

*"El golf es un juego que hay que jugarlo casi siempre —o siempre— entre en serio y en broma", dijo Severiano Ballesteros en un canal de televisión español, comentando el 20 aniversario de su triunfo en Augusta.*

*Con permiso de Ballesteros, cambiamos golf por fútbol y nos suscribimos ahora mismo.*

## Cortita y al pie

"Si no teníamos una pelota, agarrábamos una latita de conserva, la abollábamos un poco, la dejábamos medio redonda y jugábamos entre mi hermano y yo si estábamos solos".

A. Di Stéfano

En Europa prefieren jugar al espacio, en Argentina (en Sudamérica, en general), al pie. Son detalles que definen estilos. No puede afirmarse que uno sea mejor que otro, simplemente son distintos. Tener un estilo de juego es jugar tal cual uno es, o como a uno le gusta. Es cierto que la globalización uniformiza, sobre todo tácticamente. Si en Italia juegan con tres centrales, dos carrileros, cuatro volantes y un delantero, será inmediatamente imitado por casi todo el mundo, pero también es verdad que a pesar de todo quedan rasgos diferenciadores, en especial en países con larga historia futbolística, como Argentina, Brasil, Alemania, Italia, Holanda, por nombrar algunos. Sin embargo, al mismo tiempo que podemos afirmar que existe un estilo argentino, debemos reconocer que hay un sector, también histórico, que se empeña en negarlo.

Ambos, el estilo y sus críticos, nacieron juntos curiosamente, como vemos en un trabajo del sociólogo argentino Roberto di Giano, *Inmigración y fútbol en 1913. Una mirada del diario* La Nación.

Antes quiero decir que, según mi opinión, lo primero que define al jugador argentino es su notable personalidad. En España y en México, los periodistas me preguntaron muchas veces el motivo del excelente rendimiento de los futbolistas argentinos, que casi nunca defraudan.

Esa personalidad está formada por dos cualidades esenciales: su relación con la pelota y su conocimiento del juego.

Al jugador argentino le gusta mucho la pelota. Nacido en las cla-

ses más humildes, la pelota es el instrumento que mejor lo relaciona con la vida. Quizá por eso tiene con ella un compromiso que nunca traiciona. Y el conocimiento del juego lo adquiere de la historia enorme que recibe como una herencia y que se trasmite de una generación a otra. Asiste de pibe a interminables discusiones puristas y escucha hazañas incomparables de los cracks que no vio, pero que aprende a respetar desde entonces.

Esa historia, además, le da seguridad.

No obstante, desde siempre en nuestro país se trata de infravalorar ese estilo de distintas maneras.

Diciendo que es antiguo, por ejemplo, que estamos no sé cuántos años atrasados con respecto al fútbol europeo.

Negándolo con la famosa pregunta que aparece de vez en cuando: ¿Cuál es la nuestra?

Y finalmente, aunque ya un poco desfasada, que con la nuestra no se va a ningún lado, que hay que tener más ritmo, mejor preparación física.

Comenta Di Giano que a partir de 1913 "se empieza a profundizar una quiebra cultural dentro del ámbito futbolístico, ya que un equipo surgido de los sectores populares (Racing Club) alcanza el título de campeón del torneo de primera división...". Más adelante explica el sociólogo que "en este específico momento de nuestra historia futbolística, cuando coexisten formas futbolísticas que responden a contextos sociales muy disímiles (por un lado, el producido por una pequeña minoría que se autodesigna como 'gente decente', y por otro, el tejido por los integrantes del resto de la población), el diario *La Nación* va a criticar a un tipo de jugador que se está afirmando cada vez con más empuje dentro de la franja joven de los sectores populares, el denominado crack".

Dice luego Di Giano que "el exquisito jugador que surge de un ámbito cultural y social distinto es mirado por el matutino con suma desconfianza, ya que parte del presupuesto de la superioridad de la cultura deportiva anglosajona, frente a la insuficiencia de la conformada por los sectores populares de nuestro país".

Comenta seguidamente que "muchos aficionados levantaban la figura del peculiar deportista nativo que se animaba a realizar las jugadas más arriesgadas en vez de efectuar el toque más seguro al compañero...".

Y cita al diario *La Nación* (representante de la clase dirigente en esa época) cuando se refiere a este jugador nativo: "El crack es un jugador de renombre entre cierto público afecto a las piruetas de éste, ineficaces siempre, que no pasa la pelota y a veces marca los tantos de bonita forma con mucho dribbling, por su solo esfuerzo...".

El gusto por la pelota, por la gambeta, por lo que el sector elitista llamaba piruetas, se definen desde el principio en el jugador argentino como características de lo que va a ser un estilo.

Por supuesto, las críticas elitistas a ese estilo nacido en las clases populares no se refieren sólo a lo futbolístico. Arturo Jauretche llamaba "tilingos" a quienes viven tomando como modelo a otras culturas que estiman superiores (como si hubiera culturas superiores e inferiores).

Yo creo que es inevitable reconocer el estilo argentino para jugar al fútbol, porque es una forma de afirmarnos culturalmente (y que sería muy bueno hacerlo en todos los demás aspectos de nuestra forma de vida), para después, si así lo consideramos, incorporar lo que se crea interesante de otras maneras de entender el juego. Y que es absurdo negarlo, como pretenden los que Jauretche bautizó como "tilingos".

## *El fútbol no es una cosa de locos*

"Vamos a hacer ahora un ejercicio de desinhibición", anunció el psicólogo con su mejor intención, y los jugadores del Real Madrid se preparaban con fastidio para el aburrimiento.

"A ver, fulano", señaló, "se va a desnudar, va a subirse a esa camilla y nos va a recitar una poesía".

La cara de los jugadores cambió de inmediato. La cosa se ponía linda.

Rascándose la cabeza, pero a pesar del gesto, con decisión, el jugador se levantó y explicó su negativa:

"Si usted quiere me pongo en pelotas y hago lo que quiera, pero recitar no voy a recitar porque no sé ninguna poesía, discúlpeme", dijo, y la sesión terminó en ese momento.

No era la primera vez que la psicología académica fracasaba en un vestuario de fútbol.

El antecedente conocido más lejano se remonta a 1958. Desde 1950, cuando perdieron aquella famosa final con Uruguay en el Maracaná, los brasileños empezaron a sufrir el trauma del carácter de sus jugadores, reconocidos como brillantes futbolistas, pero cuyo valor para afrontar compromisos difíciles se ponía en duda.

Los dirigentes apelaron a la modernidad, ya entonces, y llamaron a un psicólogo para que arreglara los tantos. Después de una extensa batería de pruebas de todo tipo, el psicólogo llegó a una conclusión tan científica como inesperada: Garrincha no daba el míni-

mo exigible. Su consejo fue descorazonador: "Es mejor no llevarlo a Suecia", dijo.

Los dirigentes que sólo pretendían ser modernos no esperaban un dictamen tan drástico de la ciencia y se atormentaban en la duda. Los jugadores, como casi siempre, acercaron la sensatez y la calma: había que llevar a Garrincha y olvidar al psicólogo.

Desde entonces hasta hoy, ha habido otros intentos parecidos, y algunos, hay que ser honestos, con mayor fortuna.

La globalización, que también atropelló al fútbol como una corriente de agua que va destruyendo todo a su paso, ha rejuvenecido esa antigua aspiración científica, y nuevamente vemos a la psicología —mejor aún, a los psicólogos— haciendo calentamiento para entrar en cualquier momento a la cancha en nombre de la modernidad.

Tenemos que admitir que, es cierto, un equipo de fútbol es en gran medida un estado de ánimo. También es verdad que los intereses en juego y las presiones de distinta índole que existen en el fútbol alteran negativamente el estado de ánimo ideal de los futbolistas.

La apremiante necesidad de éxito en una sociedad histérica a causa de esa compulsión también afecta a los jugadores de fútbol que viven el oficio con ansiedades y urgencias inapropiadas. Amenazado por la angustia, despojado de la ilusión y sin alegría, el futbolista es presa fácil de los miedos más comunes de los deportistas de élite: el miedo al fracaso y el miedo al éxito.

Reducir esos miedos a niveles normales, hacerle recuperar la ilusión con la que empezó a jugar al fútbol y devolverle la alegría que le arrancaron, es una de las tareas más importantes del entrenador, cuyo papel no puede limitarse a cuestiones estrictamente técnicas. "Quien sólo sabe de fútbol, ni de fútbol sabe", suele decir Menotti parafraseando a **Hipócrates**. El entrenador es —tendría que ser— el depositario natural de la confianza del jugador, porque es el que mejor lo conoce, el que lo guía y con quien comparte la suerte de la empresa.

Y es tarea del entrenador, además, dar cohesión al grupo que dirige, dotándolo de un objetivo extra, una motivación especial que

trascienda la lucha por los puntos, porque el grupo, mejor que cualquier otra cosa, será el refugio más seguro contra las agresiones exteriores.

En otras palabras, hay, de hecho, una relación jugador-entrenador sencillamente irreemplazable. Si alguien logra sustituir al entrenador en esa función, lo alejará también del sentimiento de sus jugadores.

Dejará de tener la importancia que necesita para conducir el grupo y darle identidad al equipo.

El argumento de "la modernidad que lo impone", para j[illegible] la presencia de un psicólogo en el cuerpo técnico, par[illegible] puesto falso: lo moderno es bueno. Y, como saber[illegible] rno es sólo eso, moderno, y en este caso, para col[illegible]

Tampoco es acertado buscar en la ciencia la [illegible] de todas las cosas. El fútbol, como sentimiento colectivo, es mucho más un hecho cultural que un hecho científico.

Claro que si uno habla de sentimientos, parece un cursi que está diciendo estupideces, pero aceptar al fútbol como un sentimiento, incluso nos va a acercar al sentido común, donde muchas veces la verdad es tan evidente que no la vemos.

Sin embargo, como los jugadores de fútbol antes que eso son personas, es posible que alguno necesite, individualmente, alguna vez, la asistencia de un psicólogo, como en otro momento la de un odontólogo. Pero en el cuerpo técnico de un equipo de fútbol, entrenador y psicólogo se encuentran en el mismo papel, con una ventaja para el entrenador: conoce mejor a Garrincha.

## Los cracks que no llegaron

"Que el letrista no se olvide de cantarle a los cracks que no llegaron".

JAIME ROOS

Los barrios de entonces estaban llenos de secretos inconfesables, de misterios que nadie se atrevía a revelar, de novias olvidadas y de cracks que no llegaron. Eran jugadores de grandes condiciones que por razones a veces incomprensibles y otras tan simples que no se pueden creer, no alcanzaron el lugar de privilegio que merecían y que todos suponían.

Eran respetados cuando jugaban, inclusive por aquellos que habían logrado la gloria en los grandes escenarios, como Federico Sacchi, que una vez me confesó que él, nada menos que él, tenía vergüenza de ir a un bar en Rosario que frecuentaba, porque ahí paraba un amigo de la infancia que jugaba de marcador central también, "y ese sí que la rompía y no jugaba en ninguna parte". Y ese mismo respeto siguen generando en el recuerdo, cuando aparecen en las conversaciones de café. Se los nombra con prudencia, sabiendo que no pueden figurar en las grandes carteleras de la fama o del reconocimiento general, pero así y todo comparten los relatos de hazañas admirables junto a los cracks de verdad, los campeones de todos los tiempos.

Todos tenemos uno o varios en la memoria y yo también me acuerdo de algunos, como el Ruben Biaggetti, por ejemplo, que la rompía en los potreros de pibe, y en el baby, jugando en toda la cancha, pidiéndola atrás, tocando en el medio y gambeteándose a todos adelante, para hacer los goles y salir campeones. A tal punto que,

cuando tuvo que ser reemplazado por el Coco Basile, en otro campeonato, por sobrepasar la altura permitida, y lo perdimos, sus compañeros no dudamos en encontrar las razones de esta derrota: "Qué querés", decíamos entonces, "no vas a comparar al Ruben con el Coco". Fíjense lo que fue después del Coco Basile en el fútbol argentino, mientras que el Ruben no llegó siquiera a ser titular en Olimpo de Bahía Blanca. Apenas jugó unos partidos, pero ni parecido al pibe que deslumbraba en las inferiores y era el comentario de todo el ambiente futbolístico de Bahía Blanca en ese entonces.

Los había muy famosos en todo el interior del país, como el Víctor Legrotaglie, mendocino, atorrante para jugar y para vivir, que fue figura en los campeonatos argentinos. Beccar Varela con su selección y que, sin embargo, en su breve incursión por el fútbol grande no pudo repetir sus actuaciones memorables. O el gran Carlovich, rosarino, centrojás, que una vez jugó en la selección de Rosario contra Argentina y la dejó chiquita así. Los bailó a todos y se ganó la admiración de los más puristas de esa ciudad de puristas. El ruso Carlovich es fuente de anécdotas asombrosas y siempre encontrarás a alguno que te cuente una mejor todavía. Creo que anduvo por Central, pero, de todos modos, entra en ese misterio incomprensible por el cual no fue un Pipo Rossi, un Rattín o un Redondo.

Los cracks que no llegaron tienen una dedicatoria en el libro de Roberto Perfumo, y es bueno que un crack que llegó les haga también un homenaje.

Es una prueba más de que los seguimos queriendo como si hubieran jugado los partidos más importantes de la historia. Claro que la pregunta que nunca podremos responder es si hubieran estado, entonces, a la altura de lo que suponemos. Pero, ¿qué nos importan después de todo? Para nosotros eran y siguen siendo cracks. A ellos les basta con escuchar de vez en cuando en los boliches más prestigiosos del barrio los comentarios de los más sabihondos: "Si este pibe se hubiera cuidado, sería crá, sería".

Así que para nosotros son eso, cracks que simplemente no llegaron. Ahora les quiero presentar una historia de un crack que no lle-

gó. Es de Bahía Blanca y yo la cuento como la escuché mil veces a mil tipos diferentes. Quizá por eso tenga algunas diferencias con la realidad, porque viene de lejos, desde que yo era pibe. Inclusive los personajes que completan el cuento no son del todo ciertos. Lo verdadero es la leyenda y ahí podemos descubrir esas causas de las que hablaba al principio. Quiero decir, finalmente, que cuento esta historia como un modesto reconocimiento a todos ellos a quienes sigo admirando.

## *Hola y adiós*

Cuando esa noche el Chiche Espejo entró al boliche de siempre en Parque Patricios para comer algo, era otro tipo. Por la tarde le había cambiado la vida. Había debutado en la primera de Huracán enfrentando a Boca y marcando a *Cuchiaroni*. Se sentía feliz. Se sentó solo en la mesa de siempre y los mozos del bar lo rodearon para preguntarle cosas del partido. No era de hablar mucho el Chiche y apenas contestaba con monosílabos. Le daba un poco de vergüenza verse tan halagado. Pidió un bife con ensalada y el vino de la casa. Estaba comiendo y leyendo el diario que le había acercado un mozo, donde había una fotografía suya tapándole un pase a *Cuchiaroni*, cuando escuchó la voz del Cata Domínguez.

—Chiche... ¿qué hacés acá?

Los dos amigos se saludaron con un abrazo largo, contentos de encontrarse.

—Llegué hace un rato —explicó el Cata—, mañana descargo el camión y me vuelvo a Bahía.

Se conocían de pibes. Los dos jugaban en las inferiores de Villa Mitre, pero el Cata lo dejó para laburar en Rutamar, donde ahora era medio capo.

—Contame —pidió el Cata—; venía escuchando el partido en el camión. La rompiste, dijeron los periodistas.

El Chiche le contó todo. Con detalles. Cada jugada. Ahora sí. Había debutado en el fútbol grande y tenía un amigo enfrente para compartir semejante alegría.

De entrada estaba un poco nervioso —dijo el Chiche—, pero después fui agarrando confianza y al final es igual que en Bahía. Hay más gente, nada más. El Chiche Espejo era un lateral fino, elegante, vivo, rápido, que manejaba la pelota como un delantero y que vivía amagando. No daba una patada. Quitaba con limpieza y salía jugando con una calidad increíble. Los de Huracán lo vieron en un partido que jugaron en Bahía contra la selección de la Liga del Sur. Al principio no quería ir. Después lo convencieron y estuvo como dos o tres meses jugando en reserva. Decían que lo estaban poniendo a punto físicamente y de paso se iba adaptando. Vivía en la cancha. En la concentración de Huracán. Ahí tenía una piecita.

—Me quería volver —confesó el Chiche—, nadie me daba bola. Aparte, ¿sabés lo que es vivir en esa pieza? Menos mal que la cosa fue cambiando poco a poco. En los entrenamientos anduve bien. Jugamos un par de partidos amistosos y también me fue bien, pero me ponen de 4 y vos sabés que yo soy 3.

Ese día que debutó también jugó de 4. En Bahía estaba todo el barrio prendido a la radio. Fioravanti dijo que "el joven de Bahía Blanca tiene un gran futuro", y lo dio como uno de los mejores del partido.

—Che, Chiche, ¡qué grande!, mirá vos... —decía el Cata, admirado y feliz por la suerte del amigo.

Después hablaron de todo y especialmente de Villa Mitre, del barrio, de los amigos. El Chiche quería saberlo todo. También le preguntó por la Titi.

—No sé, hace mucho que no la veo —mintió el Cata, porque sabía que la Titi se había puesto de novia con un coso del centro, pero no le quiso decir nada.

Terminaron de comer y salieron a tomar un café en otro lado.

El Cata le dijo que tenía que irse a dormir temprano porque el otro día descargaban el camión a primera hora para seguir viaje.

—¿A qué hora te vas? —le preguntó el Chiche.

—Y... pienso que a las diez, no más. Tengo que volver a Bahía, que hay mucho laburo.

Después del café se despidieron y el Cata le dijo que la próxima vez le avisaría por teléfono antes, así se encontraban y lo llevaba a algún partido.

Al otro día sobre las 10, el Cata terminó de descargar, arregló los papeles en la oficina y en la puerta del camión encontró al Chiche Espejo empilchado y con una valija en la mano.

—¿Me llevás? —le preguntó.

Y nunca más volvió a Buenos Aires.

## *Universitario de Lima: Una experiencia fantástica*

"Nunca nada importa tanto como tomar partido a favor de un sueño".

ARIEL SCHER

Era el último partido del torneo Apertura 2002 en Perú. Universitario, que yo dirigía, y Alianza Lima empatábamos en el primer puesto. Nosotros jugábamos contra Melgar de Arequipa y ganábamos 4 a 2 en tiempo de descuento. En Sullana, en tanto, Alianza Lima enfrentaba a Alianza Atlético de esa ciudad y yo no sabía cómo iban, aunque sospechaba que la cosa nos era favorable porque estaba rodeado de fotógrafos, cámaras y micrófonos. Si Alianza no ganaba, éramos campeones.

De pronto veo a Fatiga Russo que viene hacia mí, con los ojos empapados y los brazos abiertos.

—Terminó allá, Ángel, somos campeones —me dice.

Nos abrazamos emocionados y en un segundo había como 50 personas gritando alrededor nuestro la euforia del título. Inclusive entraron a la cancha, levantaron en andas a los jugadores y obligaron al árbitro a terminar el partido.

Yo no quise que nadie me viera aflojando y me fui al vestuario. Allí estaba solo, sentado con la mirada perdida y recordando todo lo que habíamos pasado en esos seis meses infinitos, cuando veo entrar a Chemo del Solar, demasiado serio y sereno, teniendo en cuenta la circunstancia.

—¿Qué pasa? —le pregunté sorprendido.

—Ganó Alianza —dijo—. Tenemos que jugar finales.

Alguien que estaba escuchando el partido de Alianza Lima por

radio creyó oír que había terminado empatado y desató la falsa alegría que nadie pudo controlar por varios minutos. Pero resulta que no, que en el último minuto del descuento en Sullana hubo un penal para Alianza Lima, que convirtió, de modo que terminamos igualados. Habría finales y parecíamos estúpidos cantando, emocionados sin motivo, sintiéndonos campeones antes de tiempo.

Inclusive un miembro del cuerpo técnico de Alianza se lo dijo con sorna a un periodista:

—¿Cómo van a ser campeones estos tipos si dieron la vuelta antes de tiempo? Ni la radio saben escuchar.

El mazazo fue terrible. Otro golpe anímico brutal para un grupo que había soportado situaciones increíbles para llegar al último partido compartiendo la punta.

Toda esta historia empezó en Madrid. De la mano de Chemo del Solar, el presidente de Universitario, doctor Javier Aspauza, había viajado para contratar a un técnico capaz de encabezar un proyecto que debía terminar devolviéndole al club el prestigio internacional que alguna vez tuvo.

Hablaron con Juan Manuel Lillo, entrenador español que había sido de Chemo en el Salamanca, representante del buen fútbol, pero no estaba dispuesto a la aventura. No conocía el medio sudamericano y prefirió seguir esperando una ocasión en Europa

Entonces apareció mi nombre y Chemo se comunicó conmigo para establecer una cita con el presidente.

Nos juntamos para comer y hablar de fútbol y del proyecto. Coincidimos en todo. Lo que había que hacer y hasta en los detalles.

—Una cosa quiero dejar clara, presidente —dije yo casi como una premonición—. Es imposible llevar a cabo este proyecto si no hay un respaldo económico adecuado. Estoy cansado de estar en equipos —especialmente en Argentina— donde todo se viene abajo por la falta del dinero indispensable.

Y expuse mi teoría de que nunca un equipo puede sostener a una institución sino que la cosa es, o debe ser, al revés, para no depender dramáticamente de los resultados inmediatos.

—Quédese tranquilo —me respondió el doctor Aspauza—, yo pienso como usted.

En la primera reunión que tuve con los jugadores, ya en Lima después de las presentaciones y de que yo expusiera el plan de trabajo para la pretemporada, choqué violentamente contra la realidad.

—Perdone, Ángel, pero nosotros no vamos a ir a ninguna concentración en pretemporada hasta que no nos paguen lo que nos deben —me aclararon los jugadores.

Ese fue el comienzo de un problema que nunca encontraría solución. En ese momento yo temí la repetición de una historia conocida, pero nunca supuse su fantástico final.

Reseñar las peripecias que tuvo que pasar el plantel por ese motivo sería interminable. Baste con decir que no hubo dos días seguidos de entrenamiento normales. Reuniones de todo tipo, conflictos permanentes, promesas que nunca se pudieron cumplir, en fin, lo habitual en situaciones como esta que suelen terminar con la ilusión de cualquiera.

Inclusive les dije a los periodistas que ese era el camino más directo al fracaso que yo conocía.

Al principio los resultados disimularon en parte el fondo de la cuestión, hasta que tuvimos tres derrotas consecutivas en los tres últimos partidos de la primera vuelta y nos pusimos bastante lejos de los primeros.

Cuando todo estaba a punto de desmoronarse definitivamente, me pareció oportuna una reunión con todo el plantel para tomar una decisión impostergable: seguíamos exigiendo lo que nos debían, que ya era mucho y perturbaba indudablemente nuestra dedicación al fútbol, o nos olvidábamos del tema, arreglándonos como pudiéramos, y nos comprometíamos a pelear hasta el final, dentro de la cancha.

Las dos cosas eran incompatibles, como habíamos podido comprobar, porque reclamar permanentemente ante los dirigentes para recibir las mismas respuestas siempre, desgasta demasiado y genera un malestar que altera el estado anímico ideal para jugar al fútbol.

Decidimos, todos juntos, luchar por el campeonato. Todavía había tiempo. No obstante, seguiríamos reclamando, pero aceptando en la intimidad que no habría solución inmediata.

Fue en ese momento cuando el grupo selló definitivamente su gran cohesión interna.

Inclusive las críticas que aparecen siempre en las derrotas, y que afectaron principalmente a los jugadores más veteranos, reforzaron aun más la unión y el ánimo del plantel.

Ganamos los tres siguientes partidos y nos pusimos a tres puntos de Alianza, que iba primero, en vísperas del clásico, precisamente. Era la primera gran oportunidad que teníamos para volver a la punta, pero perdimos jugando el peor partido del campeonato. El golpe fue doble. La derrota, por un lado, y la muy mala actuación, por otro. Y nuevamente a seis puntos, faltando sólo siete partidos.

Había que ganar todos los partidos que faltaban. No podíamos ni empatar si queríamos mantener opciones al título. Poco después ocurrió lo que, a mi modo de ver, fue el hecho más importante para nuestras aspiraciones. El Nuno Molina envió un telegrama intimando a la entidad a que le pagara la deuda que tenía con él o dejaba de jugar, rescindiendo el contrato de acuerdo con una cláusula que lo advertía. Les daba 48 horas. Sucedió un viernes y el domingo siguiente jugábamos contra Coopsol en Trujillo. El presidente estaba de viaje y ejercía esas funciones el vicepresidente, doctor Luis Galindo, quien esa noche me llamó por teléfono para comunicarme que Molina quedaba desafectado del club en razón del telegrama recibido.

—No te apresures, por favor. Déjame hablar con el Nuno —le pedí.

—Haga usted lo que quiera, pero la decisión ya está tomada —me contestó con tono autoritario, abandonando el tuteo que hasta ese momento manteníamos.

Hablé con el Nuno para saber si cumpliría su amenaza de no jugar en caso de que no le pagaran. Me dijo que no, que sólo lo había hecho para presionarlos, pero que él no tenía intención de abandonar el grupo.

A la mañana siguiente, último entrenamiento antes de viajar, Galindo y otros tres dirigentes me llaman a una reunión en una de las oficinas del estadio, junto al Nuno, para comunicarnos oficialmente la resolución de la directiva. Molina les aclara que no pensaba cumplir la intimación, que sólo quería cobrar lo que le debían, pero que iba a jugar hasta el final del torneo de todos modos.

Los dirigentes permanecían firmes en su postura. En medio de la conversación, inesperadamente, aparecieron todos los jugadores y entraron a la reunión, vestidos para entrenar. Les pidieron, les rogaron a los dirigentes que no tomaran esa medida, que los dejaran jugar el partido en paz porque era muy importante para el futuro del equipo, que postergaran la sanción hasta el lunes, esperando la llegada del presidente.

No hubo nada que hacer y el Nuno fue separado del plantel. Pasamos toda la mañana discutiendo, no pudimos entrenar y viajamos a Trujillo en las peores condiciones anímicas. Molina también viajó por su cuenta para acompañar al grupo.

El partido se tomó como un desafío. A esa altura eran demasiados los inconvenientes que había que superar, internos y externos, ya que ocurrían cosas muy difíciles de entender y se sucedían como para no creer fácilmente que fueran obra de la casualidad. Por ejemplo, que en nueve partidos nos expulsaran a un jugador antes de la media hora, o que un árbitro que se cayó al tropezar ligeramente con Chemo del Solar lo echara de la cancha enérgicamente, y después, aunque un video demostrara claramente lo fortuito del choque, le dieran a Chemo un partido de suspensión.

Lo cierto es que ese día ganamos en Trujillo 3 a 0 y cada gol se festejó como un título del mundo. Fue una especie de rebeldía ante todas las injusticias que estábamos aguantando.

Volvimos a Lima más fuertes que nunca. Si no reincorporaban a Molina, habría varias renuncias. Inclusive la mía. El presidente anuló la decisión de la directiva, el Nuno Molina se reintegró y el siguiente partido lo ganamos 1 a 0 con gol suyo, de locales en el Monumental.

Hubo otros hechos que demostraron el alto grado de compromiso colectivo de este plantel. El más significativo fue cuando un domingo, Día de la Madre, después de un triunfo el día anterior, yo programé un entrenamiento porque debíamos jugar al miércoles siguiente. Era voluntario para los que habían jugado más de 45 minutos y asistieron todos, no faltó ninguno, y para entonces ya nos debían más de tres meses.

Otro día regresábamos de Huancayo, donde habíamos jugado a más de 3 000 metros de altura ganándole al equipo local y dando un paso decisivo para, al menos, disputar las finales.

Le pregunto a Chemo que viajaba en el avión cerca de mí:

—¿Sabe lo que en realidad me gustaría, Chemo?

—Lo mismo que a mí, seguramente —me respondió—: llegar a una final con Alianza y ganarles ahí, en la precisa.

Ese era el sentir —además— de todo el plantel, porque con Alianza habíamos perdido los dos clásicos y no queríamos ser campeones con esa deuda pendiente.

Y así fue, salimos campeones después de vencer a Alianza Lima en dos partidos definitorios.

Pero nunca la alegría de un título debe de haber durado tan poco. Al día siguiente ya sentíamos una pena enorme, porque sabíamos que ese grupo se rompería por cuestiones económicas. Habíamos llegado al límite del esfuerzo y así no se podía continuar. Estábamos satisfechos, de todos modos. La lucha nos había salvado el orgullo y la dignidad, que no es poco en los tiempos que a uno le toca vivir. Habíamos cumplido el compromiso que asumimos colectivamente sobreponiéndonos a todos los inconvenientes, que fueron muchos y en algunos casos muy difíciles. En todo momento nos mantuvimos juntos. Nunca nadie se sintió más que todos y cada uno aceptó el papel que le tocó: los que fueron titulares, los que sabían que eran sustitutos e inclusive los que no jugaron ni un minuto.

Todos con la misma alegría y predisposición. Por eso el título fue un premio para todos y cada uno de los integrantes del plantel.

En una sociedad que nos presenta la solución individual como la

única posible, este grupo de jugadores había dado muestras asombrosas de lo que aún significa la fuerza comunitaria.

Para el periodista argentino Ariel Scher, que escribió sobre el tema, fue "una lección de vida... un regalo del fútbol en medio de todo lo que la realidad quita".

A mí me quedó una profunda satisfacción, muy parecida a la felicidad, por haber participado en esta historia tan complicada, tan edificante y hermosa que me anima a juzgar fantástica. Fuimos campeones contra todo y contra todos.

# *Conversación con Pep Guardiola*

"Con todo lo que hemos hablado durante tanto tiempo, Ángel, esto lo podrías hacer de memoria, ¿no?". Efectivamente, Guardiola es de esos tipos que disfrutan jugando al fútbol, viendo fútbol y hablando de fútbol. Y eso fue lo primero que me dijo cuando le propuse reunirnos para charlar un rato con un grabador de por medio para este libro. "Pero ven cuando quieras a casa, así estamos más cómodos y no nos molesta nadie", agregó. Pep vive el fútbol de todas las formas posibles, y siempre desde la pasión. Analiza cada concepto, cada jugada, buscando tal vez la razón última del fútbol que le gusta. "Cada vez estoy más convencido de cómo hay que jugar a esto", me dijo antes de grabar, "por eso soy cada vez más fundamentalista en ese sentido".

**Ángel Cappa**: ¿Qué te parece si empezamos desde una constatación? La calidad del fútbol ha descendido en relación inversa al dinero que fueron invirtiendo. Quiero decir, a mayor volumen de negocio, menor calidad de juego, ¿no te parece?

**Pep Guardiola**: Yo diría que a más dinero más exigencia de resultados inmediatos. Me imagino que cuando más invierten los clubes tienen menos paciencia, tienen menos tiempo. Ellos piensan que cuanto más dinero, tiene que haber mejor juego y mejores resultados.

**A. C.**: Así es, invierten mucho en los mejores jugadores, pero, curiosamente, los hacen jugar desde la urgencia, sin respetar la cali-

dad de esos jugadores, haciéndolos jugar de cualquier manera, como si no fueran lo que son.

**P. G.**: Sí, pero el hecho de que los hagan jugar de cualquier manera no creo que tenga que ver directamente con el dinero invertido, sino con lo que hablamos hace poco, es decir, para mí lo fundamental de los dirigentes no es si compran bien o mal, sino cómo quieren hacer las cosas, cómo quieren que juegue su equipo. Cómo quiere mi afición que juegue el equipo, porque de cómo quieras jugar dependerán los jugadores que incorpores. Sin esta base, todo lo demás no sirve absolutamente de nada. Por eso creo que una cosa tan simple, o tan coherente, como puede ser este planteamiento, es contra lo que se choca siempre.

**A. C.**: Claro, determinar qué es lo que quieres para después tratar de hacerlo. Si no sabés lo que buscás, difícilmente lo podrás encontrar.

**P. G.**: Lo que suelen hacer con más frecuencia es tener una base para después ir a comprar dos o tres cracks que resuelvan los partidos. Yo no comparto esto. Yo, tal vez porque he nacido en una filosofía opuesta a esto, no quiero depender de dos cracks. Prefiero un equipo mucho más efectivo, donde todos participen, donde todos jueguen, porque yo aún defiendo el fútbol a partir de los extremos. Mi equipo lo empezaría a formar a partir de los extremos, cosa que hoy en el mundo no se hace, se usan los carrileros…

**A. C.**: Los famosos carrileros.

**P. G.**: Sí, porque teniendo extremos puedes atacar más arriba, jugar en campo contrario, y por lo tanto, los recorridos son mucho menores. También jugando así renuncias al contraataque por principio y aceptas que el equipo contrario te haga contraataques, pero yo lo asumo, es mi forma de jugar. En definitiva, yo creo mucho más en los equipos donde todos participen, donde el balón es lo que manda, y donde se trata de jugar bien.

**A. C.**: Y de ganar…

**P. G.**: Sí, claro, ganar, pero a veces… cuántas veces te vas a casa ganando pero no feliz, aunque sepas que mañana te pondrán buena

puntuación porque has ganado, pero has jugado de pena. ¿Y por qué te aplauden? Porque han invertido millones y ganaste, y para ellos todo está bien. Pero yo al menos no me siento bien porque sé que he jugado mal.

**A. C.**: Te decía lo de ganar porque cada vez que uno habla de jugar bien, sale alguien que te dice "sí, pero hay que ganar", como si uno no lo supiera. Por eso es reconfortante que jugadores como vos, que lo ganaron todo, hablen de la necesidad de jugar bien.

**P. G.**: Y para eso, insisto, definir primero el cómo. Saber el estilo para saber cómo tiene que jugar tu equipo. Un defensa puede ser bueno en otro equipo, pero hay que saber que aquí, en el Barcelona, se encontrará solo en el fondo la mayoría de las veces, con los laterales subiendo, con todo el equipo adelante y con 30 metros vacíos a su espalda. Entonces la situación será muy diferente a la de otros equipos donde jugará más arropado. Conociendo el cómo, entonces ir a buscar lo que necesitas, pero sin esta base es imposible. Esta es, creo, una de las razones por las que se juega mal al fútbol.

**A. C.**: Sí, claro, porque ganar queremos todos. En eso somos iguales. La cosa es como lo estás diciendo, definir el cómo. En otras palabras, tener un proyecto.

**P. G.**: Así lo entiendo yo.

**A. C.**: De lo que has dicho antes se desprenden muchos temas. En primer lugar, que la urgencia con la que se hacen las cosas provoca que no haya criterios, ni el elemental siquiera de saber cómo quiero jugar. Dicen que los clubes son empresas, pero no obran como en sus empresas, donde son más prudentes y respetuosos con los proyectos. En los clubes es habitual que cambien de entrenador cada dos meses, que es lo mismo que cambiar de rumbo. También hablaste de los extremos y ese es otro tema muy interesante.

**P. G.**: Sí, yo, como te digo, haría mi equipo a partir de los extremos.

**A. C.**: Es curioso, porque yo conozco 4 ó 5 entrenadores que se pelean para atribuirse el invento de los carrileros. Es como si alguien quisiera que lo reconozcan como el inventor de la picana eléc-

trica. Un despropósito. Porque el carrilero es un jugador confuso dentro del equipo, que cuando su equipo ataca es defensor y cuando defiende es delantero. Nunca tiene una responsabilidad definida.

**P. G.**: Yo no sé si es confuso o no, pero tiene que correr tanto el pobre, que es normal que se confunda porque se cansa.

**A. C.**: Ir de una punta a la otra de la cancha durante todo el partido debe ser terrible. Resulta que esto también plantea otra de las discusiones actuales. La del fútbol moderno y fútbol antiguo. Los carrileros serían modernos y los extremos, que nosotros llamamos wines, antiguos. Serán antiguos pero sirven para abrir la cancha, para que un equipo sea ancho y, por lo tanto, tenga profundidad. Antes había espacios porque abrían el campo, no porque eran lentos.

**P. G.**: Mira, Ángel, tú dices ancho y yo digo también profundo, porque a mí no me interesa que sea ancho a la altura de los medios, sino allá arriba para que lleguemos a enfrentar el lateral solo, y para eso tiene que circular el balón de un lado a otro…

**A. C.**: Hasta encontrar el momento…

**P. G.**: Hasta encontrar la jugada, claro.

**A. C.**: Así hacían ustedes en el Barcelona cuando estaba Cruyff, o el Ajax de Finidi y Overmars.

**P. G.**: Eso, eso, aunque fíjate que en la última época de Cruyff jugábamos con extremos, con Prosinesky, con Haggi, que son algo anárquicos en su concepción del juego. Es lo mismo que jugar con Rivaldo de extremo cuando no es extremo, o conmigo de extremo, que no lo soy. En ese caso, tendríamos la teoría del campo ancho y profundo, pero si yo agarro la pelota de extremo, seguro que no me voy de nadie. El gran Ajax de esa época era tal porque estaban precisamente Finidi y Overmars, que cuando tenían la pelota se iban de todo el mundo.

**A. C.**: Me acuerdo que cuando yo estuve en el Madrid jugamos contra el Ajax en la Copa de Europa, y en el Bernabéu nos dieron un baile tremendo.

**P. G.**: Sí… Sí… me acuerdo que cuando Luis Enrique iba en ayuda de Chendo para combatir a Overmars, entonces él la ponía

atrás, al interior. Si salía Luis Enrique a marcar al interior, otra vez a Overmars para el uno contra uno. El problema es que hoy en día no hay Overmars, no hay Finidis, no hay Garrinchas —que no vi jugar pero tengo entendido que era un fenómeno— y no hay desbordes, ¿por qué? Porque usan carrileros. Hace unos años tú ibas al Barcelona, a las inferiores, y veías que buscaban a esos extremos pequeñitos, rapiditos y potentes que se iban en el uno contra uno, y eso me gusta mucho verlo... porque con eso no sé si ganaremos o perderemos, pero tendremos con seguridad ese tono de distinción que nos va a identificar, que nos va a hacer sentir orgullosos. Pero lo que dices: oyes la radio y dicen que hay que ganar y que esto de los extremos es antiguo, que nadie juega con extremos y que tenemos que jugar como todo el mundo. Y te digo que si jugamos como todo el mundo, posiblemente perderemos más que jugando como nos gusta.

A. C.: Bueno, eso ya lo comprobaste muchas veces, porque ustedes así ganaron mucho más de lo que perdieron.

P. G.: Esta ha sido mi cultura futbolística y tal vez por eso soy fundamentalista en ese sentido. Cuando veo el equipo jugando así, pienso: hoy no perdemos. Y no perdemos. El día que renunciamos a eso y ponemos los extremos en el medio buscando seguridad y perdemos el estilo, ya no estoy tan seguro de ganar. Y no digo que tal vez de otro modo hubiera ganado los 16 títulos que gané, no lo sé. Por eso también ahora me voy (dicho antes de irse a Italia), para vivir el fútbol de otra manera, para saber desde adentro cómo es.

A. C.: Pienso que la única manera de intentar parar a un equipo que abre bien la cancha es entorpecerle la salida. Apretarlo bien arriba, y eso significa arriesgar para no dejarlo utilizar la anchura en profundidad, porque una vez que la pelota circula de la mitad hacia adelante es muy difícil.

P. G.: Si no arriesgas, vas a perder igual, ¿eh? Si vais atrás, perdéis igual. Por lo tanto, mejor arriesgar, que por ahí te sale bien y ganas.

A. C.: Hace muchos años se jugaba con extremos y tres en el

fondo. El Madrid de Di Stéfano jugaba así, por ejemplo. Uno de los volantes se convertía en defensor cuando perdían la pelota y se metía en la línea de fondo. En punta, en realidad, quedaban uno o dos; lo que pasaba era que llegaban con muchos.

**P. G.**: Claro, llegar es mejor que estar. Lo que hablábamos el otro día: si te amontonas, arriba favoreces a la defensa rival y de nada te sirve poner muchos ahí en el punto del penalti, sólo sirven de referencia para las marcas rivales. Mejor que el centrodelantero se tire unos metros atrás para jugar. La profundidad la ganamos por afuera: los extremos abiertos y bien en punta, y por adentro asociarse para tocar.

**A. C.**: Te digo que jugando con cuatro en el fondo es igual si querés ser ofensivo. Porque ponés los laterales en la mitad de la cancha y los volantes bien de punta, según por donde venga la jugada. Finalmente, cuando atacamos nos quedamos con tres en el fondo.

**P. G.**: El problema es que muchas veces, cuando el lateral no ha llegado a la mitad del campo, el volante de ese lado se le acerca para pedirle el balón y chocan los dos, se encierran ellos mismos.

**A. C.**: Bueno, pero eso es cuestión de trabajarlo y coordinarlo.

**P. G.**: Al final, todas son buenas, es según lo que quieras, cómo quieras jugar.

**A. C.**: ¿Te acordarás del Milan de Van Basten? Era un equipo ofensivo y cuando tenían la pelota los volantes de afuera iban arriba y la línea de fondo se paraba casi en la mitad de la cancha.

**P. G.**: Jugaban en campo contrario.

**A. C.**: Te dicen que es moderno jugar con tres en el fondo, cuando en realidad juegan con cinco defensores, cuatro volantes y un delantero que abandonan allí arriba. No lo hacen para jugar con extremos.

**P. G.**: Hacen el embudo.

**A. C.** El embudo para atacar. Se encierran solos y dicen que eso es moderno. También dicen que ahora el fútbol es más rápido porque ha evolucionado. Por eso me gustaría que hables sobre la velocidad en el fútbol.

**P. G.**: Me imagino que todos los argentinos saben qué es la velocidad.

**A. C.**: No, todos no.

**P. G.**: Bueno, yo siempre he dicho que habría que exigirle a todas las federaciones que obliguen a cortar el césped bien cortito y mojar un poco el campo para que así pueda ir rápido la pelota. Yo tuve un entrenador que me decía que el pase siempre es mucho más veloz que cualquier jugador.

**A. C.**: Laudrup era más rápido en el fútbol que Carl Lewis.

**P. G.**: Eso seguro.

**A. C.** En otras palabras, la pelota es más rápida que el jugador.

**P. G.**: Claro, por eso los equipos que juegan a uno o dos toques siempre son más rápidos que cualquier otro equipo del mundo.

**A. C.**: Además hay otro detalle. Yo vi jugar a Gento en videos y era muy rápido, es cierto, pero más todavía porque frenaba de golpe y arrancaba, no sólo porque tenía una carrera continuada. Su velocidad futbolística, digamos, consistía en saber frenar. Lo mismo que Cruyff, que cambiaba de ritmos. Venía rápido y frenaba de golpe, caminaba y salía a toda velocidad. De ahí saqué un concepto: para ser más rápido hay que saber frenar.

**P. G.**: Como des muchas ideas, los jefes de las marcas de botas van a crear algo para poder frenar… ya verás, ya verás.

**A. C.**: En serio, Pep, yo no sé si Cruyff era más rápido que los demás en una carrera libre, pero sí que lo era jugando al fútbol, precisamente porque frenaba y los demás pasaban de largo.

**P. G.**: Lo que pasa es que yo a veces pienso que las cosas me las planteo desde mi punto de vista. Es decir, el futbolista que soy y como soy. Hay gente que es muy rápida físicamente y quizá no piense así. Yo entiendo la velocidad desde mis condiciones: soy un tipo lento, que si voy al choque pierdo y que cuando tenía 18 ó 19 años si me soplaban me caía al suelo. Por eso he tenido que desarrollar otras habilidades para subsistir en este mundo del fútbol. Por eso entiendo que a otros lo mío no les va a garantizar nada.

**A. C.**: Pero a vos sí te garantizó, y mucho.

P. G.: Ah... sí, por supuesto, pero quiero decir que entiendo que mucha gente pueda no estar de acuerdo conmigo.

A. C.: Yo ahí discrepo, Pep. Yo creo que hay una manera de jugar bien al fútbol, y que la velocidad futbolística es distinta de la velocidad atlética. Por ejemplo, si vos hacés una carrera con otros 9 jugadores, tal vez salgas octavo, pero jugando sos más rápido que todos.

P. G.: Seguro.

A. C.: A eso me refiero.

P. G.: Claro, claro, porque jugamos con un balón.

A. C.: Entonces en el fútbol interesa la velocidad tuya, no la velocidad de un velocista.

P. G.: Pues... sí.

A. C.: Mirá, estando en México tuve una disputa dialéctica con algunos periodistas porque hablaban de la necesidad de trabajar más físicamente, con pesas y cosas así, al jugador mexicano, para asemejarlo a un alemán, al que ponían de ejemplo. El jugador mexicano es muy resistente por naturaleza y juega a tres mil metros de altura con tres grados bajo cero, y al otro domingo al nivel del mar, al mediodía y con 40 grados. La pregunta mía era: ¿por qué tratar de modificarlos físicamente? Si a un alemán lo haces jugar en el DF con 40 grados al mediodía, seguramente rendirá mucho menos físicamente. "Sí", me decían, "pero si un jugador mexicano tiene que chocar con un alemán, perderá seguro". Entonces yo les preguntaba por qué tenían que chocar con un alemán.

P. G.: Claro, no hay necesidad de chocar.

A. C.: Y les ponía el ejemplo de Arellano, no sé si te acordarás...

P. G.: ¿En el último Mundial? (se refiere al de Francia).

A. C. Sí.

P. G.: Sí... sí que me acuerdo, uno delgado, hábil...

A. C.: Eso es, que entraba en los segundos tiempos y los gambeteaba a todos. Bueno, ¿para qué quería chocar Arellano?

P. G.: Al contrario, tenía que evitar el choque.

A. C.: Lo que pasa es que hay un concepto de fútbol físico, de fútbol directo, y si no hay engaño hay choque.

**P. G.**: Ponen dos postes allá arriba y les tiran pelotazos porque no se juntan en el medio para tocar. ¿No quieres que haya fútbol directo? Pues bien, llama a esos postes al medio para asociarse en el toque, y manda a los extremos bien arriba, verás como no hay más fútbol directo, fútbol de choque.

A. C.: Además, eso de llamarlo directo me parece una contradicción. Porque tardan mucho más en llegar a situación de gol que el fútbol elaborado, el que utiliza los caminos indirectos de la distracción. El fútbol no es geometría donde la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. El fútbol es otra cosa, bueno, el fútbol y cualquier juego.

**P. G.**: Sí, el balonmano o el tenis.

A. C.: Cualquier juego consiste en el engaño, en la distracción. El fútbol directo es el más indirecto por previsible.

P. G.: Es lo que se lleva hoy, la tendencia actual. Quieren tener la sensación de que el balón está lo más lejos posible de su área. Entonces sacamos el balón lejos y salimos. Yo creo que hoy enseñan muchas cosas, ¿no?, pero lo que nunca enseñan es cómo sacar la pelota jugada desde atrás. Yo tuve la suerte de formarme en el Barcelona y ahí sí me enseñaron esto. Yo creo que para jugar bien hay que cuidar la pelota ya desde atrás. Esto lo aprendí yo con 14 años, pero cuando hablo con otros compañeros de otros equipos veo que no les interesa a los entrenadores; por lo tanto, es normal que hagan un fútbol directo. O no los trabajan, no sé, o estoy equivocado.

**A. C.**: No, no estás equivocado, ni los trabajan ni les interesa. Y esto me llevan a otra cuestión. Para los equipos que prefieren salir jugando, tener dos mediocentros es un inconveniente. A mí me parece que es mejor tener una referencia y un enganche. No sé qué opinas vos, que jugaste ahí.

**P. G.**: Mira, yo creo que los dos mediocentros los ponen para defender. Pero bien, si uno de los dos tiene claro que se debe desenganchar para ir arriba, pues está bien. El problema es cuando están uno al lado del otro. En la selección lo hacíamos muy bien con Valerón. Cuando defendíamos, él se ponía a mi lado, pero cuando te-

níamos el balón, se juntaba con Raúl, no conmigo. Y como Raúl también bajaba un poco, ahí nos juntábamos para tocar.

A. C.: Sí, pero Valerón tiene otras características, es un enganche, como Laudrup.

P. G.: Como Zidane, más bien.

A. C.: Como Zidane, claro. Entonces sí, la cosa funciona. Naturalmente que el volante central no puede estar solo en este sector, necesita una mano. Pero si juntamos a Guardiola y Redondo, por ejemplo, no tiene mucho sentido porque los dos cumplen la misma función.

P. G.: Sí, así es.

A. C.: La tendencia actual, como vos decís, es no tanto la de equipos defensivos, sino vertiginosos, que no se detienen a armar la jugada, que todo es a 120 kilómetros por hora. Fuerzan la jugada.

P. G.: El otro día yo veía un partido en Italia con una cámara que enfocaba desde arriba, y me daba cuenta de que jugaban todos por afuera. Adentro sólo los dos volantes defensivos en una misma línea. Y yo creo que es al revés, que hay que juntarse adentro, en el medio, para tocar, para asociarse, y dejar afuera a dos extremos, abiertos y profundos para utilizarlos en la circulación del balón hasta que estén uno contra uno. Entonces sí ir al gol y los del medio llegar desde atrás… no sé, ¿cómo no van a hacer un fútbol directo si no se juntan para tocar?

A. C.: Y volvemos a lo que hablábamos al principio; así fichan a grandes jugadores, para hacerlos jugar de esta manera. Gastan fortunas inútilmente…

P. G.: Además, cuando los fichan piensan que ya, inmediatamente, tienen que jugar y hacer 40 goles. Nadie se preocupa por averiguar a qué ciudad va, a qué equipo, qué características tiene ese equipo… en fin, saber muchas cosas que no están redactadas en un contrato pero que el jugador tendría que saber. Son detalles muy importantes, como, por ejemplo, si el equipo juega con tres en el fondo, con cuatro, si le va bien… nada. Pagan un montón de dinero y creen que eso justifica todo… y no es así.

A. C.: Yo tengo la costumbre, cuando estoy en un club, de llamar personalmente al jugador que vamos a incorporar, para decirle que soy yo el que lo quiere y no sólo los dirigentes del club, como ocurre habitualmente. Creo que así el jugador estará más tranquilo, porque si lo contratan los dirigentes, por ahí el entrenador le pide cosas que no están dentro de sus posibilidades.

P. G.: Así es... así es. Me imagino, porque nunca he vivido la situación, que al presidente la opinión del entrenador no le interesa para nada.

A. C.: Te imaginás bien. Ahora, con la nueva estructura, con los clubes tipo empresas, menos todavía. Los criterios cada vez son menos futbolísticos. Se van perdiendo esos criterios, pero no sólo en los presidentes o los entrenadores, también en los jugadores. Esta conversación que estamos teniendo sería difícil sostenerla con muchos de los jugadores.

P. G.: Y los entiendo, a mí me han educado desde los 13 ó 14 años para que conozca el fútbol. Yo antes jugaba porque jugaba, y creía que las cosas sucedían porque sí. Pero me han hecho entender que suceden porque hay una cierta lógica. Es decir, me educaron para descifrar el juego, y, en cambio, a la mayoría no le han dicho nada. A muchos entrenadores tampoco les interesa nada de lo que hemos estado hablando. Desde los 13 ó 14 años les dicen a sus jugadores que hay que luchar, que hay que ganar y esas cosas, y llegan a primera división sin saber nada del juego. Esto es lo que pasa, y por eso es tan difícil que la gente hable de fútbol. En realidad, hoy en día a la gente no le interesa nada de fútbol. Tú escuchas tertulias de fútbol y nadie habla de fútbol. Aquí mismo en Barcelona, donde la gente vio un fútbol tan bien jugado, ahora dicen que ese modelo es antiguo, y no, señor, lo que pasa es que lo hacemos mal, que es diferente. Si tú traes un modelo milagroso que aun haciéndolo mal ganas, lo compramos todos, pero no es así. Para ganar hay que hacerlo bien. Y si lo hacemos mal, hay que averiguar por qué lo hemos hecho mal.

A. C.: Hay una frase que se usa mucho en momentos de necesidad de puntos: hay que ganar como sea. Y eso no existe.

**P. G.**: No existe, claro que no.

**A. C.**: En algunas charlas con mis jugadores, cuando tenemos necesidad urgente de ganar, suelo preguntar: ¿Alguien sabe qué quiere decir como sea? Como nadie responde, porque nadie lo sabe en realidad, entonces digo: Bueno, lo mejor es que lo hagamos bien, ¿no? Y ahí empiezo a hablar de fútbol.

**P. G.**: Es que hay que admitir que en parte el futbolista es un poco dejado, desinteresado.

**A. C.**: Pero es que lo han desentendido.

**P. G.**: Exacto. No les piden un compromiso con el juego. No los ayudan a que entiendan por qué. Una parte, por los medios de comunicación, que tampoco les interesa; otra, por los entrenadores, que viven en la urgencia… Lo cierto es que no se habla del juego, no se analiza y no se entiende.

**A. C.**: Por eso está ocurriendo que, aunque todavía hay gente a la que le gusta el fútbol, hay mucha más todavía a la que sólo le gusta el resultado.

**P. G.**: Si yo fuera presidente de un club —que no lo voy a ser nunca, tal vez en mi segunda vida— no sé como reaccionaría ante la presión en las derrotas, pero pienso que diría "hemos perdido cinco partidos, pero yo quiero seguir jugando así, siga dirigiendo".

**A. C.**: Así reaccionaron los dirigentes del Manchester, supongo, porque Fergusson estuvo cinco años sin ganar, y cinco años son muchos en el Manchester para no ganar, ¿eh? Y, sin embargo, ha mantenido un modelo, el cómo que vos decís, y fíjate lo que ha logrado después.

**P. G.**: Sí, en nueve años han ganado siete. Y ahora ganan los campeonatos… no sé… diez jornadas antes de acabar.

**A. C.**: Hay una palabra que se usa mucho ahora y creo que es precisamente por la falta de análisis: concentración. Si te hacen un gol, no estaban concentrados; si jugaste bien es porque estuviste concentrado… en fin, una especie de palabra mágica que todo lo explica.

**P. G.**: ¿Sabes cuándo estoy concentrado yo? Cuando juego bien.

**A. C.**: Porque estás participando del juego.

**P. G.**: Ahí está; es cuando tengo todo el equipo, todo el partido aquí en la cabeza.

**A. C.**: Si agarra la pelota el lateral derecho y ni te mira y sale corriendo para adelante, no es que no estés concentrado, es que no participas.

**P. G.**: Y me aburro, y si me aburro me desconcentro, como dicen, me voy del partido y el partido se me va. En cambio, cuando tocamos todos, salimos de atrás jugando, llegamos jugando, participamos todos, pues todos estamos concentrados.

**A. C.**: Es una cuestión futbolística, no psicológica.

**P. G.**: Lo que cansa, lo que desconcentra, es no tener el balón. Yo te aguanto lo que sea cuando tenemos el balón, y ni cinco minutos cuando lo tiene el contrario.

**A. C.**: Algo parecido decía Laudrup cuando empezamos a formar el equipo en el Real Madrid y tratábamos de inculcar la importancia de tocar. "Yo jugué en un equipo chico en Italia, cuando llegué", decía Laudrup, "y sé lo que es correr detrás del balón. Lo que cansa eso".

**P. G.**: Ufff… es terrible.

**A. C.**: ¡Lo importante que es tener la pelota, lo que desmoraliza y desgasta al rival! Una vez me pasó en Racing que el rival se quedó con nueve jugadores y ganábamos 2-0 en el primer tiempo. En el descanso les dije a los jugadores que ahora había que tocar más que nunca porque eso, a los diez minutos, le iba a quitar al rival toda esperanza de remontar el marcador. Y así fue.

**P. G.**: Lo mismo nos dice Rexach (entonces Rexach era el DT del Barcelona) en los partidos donde hay mucha tensión. "Está prohibido hacer un gol en los primeros diez minutos… ahora, eso sí, que ellos no la toquen".

**A. C.**: Hasta que la jugada aparezca… y la jugada de gol aparece seguro.

**P. G.**: Sin querer, sin que te des cuenta. El día que no juego bien dicen "no dio ni un pase de gol, hizo de parabrisas". Y el día que juego bien doy cinco pases de gol. ¿Qué quiere decir, que ayer que-

ría y hoy no quiero? No, es que han aparecido las jugadas porque jugamos bien, y no hay más. Ahora, esto no es el futuro, no va por ahí el fútbol.

A. C.: ¿No va por ahí?

P. G.: No. El fútbol va hacia lo que llaman fútbol directo.

A. C.: Ah… sí, te entiendo. Yo también soy pesimista en ese sentido y creo lo mismo, aunque hagamos todo lo posible para evitarlo.

P. G.: Es difícil. Es difícil porque, aunque el entrenador quisiera hacerlo de otro modo, depende de muchas cosas. De la ayuda de los de arriba… en fin, de tantas cosas.

A. C. Del tiempo, ¿no?

P. G.: Sí, del tiempo que le den, del compromiso de los jugadores, que muchas veces se desentienden…

A. C. Y sí, pero es que vivimos en un entorno tan individualista que el jugador muchas veces se acomoda y juega para él, para salir en los diarios al otro día, y se olvida del compromiso que tiene con el juego, con sus compañeros, con la profesión. Aunque, según mi experiencia, el jugador argentino es distinto en ese sentido. Tiene otra relación con la pelota y con el juego, se forma escuchando conceptos del juego en su casa, en el barrio, en los cafés…

P. G.: Además, lo que me contaban Pizzi y Pellegrino, la necesidad económica, por la pobreza, porque el fútbol es, muchas veces, su única salida.

A. C.: Así es, pero también porque la pelota le permite ganar el respeto que de otro modo es muy difícil de conseguir.

P. G.: En un país tan futbolero como el vuestro… Me cuentan que hablan de fútbol a todas horas y en todas partes.

A. C.: Sí, así es, o así era, no lo sé bien. En el barrio, el tipo más respetado no es el más fuerte, sino el que juega mejor. Por eso el jugador argentino se siente más de lo que es, y rinde más de lo que puede.

P. G.: Eso es importante, tener en la cabeza esa confianza. Sentir que uno va a ganar, aunque sepa que, analizando uno por uno, son inferiores al contrario.

**A. C.**: Los uruguayos también son así. Nunca se sienten inferiores a nadie en la cancha.

**P. G.**: El portero de esta casa es uruguayo, cuando bajemos te lo presento.

Un rato después bajamos y me lo presentó. Hincha de Nacional. Y salieron nombres de jugadores: Paolo Montero, Recoba, el Pato Aguilera, Francéscoli, Rocha, Montero Castillo... y hablamos de Peñarol, de Nacional, de la selección, y no sé de cuantas cosas más, los tres, discutiendo, coincidiendo, disfrutando con el recuerdo de alguna jugada memorable, como para no terminar nunca.

## •— *Cosas del fútbol 3*

*Djalminha, el jugador brasileño del Deportivo de La Coruña, declaró que "el fútbol que me gusta y el que tengo en la cabeza es el antiguo". Goethe le dio la razón: "Para ser moderno hay que ser hijo de la tradición", dijo.*

• • • • •

*Como nunca antes, se han descubierto casos de dóping en el deporte: atletas, ciclistas, nadadores y hasta las niñas gimnastas consumen productos para aumentar el rendimiento. Zeman denunció al fútbol italiano y los hechos le dieron la razón, aunque no haya pasado nada. Sigamos creyendo que hay que ganar de cualquier manera.*

• • • • •

*Algunos jugadores celebran los goles levantándose la camiseta que usan, para mostrar una dedicatoria en otra que llevan debajo. Robbie Fowler, del Liverpool, hizo lo mismo en un partido internacional, hace unos años. Sólo que en la camiseta de abajo denunciaba la situación de 500 obreros portuarios de su ciudad, que habían sido despedidos y que llevaban 2 años sin cobrar un peso. Fue inmediatamente multado por la UEFA. El mundo tiene derecho a enterarse de que "yo amo a la Loly", pero ¿a quién le importa que 500 familias no tengan qué comer?*

. . . . .

*"El goleador es siempre el mejor poeta del año", opinaba Pier Paolo Passolini, que también jugaba al fútbol y para quien había un fútbol en prosa, que era el europeo, y otro poético, que sería el sudamericano. Ayyy... si levantara la cabeza.*

. . . . .

*Cada año, 30 millones de personas mueren de hambre en el mundo. Y más de 800 millones sufren de subalimentación crónica. No por gustarnos el fútbol tenemos que ignorar la realidad, ni dejar de preguntar por qué.*

. . . . .

*En un artículo publicado por el diario* El Mundo, *de España, el periodista Javier Martínez constató que el fútbol actual reclama jugadores "homogéneos, obedientes e intercambiables". En otras palabras, comprobó que el fútbol actual ha perdido identidad, indudablemente.*

. . . . .

*No conozco cifras exactas, pero más o menos son 500 los jugadores argentinos fuera del país. Es decir, Argentina es una fábrica que produce lo que todo el mundo quiere, y lo vende muy bien. La pregunta es: ¿cómo se explica que los fabricantes, los clubes, no tengan ni para tomar un café?*

. . . . .

*En el año 97 del siglo pasado, los pragmáticos, esos que dicen que el que gana es el mejor sin discusiones, tuvieron un serio problema con el Barcelona. Resulta que en la Liga española iba primero, y en la Copa de Europa, último. No sabían qué decir, porque con su razonamiento el Barcelona era el mejor y el peor al mismo tiempo. En esa época era duro ser pragmático.*

## El que corre no juega

Esto no es un concepto, es más bien un prejuicio que existía en el fútbol argentino desde siempre y que hacía que miráramos un poco sobre el hombro a los jugadores que basaban su eficacia en la resistencia física, en la insistencia para correr siempre. Los buenos, venía a decir este prejuicio, no corren, entrenan poco y todo lo solucionan con la habilidad y el talento. Por eso aquella famosa frase de Bochini, que yo saqué de una entrevista que le hicieron hace años.

Cuando le preguntaron por Cruyff, dijo el Bocha: "Corre, pero juega bien". Algo así como que le perdonaba el hecho de que corriera, por su buen juego. Sabemos que ese prejuicio no tiene razón, pero tampoco que el fútbol actual exige correr más. En todo caso, habrá que correr mejor, y eso quiere decir saber cuándo.

A los que creen que antes no se corría o se corría menos, les sugiero que vean algunos videos del Real Madrid de Di Stéfano, para ver si corrían o no. El mismo Di Stéfano, que estaba en toda la cancha, o Gento, cuya velocidad sigue siendo muy difícil de igualar. Por eso digo que el tema consiste en saber cuándo y cómo hay que correr para jugar bien, porque si no me interesa jugar bien, entonces es muy fácil: corremos siempre y mucho y lo resolvemos. Hacemos como esos entrenadores de divisiones inferiores que se cansan de gritarles a los pibes que "hay que moverse, muévanse".

En realidad, no siempre hay que moverse. Muchas veces hay que quedarse quieto para ser más rápido, como hace Romario, por ejem-

plo. Los fundamentos básicos del fútbol enseñan desde siempre que corre el que no tiene la pelota, para desmarcarse en caso de que fuera necesario, para apoyar al que la tiene, y el que lleva la pelota no corre. Ese es el principio numero uno para no chocar: hacer correr a la pelota.

Primero recibo, después paso y finalmente corro, serían los pasos elementales que definen a un buen jugador de fútbol. No al revés, como suele ocurrir ahora que las prisas confunden todo. Con exagerada frecuencia vemos que el jugador, cuando recibe la pelota, a lo primero que atina es a correr. Después mira, pero ya es tarde, ya enredó todo y entonces huye hacia adelante y termina, generalmente, salvo que sea un prodigio de habilidad, chocando. Así el periodismo tiene argumentos para decir que ahora no hay espacios. Naturalmente, jugando así, los espacios no existen porque los cierran los mismos jugadores.

Hay que correr para darle opciones al que tiene la pelota en caso de estar tapados, porque si estoy desmarcado, entonces debo quedarme donde estoy. A veces también el afán de mostrarse hace que desde un lugar sin marcas vaya hacia el que tiene la pelota y achique los espacios y favorezca la marca de los adversarios.

El mito de la movilidad y la velocidad rige en la sociedad para todas las cosas, y por eso nadie tiene tiempo para nada, y menos para pensar. Todos estamos apurados para llegar a ninguna parte, y eso también impera en el fútbol, lógicamente. De ahí que creamos que un partido tiene ritmo si todos corren mucho y la pelota poco, cuando es exactamente al revés.

No se puede jugar sin correr, efectivamente, pero no se juega corriendo siempre. Hay que mostrarse cuando el otro está en condiciones de dártela, no antes. La pausa hace que el fútbol sea rápido.

## La vida en orsay*

"El año 2000 nos encontrará unidos o dominados".
PERÓN

"El peronismo será revolucionario o no será nada".
EVA PERÓN

Es imposible, en un país prácticamente destrozado, pretender que haya un fútbol espléndido. La historia de la sistemática pauperización de Argentina, y su consecuente mayor dependencia, es la misma que la de nuestro fútbol. Un trabajo publicado en la revista de *La Nación* en mayo del 2001 nos revela la realidad económica argentina y otros datos similares que fui recogiendo de distintos medios acerca de nuestro fútbol, y además nos permite establecer un paralelismo patético.

En 1966, antes de Onganía, la deuda externa argentina era de 3 276 millones de dólares. Los sucesivos gobiernos militares hasta Lanusse la incrementaron un 46%, y en el 72 era de 4 800 millones de dólares. Cuando los militares volvieron a violar la Constitución y los derechos humanos, en 1976, había ascendido a 9 700 millones, y cuando terminaron con la orden de los grandes capitales mundiales, la habían subido en un 364% para llevarla a 45 100 millones de dólares. La otra subida gigantesca fue durante el gobierno de Menem: 123%. Y actualmente es de más de 150 mil millones, pero continúa aumentando aceleradamente. A fines de 1975 cada argentino debía al exterior 320 dólares. Después de la carnicería militar del 76, esa deuda individual ascendía a 1 500 dólares. Actualmente (en el momento de escribir este libro) cada argentino debe al exterior, sin haber contraído ninguna deuda, por supuesto, 3 800 dólares.

* Orsay: de *off-side*: fuera de juego. (N. del editor).

Los datos de la revista de *La Nación* demuestran por qué los grandes capitales acudieron a los militares en el momento preciso para que impusieran la sanguinaria represión. Fue el momento del cambio fundamental de estructura del capitalismo en el mundo, con el incremento de la miseria y la enorme marginación que ahora vivimos, especialmente en el Tercer Mundo.

Las desigualdades aumentaron como nunca antes en la historia, a tal punto que las tres personas más ricas del mundo poseen una fortuna superior a la suma de productos interiores brutos de los 48 países más pobres. En fútbol, el presupuesto del Real Madrid para la temporada 2001-2002 fue de 38 000 millones de pesetas, unos 200 millones de dólares. El presupuesto para ese mismo año de todo el fútbol argentino era de 100 millones de dólares. Es decir que un solo club de España tiene el presupuesto total del fútbol argentino de dos años.

Un solo jugador, Zidane, le costó al Madrid aproximadamente 70 millones de dólares, más que el presupuesto anual de Boca, River, Racing, Independiente y San Lorenzo juntos.

Las diferencias entre los ricos y los pobres en el fútbol reflejan la misma realidad.

Los clubes argentinos dependen de vender jugadores a la potencia económica europea, para seguir subsistiendo. Así y todo, tenían una deuda de 300 millones de dólares en su conjunto a principios de la temporada del 2001.

Al igual que la deuda externa del país, que según el trabajo del diario *La Nación* se hizo principalmente por la compra de armas y el pago de comisiones por ese negocio y por cubrir deudas de empresas privadas, la deuda del fútbol argentino no tiene demasiadas explicaciones lógicas y mucho menos claras. Es imprescindible sanear esta situación para poder empezar una tarea de reconstrucción de nuestro fútbol. De otro modo, si es que no hacemos nada para cambiar esta situación, estamos condenados a vivir en orsay.

## •—— *Brasil del 82*

Era la fiesta del toque. Parecía que a ninguno de ellos le interesaba el resultado, ni el rival, ni nada que no fuera la pelota y tocar. Llevarla de un lado al otro del campo, de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás, hasta convertir el partido en un paseo glorioso con la gente cantando y bailando en las tribunas. Yo fui testigo en Sevilla y Barcelona y vi cómo el público español acompañaba al brasileño en la batucada festiva durante el encuentro y hasta muchas horas después en los alrededores del estadio. Todo el mundo se contagiaba de ese ir y venir del balón con el mismo dueño de camiseta amarilla. Era un prodigio y cada gol se festejaba como el resultado final de la felicidad. Toninho Cerezo en el medio y a su alrededor Sócrates, Falcao y Zico, como tres artesanos fantásticos.

A propósito de Toninho, estando yo en el Tenerife, algunos años después, jugamos en Santiago de Compostela un partido amistoso frente al San Pablo, en un cuadrangular que, por cierto, ganó el River que dirigía Daniel Pasarella. Ganábamos 1-0 con gol de Latorre y nos hicieron cuatro. Cuando terminó el partido, me acerque a Toninho:

—¿Le puedo pedir un favor? —le pregunté.

—Sí, cómo no —me respondió.

—Sea bueno con nosotros, no se retire nunca.

Estaba a punto de dejarlo, pero seguía siendo el dueño de la pelota. Ese día dio otra lección de simpleza para que aprendiésemos de una vez que este juego es una síntesis de belleza y eficacia.

Bueno, decía que Toninho era el eje y en su entorno giraban tres predicadores del toque: Sócrates, Falcao y Zico, sin posiciones fijas, pero con un dominio tal del partido que les permitía estar en todas partes. La pelota llegaba a esa zona y desaparecía para reaparecer en forma de conejo y también de paloma y volver a esconderse de unos rivales que, angustiados, la buscaban por lugares insólitos sin poder encontrarla.

De pronto pasaba Junior al ataque, un lateral de toda la cancha, y no crean que exagero. No es fácil encontrar un lateral que tenga el manejo de la pelota, la visión de la cancha y la capacidad creativa en los metros finales que tenía Junior, que siguió jugando hasta los 40 años, creo, de volante y de lo que lo pusieran. Aparecía Junior para tirar paredes en plena ofensiva, no llegaba para tirar un centro. O Leandro, el otro lateral que también subía y terminaba de wing derecho, de 9 ó de wing izquierdo. Era lo mismo. Todos alrededor de la pelota, que hacía mucho que no disfrutaba tanto, que no se sentía tan querida.

Me acuerdo que contra Escocia perdían 1-0 y nadie se lo creyó. Los escoceses tampoco, porque desde ese momento hasta el final del partido no volvieron a ver la pelota a no ser para sacarla del arco y reanudar juego. El estadio del Betis, donde se jugó, reventaba de alegría y daba la impresión de que el equipo brasileño jugaba al compás de los tambores que sonaban en las tribunas. La gente, entre los que me incluyo, miraba el reloj con la intención de detener el tiempo porque quería que el partido durara para siempre.

Y en realidad todavía dura en el recuerdo de cada uno de quienes estuvimos en la cancha o lo vieron por televisión.

De todos modos, cada partido de Brasil en ese Mundial era una especie de danza mágica y hermosa. Los jugadores parecían maestros de la alegría.

Se convirtieron en mensajeros del buen fútbol que en cada partido ganaban más y más feligreses. Nunca un equipo de fútbol mereció tanto ganar un campeonato, sin conseguirlo.

Quedó fuera de la competencia cuando perdió con Italia en la

red, después de haberlo goleado en toda la cancha y de haber demostrado al mundo entero quién era el mejor. La leyenda cuenta que Sócrates, al ver desconsolados en el vestuario a algunos de sus compañeros, les dijo:

—No pasa nada. Ellos ganaron ¿y qué? Del baile que les dimos no se olvidarán nunca más.

Y así fue, porque cada vez que hablo con alguien de ese Mundial, se entusiasma, deja lo que está haciendo y no puede parar de hablar de Brasil.

Ese equipo se llevó el respeto, el cariño y la admiración del mundo entero. Fue un digno sucesor de aquel mito del 70.

Pero resulta que oficialmente ese Mundial lo ganó Italia. ¡Qué sabrán!

## *La clave es elegir bien*

El fútbol te obliga a elegir siempre. En el potrero, cuando éramos pibes, los dos mejores elegían a sus respectivos equipos. Como ahí no había tácticas ni otras cuestiones que enturbiaran la decisión, los que jugaban mejor eran los primeros elegidos. Como entrenador lo más importante es elegir bien, igual que en el potrero. Primero en la pretemporada, cuando uno hace el plantel, y después en todos los partidos, para designar a los titulares. Claro que en este caso la cosa no es tan natural. Siempre hay cuestiones que modifican el juicio evidente, unas veces externas y otras las presiones que imponen los resultados.

Pero no es de este tema que quiero hablar, sino del talento. A mí me parece que el talento del jugador tiene que ver con el conocimiento del juego y con la inteligencia, así como la habilidad con la inspiración. Un jugador está obligado, también, permanentemente a elegir. O gambeteo o paso, o salgo jugando o la reviento, o tiro al arco o doy el pase, acelero o hago la pausa, en fin, un sinnúmero de decisiones que tiene que tomar en fracciones de segundo. Elegir bien es jugar bien.

Siempre cada jugada tiene una solución correcta. Lo peor, ya sabemos, es la duda, pero elegir mal hace que el jugador juegue mal y el equipo también. Un jugador con talento es, en principio, un jugador que elige bien; para eso hay que entender el juego, dominar los conceptos básicos (insisto). Y además de rapidez para ver la jugada la precisión, para hacer lo que se debe.

Es cierto que hay jugadores, muy pocos, en realidad, que desbordan lo académico. Y que tienen un talento particular, como Houseman, que siempre salía por el lugar inesperado, y, por supuesto, Maradona, que era capaz de hacer fácil lo imposible.

Pero si nos referimos a los mortales, el talento está relacionado con el conocimiento del juego, con la inteligencia para elegir bien.

Si un jugador elige mal habitualmente, diría que tiene difícil solución o nula. Uno, como entrenador, puede corregir muchos defectos y aportar algunos conceptos para facilitar el juego, pero la mala elección es casi imposible de corregir. Sólo si el jugador es muy hábil podrá disimular ese defecto, quizá el más grave de todos.

## *No busque el arco, busque un compañero*

No sólo el pelotazo largo define a ese fútbol que llaman directo, sino también cuando un jugador en zona de elaboración enfila hacia el arco contrario, o bien llevando la pelota o con un pase buscando la jugada de gol. En ambos casos está contradiciendo otro de los conceptos básicos del fútbol: no se ataca desde cualquier lugar. En zona de elaboración no se busca el arco, se busca a un compañero, se toca.

La distracción hace que se encuentre la situación de gol más rápido, aunque no lo parezca, y el vehículo es el toque. Y si atendemos a los fundamentos del juego, sabremos cómo se toca.

En el toque hay una clave para que comience con criterio: olvidarse del arco. Todo lo contrario de lo que solemos ver actualmente, donde hasta los laterales quieren iniciar el ataque, cuando lo más aconsejable es iniciar la distracción. ¿Cómo se hace para no atacar desde cualquier lugar? Usando el camino indirecto, tocando para esperar el espacio y el momento oportunos. No hay que hacer el gran pase en esa zona, sino el pase más simple, el más fácil. Ese es el inicio del toque. Luego la pelota tiene que ir de un lado al otro de la cancha, hasta poder meter el pase de gol o el que va a generar la situación de gol. Entonces sí hay que atacar.

Si ataco desde cualquier lugar, prevengo a los rivales. Había momentos en los partidos que jugaba Brasil en el 70 y el 82, y el 86 también, en que los jugadores tocaban y tocaban de un lado al otro aparentemente sin intención alguna de llegar al arco contrario. De

pronto aparecía el espacio, un compañero libre y, en tres segundos, la jugada de gol, la sorpresa. No buscaban el arco, sólo buscaban un compañero. La jugada aparecía sola o, mejor dicho, provocada por la distracción. Todos los grandes equipos, y hasta los buenos equipos también, cuando tienen la pelota no amenazan desde cualquier lugar, sino que te golpean en el momento oportuno. Tienen paciencia para tocar y conocimientos para respetar lo que se debe hacer en cada lugar y en cada momento del partido.

## *Antes y ahora* —•

Me contó Menotti que un día, hablando con Adolfo Pedernera, le preguntó:

—Dígame, Adolfo, se habla tanto de las distintas épocas, de cómo se jugaba antes, de cómo se juega ahora, de las diferencias. Usted que ha vivido como jugador una de las mejores épocas del fútbol argentino, ¿qué le parece?

—Y... mire, en realidad no me gusta opinar de este tema —respondió Perdernera.

—No quiero comprometerlo, Adolfo, sólo me gustaría que me diga si había tantas diferencias y, en todo caso, cuáles eran —insistió el Flaco.

—Lo que le puedo decir —al fin accedió Pedernera— es que lo que vi antes ahora no lo veo, y lo que veo ahora ya lo vi antes.

Vale la pena analizar este tema porque generalmente nos solemos confundir. Cuando uno critica el fútbol que se juega actualmente, sobre todo en los lugares más publicitados de Europa, da la impresión de estar añorando un pasado que el recuerdo y la nostalgia hacen cada vez mejor.

Y, por el contrario, los defensores del fútbol actual se empeñan en desvalorizar todo el pasado.

¿Dónde está la verdad? Es cierto que los jóvenes, en todos los tiempos, creen que su época es especial y la elegida por la historia y que nunca volverá a repetirse algo tan excitante y tan bueno. Quizás

por eso cuando llegan a viejos creen que todo tiempo pasado fue mejor. El fútbol no escapa a las generales de la ley.

Desde siempre, en fútbol, la actualidad perdió por goleada frente a la nostalgia de un ayer lejano y aparentemente lleno de talento y emociones. Lo peor de todo es que en alguna medida los nostálgicos futboleros tienen razón.

Si generalizamos y obviamos las excepciones, tenemos que aceptar que antes se jugaba mejor al fútbol. Se entendía y respetaba más el juego y, en consecuencia, se disfrutaba más también. Posiblemente la urgencia en la que vivimos nos hizo olvidar poco a poco el placer de jugar, de la misma forma que somos incapaces de detenernos a apreciar un paisaje, a saborear la música, a emocionarnos con un poema, porque no tenemos tiempo que perder.

Me acuerdo de una viñeta de Quino donde el padre de Mafalda, emocionado hasta las lágrimas, le muestra a Manolito un maravilloso atardecer desde una montaña en medio de la naturaleza. "¿Y cuánto cree que puede valer esto en dólares?", preguntó Manolito.

Si sólo manejamos prejuicios, nunca podremos ponernos de acuerdo entre el antes y el ahora. Además, seamos sinceros, cuando decimos antes, ¿qué queremos decir?, ¿a qué época nos referimos? Porque yo me acuerdo que después del Mundial de Suecia, en el 58, el fútbol argentino vivió una etapa muy confusa y el juego fue bastante pobre, en general, durante varios años.

No obstante, creo que, para ser objetivo, tácticamente hay dos diferencias esenciales entre el fútbol de antes y el de ahora.

La primera es el achique de espacios. Antes los equipos eran más largos. Es decir, había muchos metros entre los de atrás, los del medio y los de adelante. Ahora los equipos son más cortos, no se dejan tantos espacios entre líneas y esto, para mí, fue una auténtica revolución positiva. Por la información que tengo, creo que se lo debemos a los holandeses, y en especial a Rinus Michels. Primero con aquél Ajax donde jugaba Cruyff y después con la selección naranja.

Desde entonces hay menos tiempo para jugar y se necesita más precisión.

La otra diferencia es que antes los equipos eran anchos. Se jugaba con wines bien abiertos, pegados a la raya. Y era por ese motivo, estrictamente futbolístico, que había más espacios, no porque los jugadores fueran más lentos, como se suele decir. Mucho más lentos que los de antes son los que participan en los partidos de solteros contra casados, y ahí sí que no hay espacios, no porque corran más, sino porque son embarullados. Saben menos. Ser menos anchos significa amontonar más gente en el medio, tener menos claridad y profundidad.

"Al que inventó eso de los carrileros habría que colgarlo", dijo Cruyff, "porque de ese modo desaparecieron los extremos", explicó. "Lo peor es que algunos se lo atribuyen como si fuera un mérito", se quejó finalmente. En definitiva, antes los equipos eran más largos pero también anchos, y se jugaba mejor porque se respetaban más los conceptos fundamentales del juego. Ahora los equipos son más cortos pero confusos porque no se respetan los fundamentos, que muchas veces se desconocen.

## *El compromiso*

Había terminado el último entrenamiento de la semana, que suelo utilizar para ajustar tácticamente al equipo sobre el terreno y preparar algunas jugadas a balón parado. Los jugadores se estaban dividiendo en grupos y, como siempre al finalizar la práctica, se organizaban en algunos juegos de entretenimiento con la pelota. En ese Racing que dirigí en el 98 había muchos jugadores a los que les gustaba la pelota y siempre se quedaban en desafíos interminables. Pero a Pablo Michelini había algo que le preocupaba, que no tenía del todo claro.

—Ángel, ¿le puedo hacer una pregunta? —me dijo.

—Claro, Pablo, ¿qué pasa?

Nos sentamos en un costado de la cancha de entrenamiento y hablamos sobre el asunto. A los pocos minutos se agregó Lux, que estaba implicado en el tema. Después Ubeda, el Chelo Delgado, Reynoso… y en menos de diez minutos se había armado una charla con casi todo el plantel.

Cada uno opinaba sobre el equipo, sobre el rival y las obligaciones que había que cumplir dentro de la cancha. Yo intervenía si había que aclarar algo, pero en realidad la cosa fue colectiva.

Daba gusto verlos comprometiéndose para que lo hablado se llevase a cabo en el partido.

Finalmente redondeé un poco lo conversado y quedamos en que al día siguiente, antes de salir para la cancha, nos íbamos a juntar

para recordar ciertos detalles, pero en realidad la charla previa la habíamos dado entre todos.

Como yo entiendo el oficio de entrenador, ese fue el día ideal. Sin que nadie impusiera nada, los jugadores participaron pensando y opinando sobre lo que era más conveniente hacer el partido siguiente. No iban a salir a la cancha sólo a cumplir lo que el técnico ordenara, sino que lo harían convencidos de que eso era lo mejor.

Con ese plantel de Racing yo viví momentos inolvidables, porque fue una suerte que se reunieran muy buenos jugadores con una misma o parecida manera de entender y disfrutar el fútbol, dispuestos a hacer lo que hiciera falta para defender esa manera de jugar y de vivir la profesión. Lo que llamamos compromiso se llevaba a cabo casi naturalmente. Pero ese día de la charla colectiva lo destaco porque me hizo sentir más entrenador que nunca.

## *Cosas del fútbol 4*

*Es mentira que haya muchas maneras de jugar al fútbol. O mejor dicho, hay una sola manera de jugar bien. Como dice el director de cine Ernst Lubitsch, "hay mil posibilidades de dirigir el ángulo de una cámara, pero, en realidad, solo hay una".*

* * * * *

*Homenaje a la pelota*

*Di Stéfano le hizo un monumento y le puso las palabras que todos queremos decirle: "Gracias, vieja".*

*Decía Pedernera: "Viví y sigo sumando años enamorado de la pelota de fútbol, todavía sufro al no poder entrar en contacto con ella".*

*Dijo Perfumo: "La pelota es el primer juguete, y por lo tanto está incorporada a nuestro ser, a nuestro mundo interno, como la teta de la madre, la cara del padre, el chupete, la cuna, el dolor de dientes…".*

*Dijo Maradona: "A mí dame una pelota y me divierto y protesto y quiero ganar y quiero jugar bien… donde uno se divierte es adentro de la cancha, con la pelota. Eso hacíamos en Fiorito y eso mismo hice siempre, aunque estuviera jugando en Wembley o en el Maracaná con cien mil personas".*

* * * * *

*Fútbol directo le dicen al fútbol sin engaño: hago lo que anuncio. Ahora bien, ¿se imaginan ustedes el ajedrez directo? ¿Y el truco directo?*

• • • • •

*El fútbol es —y aquí le robo a Eladia Blázquez lo que dice del barrio— "la dulce fiesta de las cosas más sencillas". ¿O no?*

• • • • •

*En un acto de presentación de mi libro anterior,* La intimidad del fútbol, *en Bilbao, me tocó compartir la mesa con el escritor Miguel González San Martín, con Joaquín Leguina, político y escritor, y con Michael Robinson, comentarista y ex jugador de fútbol. En primer lugar habló San Martín y dijo: "Ya que comparto la presentación con dos personas que se dedican al fútbol, quiero decir que yo soy escritor porque no pude dedicarme al fútbol".*

*Era como para declararlo el día de la reconciliación de los intelectuales y el fútbol.*

• • • • •

*Lo peor para un jugador o para un equipo es la duda. "De la duda no se sale", dice el Flaco Menotti. Es preferible, a veces, el error, y siempre la decisión.*

• • • • •

*En un artículo sobre la Liga española llamada "de las estrellas", dice Francisco Umbral, escritor español: "Lo de hoy, Liga de las estrellas, es un alarde impersonal, fugaz y capitalista, la cultura del traspaso y la mitología trimestral del divo. No hay mensaje".*

*A veces los intelectuales saben de fútbol más de lo que les gustaría.*

• • • • •

*Esta es del Tano Rizzo, un amigo hincha de Vélez, en la mesa de los viernes en De María, en Madrid: "Che, vengo de la Ciudad Deportiva del Real Madrid y vi a Panucci en un Porsche", dijo. "¿Y…?", le preguntamos nosotros. "Y… que si los laterales tienen Porsche, el fútbol es joda", sentenció.*

## *Estar concentrado*

Fijar la atención sólo en el resultado quitó interés en el juego y disminuyó la capacidad de análisis. Posiblemente esa sea la causa de la aparición de una palabra que se utiliza como escape para explicar sobre todo errores, pero también aciertos: concentración.

Si un equipo pierde la pelota en el medio y genera un contragolpe del rival, es que no estaba concentrado. Si en un correr en contra un adversario cabecea solo, faltó concentración. Si un arquero va a buscar un centro y calcula mal, no estaba concentrado.

Si los delanteros fallan goles cantados, les falta concentración.

Si el equipo defendió bien los últimos minutos ganando 1 a 0 y los rivales no pudieron empatar, es porque estuvo muy concentrado.

Es una especie de palabra mágica que todo lo resuelve.

—¿Qué piensa que debe hacer su equipo para ganar el próximo partido? —le preguntan a un entrenador.

—Si estamos concentrados, vamos a ganar —responde.

Es como si no hubiera nada que analizar futbolísticamente. Se terminaron también las eternas discusiones en los cafés para saber si el 9 tenía que haber gambeteado o tirado al arco. Si el 9 está concentrado, no hay nada que discutir.

Ahora bien, ¿qué significa esa palabra polifuncional? Porque yo jamás he visto a un jugador desconcentrado, pensando en otra cosa durante el partido.

Se imaginan que le pregunten al marcador central cómo es que

el delantero lo anticipó y cabeceó una pelota que era suya y el respondiera: "¿Sabe qué pasó? En ese momento me acordé de que mi mamá no me había lavado la camisa azul y me fui del partido".

Acepto que hay veces que algunos jugadores quedan fuera de la jugada y dan la impresión de estar ausentes mentalmente. Se quedan mirando el partido, como si no participaran en él.

Justamente, no participar es no saber qué hacer, y eso denuncia falta de conceptos, más que un problema psicológico.

Hagan la prueba de jugar a algo que nunca hicieron. Pongamos el básquetbol. Verán cómo no intervienen o lo hacen mínimamente. ¿Qué pasa? ¿Que no están concentrados? Más bien será que no pueden porque no saben.

Entonces será mejor cuidarnos de las palabras mágicas y tratar de encontrar una explicación futbolística a cuestiones que son futbolísticas.

# *De amor y de odio*

El Garfa Cortina golpeaba la puerta del comedor, donde yo dormía circunstancialmente porque él y su gente estaban pintando la casa de mis viejos, y me despertaba todas las mañanas con media docena de facturas recién compradas. Desayunábamos juntos hablando de fútbol y de cosas del barrio. Me conocía desde que nací y mucho más desde que empecé a jugar en la sexta de Villa Mitre. Me había visto crecer hasta llegar a la primera y se había puesto tan contento como yo cuando debuté en la selección de Bahía Blanca. Teníamos por entonces un enemigo común: Olimpo, el equipo del centro, de los cogotudos. Y resulta que por esas bromas misteriosas y malignas de la vida, yo ahora era jugador de Olimpo y al domingo siguiente jugábamos contra Villa Mitre en su cancha. Quizá por eso, esa semana no hablamos ni una palabra de fútbol. Del lunes al viernes cumplimos con el rito: él me despertaba con las facturas y yo me calentaba el café y ponía la pava para que él tomara mate.

—Que…queeé ha…hacé, Ne Negrito —me saludaba el Garfa y se acomodaba como podía en el desbarajuste de muebles amontonados por culpa de la pintada. Conocía a mi viejo desde la infancia y tenía por mí un cariño especial.

—Vovos ju…juuugás meme mejor que tu tío —me decía siempre desde su tartamudez congénita, comparándome generosamente con mi tío Luis Polchi, centrojás estilo patrón que había jugado también en Villa Mitre y que había sido mi espejo desde que me puse esa camiseta.

—Ense...ensese serio, Neeegrito —agregaba cuando yo le ponía reparos, y se reía. La cosa es que llegó el viernes y ni una palabra de fútbol. Mucho menos del partido que íbamos a jugar el domingo. Por primera vez me enfrentaría a Villa Mitre y me sentía un traidor.

Hasta ese momento nunca había vivido tanta emoción y tanta alegría como cuando Villa Mitre le ganaba a Olimpo. Todo el barrio lo festejaba sospechando que era la única posibilidad de ganarle a los poderosos. Con ese sentimiento inconfesable vivíamos ese partido.

Me pareció rarísimo ir al vestuario visitante en la cancha donde tantas veces me había cambiado para entrenar y jugar, pero del otro lado.

A medida que se acercaba la hora del comienzo, yo estaba más nervioso. Me iba a poner la camiseta que más odiaba el barrio donde nací y vivía. Y la iba a usar precisamente contra Villa Mitre, contra mí mismo.

Era una cuestión que no sabía cómo resolver. Mi papá, en cambio, lo tenía muy claro. Miraría el partido desde la tribuna de Olimpo. No podía, por esta única vez en su vida, estar al lado de sus amigos más íntimos, porque ellos tendrían los mismos sentimientos de siempre, mientras que él estaría deseando mi triunfo, que era lo mismo que desear el triunfo del Olimpo.

No era posible compartir un mismo lugar con el alma confundida. En lo que menos pensaba yo, en esos momentos previos, era en el partido. Si hubiera podido, habría pedido perdón a todos mis amigos uno por uno y me hubiera abrazado con ellos para encontrar consuelo.

Pero el asunto era bien distinto y el árbitro estaba dando la orden de salir a la cancha.

Como yo era el capitán de Olimpo, reuní a los compañeros como de costumbre un instante antes de encaminarnos para el túnel y dije palabras vacías que ni recuerdo, atormentado como estaba.

Había llegado el momento menos imaginado y menos deseado por mí. Tenía que enfrentar a mi gente con el uniforme del peor adversario.

Ni bien asomé la cabeza por el túnel, escuché la primera y más rotunda puteada de toda la tarde.

—Caa...Caaa...Caaaapa la pu...laaaapu tata madre que tete parió...

Miré de reojo y ví al Garfa Cortina trepado al alambre que separa a la gente, con la cara desencajada cumpliendo a destajo con el deber más íntimo y sagrado de un villamitrense: insultar al enemigo.

Cuando a la mañana del día siguiente abrí la puerta del comedor de la casa de mis viejos, encontré al Garfa Cortina con el paquete de facturas recién compradas y la misma sonrisa cariñosa de toda la vida.

—Qué...queeeé hacé, Ne...Nene...grito —me dijo.

# *El pase vale más que el gol*

En un partido de la selección argentina, cuando la dirigía Menotti, Bochini dejó solo a un compañero frente al arquero rival no menos de cuatro veces, y las cuatro veces la pelota terminó en la tribuna alta. Horas después, en el hotel, comentando el partido, Bochini le dice a Menotti: "César, al final voy a tener que hacer yo los goles".

Hay un concepto viejísimo del fútbol nuestro, para el que el pase-gol es mucho más valioso que el gol, y el Bocha lo tenía incorporado de tal manera que la tarea de empujar la pelota a la red le parecía ajena, o mejor, quizá, impropia de su talento. Eso era cosa de los jugadores vulgares. No sé si Bochini pensaba o piensa exactamente así, pero así era el concepto en su estado más puro.

Mario Pavés, un 10 talentoso de los años 50 que jugó en Chacarita y terminó su carrera deslumbrando en México, me dijo un día, hablando de goleadores: "Los goles los hace cualquiera, Ángel, lo difícil y lo lindo es el pase-gol. Mario también expresaba sin prejuicio alguno esa manera de entender el fútbol. No es que se desprecie a los goleadores. Al contrario, se los respeta. Pero la admiración está reservada para quien mete esas pelotas de gol cortitas, sorpresivas, que dejan a los defensores mirando para otro lado porque esperaban la jugada lógica.

El pase-gol tipo Michael Laudrup, el danés que jugó en la Juventus, el Barcelona, el Madrid y el Ajax, entre otros, y que en todos salió campeón y fue figura, mirando para un lado y poniéndola

en otro, es la esencia del engaño. Y, por lo tanto, el fundamento del juego. Todo juego consiste en engañar al adversario. Amagar una cosa y hacer la contraria. Hasta el ajedrez, que parece tan científico y programado, en última instancia es la sorpresa que le pone el talento del jugador.

Guardo en video el primer gol que hizo Raúl en el Real Madrid. Fue en un partido contra el Atlético de Madrid en el Bernabéu, que ganamos 4 a 2 y donde, dicho sea de paso, Redondo tuvo una actuación brillante. Lo guardo y a veces lo muestro en los equipos que me toca dirigir, porque esa jugada encierra la sencillez y la grandeza del fútbol cuando se juega bien. Laudrup recibe en el callejón del 10, avanza unos metros y Zamorano, que estaba de 9, le pica hacia afuera, hacia la izquierda. Detrás de Zamorano aparece Raúl en línea recta al arco. Con Zamorano se van dos defensores del Atlético. Laudrup sólo mira al chileno y todo hace suponer que le va a poner la pelota, pero con el exterior del pie derecho la mete al medio y se la deja picando a Raúl que la agarra como viene, medio chanfleada, de zurda, y la mete en el ángulo a la derecha del arquero.

Laudrup repetía ese pase mil veces y hasta en los locos de entrenamiento lo hacía: miraba para un lado y la dejaba cortita en el otro. El pase-gol es —era, quizá— más festejado que el gol. Además contiene otros ingredientes del barrio. Es como decirle al goleador "Toma, métela. Hacelo vos", con una actitud medio sobradora, canchera, "hacelo, que yo ya hice todo. Empujala". No es que se desconozca o infravalore al goleador, y menos si se trata de Raúl, que las pone de todas las maneras y en los lugares más inesperados. Tampoco se ignora que son precisamente los goleadores los que nos dan de comer. Pero el pase-gol es el juego, es el fútbol mismo, es el engaño, lo que distingue a un buen jugador de un crack. Es lindísimo hacer goles, por supuesto, pero ¿saben lo que se debe sentir metiendo esas pelotitas dentro del área y dejarlas picando frente al arquero?

## *El principio del fin* ——•

Al Loco Carro lo perdió la gambeta, que quede claro. Él agarraba la pelota, empezaba a gambetear y no paraba más. Era un morfón. Hace poco me lo explicó. "¿Sabés qué pasa?", me dijo, "yo gambeteaba porque se me rompían las zapatillas, en serio. Mi viejo me compraba alpargatas que se me rompían en el dedo gordo, ¿viste?, y si pateaba me dolía el dedo. Entonces seguía gambeteando para no perder la pelota, para que me dure un ratito más". Jugaba de wing derecho. Era alto, flaco, guapo y gambeteador. Atorrante también, por supuesto, derecho y amigo de todos. Tocaba la guitarra, cantaba, contaba chistes, era un fenómeno en las concentraciones y los viajes. Nunca te aburrías con él. Y en la cancha jugaba como vivía, para divertirse.

Un día que hacía mucho viento en Bahía y casi ni se veía por la tierra, el Loco jugaba contra el equipo de Cacho Rodríguez, que era una especie de Tarzán con el número 3 y cara de malo para intimidar rivales, aunque ellos eran muy amigos.

Se dio que el juego siempre estaba del otro lado. Y el Loco, parado contra la raya, de wing derecho bien abierto, vigilado de cerca por Cacho.

Pasaban los minutos y no llegaba ni una pelota. En una de esas, el Loco le propone a Cacho:

—Te corro una carrera, Cacho.

—Estás loco —le contestó Cacho, muy serio, como siempre cuando jugaba.

—Dale... hasta la mitad de la cancha —insistió el Loco—, me aburro, qué querés.

—Bueno, dale —aceptó Cacho.

Y salieron los dos como velocistas a todo trapo hasta la mitad de la cancha mientras el partido seguía al otro lado, ante el estupor de la gente que, seguramente, no entendía nada.

Así era el Loco Carro cuando jugaba al fútbol y se gambeteaba hasta las piedras. Pero un día, como digo, lo perdió la gambeta, igual que a todos los gambeteadores.

Jugaba contra Pacífico, de visitante, y lo marcaba Mérigo, buen lateral, áspero, eso sí, y dispuesto a no pasar vergüenza.

El Loco recibía la pelota y lo encaraba. Un amague, otro, una pisada, un pique que se interrumpe de golpe, hasta que Mérigo se cansaba y levantaba por el aire al Loco, a la pelota y a todo lo que encontraba en el camino. Foul, el ruso Asnes lo cobraba y la tribuna de Huracán, donde jugaba el Loco Carro, pedía a gritos la roja para Mérigo, que estaba arruinando al Loco y frenaba los ataques de su equipo.

Al Loco parecía no importarle la decidida firmeza de Mérigo y seguía empeñado en amargarle la tarde. Es que se agrandaba cuando había bronca y encaraba una y otra vez, y una y otra vez volaba por el aire con pelota y todo. En uno de esos revolcones, Asnes se acercó corriendo con el silbato en la mano y gritando: "¡Fuera de la cancha! ¡Fuera de la cancha!".

El Loco se quedó de piedra porque lo miraba a él.

—¿A mí? —le preguntó, incrédulo.

—Sí, sí, a usted —le dijo Asnes.

—¿Por qué a mí? —le volvió a preguntar el Loco, creyendo que era una joda del árbitro, muy dado a ese tipo de bromas en pleno partido.

Tarareaba canciones de moda mientras acomodaba las barreras, por ejemplo, y hasta se permitía advertir por dónde podía pasar la pelota. "Cuidado por la derecha —susurraba—, ojo que éste le pega bien...". Era un tipo muy especial, por eso el Loco Carro no le creyó del todo cuando lo echó de la cancha y le insistía "¿Por qué a mí?".

—Porque me está complicando el partido —explicó Asnes, y no era joda. Posiblemente ese haya sido el inicio del fin de los wines, de los gambeteadores y de los locos, lamentablemente.

## *Conversación con Fernando Redondo*

Posiblemente sea el más argentino de todos los jugadores argentinos que anda por el mundo. Conoce y le gusta la historia que lleva puesta y se siente orgulloso de la herencia que recibió y que exhibe en todas las canchas donde le toca jugar. Es el último centrojás y único heredero de todos los grandes de ese puesto.

De las mil anécdotas que viví con él durante cuatro años en Tenerife y en el Real Madrid, me quedo con aquel caño cortito que le tiró a un rival justo enfrente del banco. Como hacía siempre, pisándola con la zurda para ir llevándolo al lugar que él quería, y cuando el tipo la veía ahí mismo y estiraba la pierna para quitársela, Fernando Redondo la tocaba suave hacia la pierna derecha y le mandaba el caño inesperado que lo dejaba despatarrado y arrepentido de haberse metido en ese lío. "Lo hice cerca del banco para que lo disfrute", me dijo después en el vestuario, y me lo quedé como si fuera un regalo personal.

**Ángel Cappa**: Fernando, nos robaron el centrojás.

**Fernando Redondo**: ¿Por qué lo dice?

**A. C.**: Porque ahora se juega con dos tapones.

**F. R.**: Ah, sí, es cierto.

**A. C.**: Usted sabe que un tango nuevo que escuché el otro día, de Jaime Ross, creo, dice algo así, que un bacán se paseaba por el barrio con pinta de centrojás. Quiere decir que algo significaba el centrojás, ¿no?

F. R.: Exacto. Yo me acuerdo, de pibe, que era hincha de Independiente, como toda mi familia, de la figura de Marangoni, o en Argentinos Juniors, donde yo empecé a jugar a los diez años, del Checho Batista y también de Falcao, a quien yo admiré. Eran jugadores de personalidad, que tenían un gran peso en el equipo. Parecía que todo giraba alrededor de ellos.

A. C.: Yo creo que además de la figura mítica del centrojás como dueño del equipo, como patrón, tenía también un significado estrictamente futbolístico.

F. R.: Sí, evidentemente.

A. C.: El centrojás significaba algo en el juego mismo.

F. R.: Sí, sí, no se lo pasaba por alto. Hoy en día no existe, y además esa función ya tampoco se cumple...

A. C.: Pasar por el centrojás significaba que se estaba armando una jugada. Era el que le daba criterio al toque.

F. R.: Yo sigo pensando, según mi manera de entender el fútbol y no porque yo juegue en ese puesto, que el 5 es muy importante para que el equipo juegue bien. Por la posición que ocupa en el campo, siempre está viendo la espalda de sus compañeros, es el que tiene mejor panorama para ordenar el juego.

A. C.: Y es justamente desde ese ordenamiento que maneja el centrojás, que el equipo empieza a dominar la situación.

F. R.: Sí, y yo hablo según lo vivo. Cuando me ofrezco para ser vértice de la jugada es porque estoy viendo por dónde podemos progresar por el otro lado. Es decir, en un determinado momento en que un compañero esté en dificultades, esté atascada la pelota en un sector y hay que sacarla de ahí, o uno ve que hay que dar el paso adelante y cambiar de velocidad, para romper un poco el ritmo... En fin, todas son situaciones que maneja un mediocentro, como le dicen ahora. Y además es el más indicado para hacerlo.

A. C.: Fatiga Russo me contaba una anécdota de cuando él jugaba en Huracán. Dice que llegó Ardiles, que tenía mucha movilidad y en algún momento le quitaba espacio a él. Entonces él le preguntó: "Decime, ¿en Córdoba no juegan con 5?". "¿Por qué?", le pre-

guntó Ardiles. "Y porque me pasas por alto, nunca me la das". Es decir, la pelota tenía que pasar por el 5 si el equipo quería armarse como es debido. Ahora la cosa ha cambiado. Ponen dos tipos para esa función, pero no con la intención de jugar.

F. R.: No, claro, los dos son para dejar menos espacios a la hora de defender. Porque si por ahí alguien pensara que al 5 lo pueden marcar y por eso le ponen una ayuda, para facilitar la salida, bueno, no sería lo ideal, pero podríamos entenderlo. Pero en realidad no es así.

A. C.: No, no es así. Al quitar al mediocentro de la función que cumplía en el armado de la jugada, en realidad lo que están haciendo es renunciar a algo. Renuncian a jugar. Porque con el centrojás también se fue el enganche.

F. R.: Claro, que es tan importante también.

A. C.: Es cierto que el 5 no estaba solo en la mitad de la cancha. Se le acercaban los compañeros para tocar. Pipo Rossi no estaba solo, tenía a su lado a Moreno, a Pedernera, a Loustau. Tenía apoyos, naturalmente. Ahora, en cambio, dejan a los dos tapones solos en la mitad y les ponen gente por afuera, que salen corriendo. Entonces podemos traducir la abolición del centrojás como la abolición del toque. Es como decir que ya no es necesario tocar para llegar arriba.

F. R.: Y además porque a la hora de jugar resulta mucho más complicado hacerlo con dos tipos en línea. Es cierto que si son inteligentes van a procurar no estar en la misma línea, pero no deja de ser mucho más costoso. Además, esta relación entre el centrojás y el enganche, para mí es fundamental.

A. C.: En un equipo que quiera jugar…

F. R.: Eso, que quiera jugar, por supuesto. Porque entre ellos dos se gesta mucho del juego, y finalmente lo van a agradecer tanto los que juegan por afuera como los delanteros. Para mí esto que estamos hablando es indiscutible. Se puede ganar de otra manera, ¿no? Yo he jugado de otra manera y he ganado, pero he disfrutado mucho menos.

A. C.: Y el equipo ha jugado peor, también.

F. R.: Sí, absolutamente.

A. C.: Ganar, siempre alguno ganará.

F. R.: Así es, pero yo creo que finalmente pasa por la sensibilidad, por la manera de sentirlo. Yo, por mi parte, siempre quiero jugar bien. Porque estoy convencido de que jugando bien voy a ganar. Y esto es lo de siempre, la eterna lucha y la eterna discusión. Pasa por cómo lo siente uno realmente. A mí no me dice mucho ganar 4-0 si el juego no pasa por el mediocampo, si no se elabora, porque de ese modo difícilmente podés jugar bien.

A. C.: Hay otra cosa, Fernando, que produce la renuncia al juego, que es el desinterés del jugador por el juego. Y que vaya perdiendo, sin darse cuenta, ese orgullo de jugador y esa ilusión de jugador, también.

F. R.: Sí, es verdad. Hoy en día, en términos generales, el jugador sale a cumplir. A dar el máximo, pero físicamente. El máximo en la lucha en que se ha convertido cada partido. No a dar todo lo que uno tiene de jugador. A decir, bueno, hoy voy a arriesgar cuando tenga que arriesgar, para que las cosas me salgan mejor y de esa manera superar al contrario, ganar el partido y disfrutarlo. Yo no me voy del todo conforme si no he disfrutado de un partido. Además, a lo largo de mi carrera he disfrutado más o menos, pero nunca he traicionado mi manera de entender este juego, y sobre todo de sentirlo.

He tenido más protagonismo, menos protagonismo, pero siempre dentro de mi modo de jugar. Y yo creo que eso me ha llevado, y lo digo con toda humildad, a hacer la carrera que hice. Y a mí me parece que eso, esa manera de sentir el fútbol, no se debe perder. Sobre todo el jugador argentino, porque yo sigo creyendo que tenemos una identidad y una historia y hay que tenerlo presente siempre. Hoy en día se ha perdido un poco esa manera de sentir, ese gusto por jugar bien.

A. C.: Que, más o menos, quiere decir sentirse jugador. Yo tengo un respeto enorme por el jugador de fútbol profesional, el que se enfrenta a miles de personas en una cancha. Ser jugador de fútbol, según lo veo yo, no es algo intrascendente. Es algo muy importante

porque estamos hablando de alguien que mantiene viva la ilusión de muchísima gente, generalmente gente que está jodida, que no vive en la abundancia y que no tiene demasiados motivos para estar ilusionada. Entonces un jugador de fútbol tiene que tener esto presente. No puede ir a la cancha y decir: bueno, yo vengo acá a ganar y no me importa nada de otras cuestiones. Porque de esa manera se olvida también de su propia ilusión, que fue amasando desde que él mismo era pibe y soñaba con ser jugador.

**F. R.**: Yo creo que siendo jugador de primer nivel uno tiene que continuar con esa ilusión. Es el primero que tiene que tener esa ilusión de hacer el gran partido, de jugar muy pero que muy bien, y eso se transmite después.

**A. C.**: Claro que se transmite. Por otra parte, no creo que haya nadie que tenga que ver con la ilusión de la gente: artistas, músicos... que puedan prescindir de lo que sienten cuando actúan o cuando preparan la actuación. Yo no puedo imaginarme a Troilo tocando el bandoneón y pensando en otra cosa, o al Polaco Goyeneche cantando para cumplir el contrato e irse rápido a la casa. Conozco una anécdota del Polaco, precisamente. Una vez cantaba en un boliche, hace muchos años, y dicen que no había más de cuatro o cinco personas. Entonces el dueño le dice: "Mirá, Polaco, no vino gente, es mejor que suspendamos la función". Y el Polaco le contestó: "Estás loco. Esos cinco tipos vinieron a verme a mí y yo no los voy a defraudar, voy a cantar con todo para ellos". Eso, en el jugador de fútbol, ese amor por su oficio, es raro encontrarlo.

**F. R.**: Sí, el jugador de fútbol, además, ha perdido la conciencia de lo privilegiado que es, de la gran posibilidad que tiene de expresarse en cada partido. De salir a la cancha y dar lo mejor que tiene. Poner el máximo de ilusión y de emoción, de sentimiento. Yo creo que tiene que ver con el conformismo.

**A. C.**: ¿Con el conformismo?

**F. R.**: Sí, con ese conformismo que le hace pensar, bueno, yo salgo, cumplo, termina el partido, no pasa nada gane o pierda. Es decir, ha dejado esa ambición, en el buen sentido. Ese deseo de cre-

cer, de mejorar, de jugar cada día mejor. De interesarse por jugar cada vez mejor, de ver dónde cometió error para no repetirlo, para aprender, para saber leer un partido, para saber inclusive qué cosas hizo bien y por qué. Los porqués hoy...

**A. C.**: No existen, ¿no?

**F. R.**: Y es difícil, los análisis o no existen o se hacen equivocadamente. Por ejemplo, si las cosas vienen mal, se hacen esas reuniones en el vestuario, generalmente promovidas por el entrenador. De todos modos se deberían sacar conclusiones, pero las conclusiones futbolísticas que se escuchan son, en realidad, muy pocas. Llegamos al final de la reunión y te vas de la misma manera que entraste, con las mismas dudas, porque al final es siempre lo mismo: Tenemos que correr más, tenemos que poner más huevos, estamos entrenando al 80 por ciento... Es decir, todas cuestiones que no tienen nada que ver con la esencia del problema, y entonces así no mejora nada.

**A. C.**: Bueno, y así se van desentendiendo del juego hasta perder casi todo el interés. Antes, los jugadores, la mayoría, miraban otros partidos, conocían a todos los jugadores en casi todo el mundo, al menos los de los principales equipos, pero fueron perdiendo eso y ahora llegan al extremo de que ya no miran ni el partido que juegan. Es uno de los errores básicos que se cometen: miran nada más que la pelota. Y si uno mira sólo la pelota, juega para solucionar situaciones concretas, pero no juega para manejar el partido.

**F. R.**: Claro, no sabe qué esta pasando. No sabe cuándo es el momento de la pausa, cuándo hay que elaborar, cuándo hay que acelerar y profundizar.

**A. C.**: Así es, las cosas las van resolviendo, algunos, con lo que la naturaleza les dio: con habilidad, con velocidad, con lo que pueden, pero están fuera del partido. Y en eso hay mucha culpa de nosotros, de los entrenadores, también, que hacemos entrenamientos intensos pero faltos de conceptos.

**F. R.**: Sí, hoy parece que el buen entrenador es aquel que pone el acento en la disciplina y en el esfuerzo físico... como si eso fuese la gran verdad para que funcione un equipo...

A. C.: Que no está mal, en cuanto a la disciplina, pero como medio, no como fin.

F. R.: Claro, claro. Yo quiero un entrenador que confíe en mí, que apueste por mí y que me dé libertades…

A. C.: Y que le aporte algo también, supongo.

F. R.: Por supuesto… Y con ese entrenador uno va a salir a la cancha y va a dar lo mejor que tiene, y se va a matar para no defraudarlo. En cambio, no me parecen acertados los entrenadores que viven diciéndote no hagas esto, no hagas esto otro, y que no aportan nada, que no enseñan nada, por más disciplinados que sean.

A. C.: Son todas limitaciones, ¿no?

F. R.: Claro, porque en definitiva el jugador resuelve adentro de la cancha, pero el entrenador te puede orientar, te puede decir dónde cometiste un error, por qué, te puede abrir diferentes posibilidades… un montón de cosas que puede aportar.

A. C.: Y no como le pasó a Guardiola una vez que lo marcaron al hombre. Como no jugó bien ese día, entonces la solución fue sacarlo del equipo. Dejarlo en el banco. Y era uno de esos técnicos que llaman tácticos y trabajadores. Fíjese la solución táctica que le dio a ese problema, problema elemental y antiguo, por otra parte. Y hay tantas cosas simples que se pueden hacer contra la marca al hombre, ¿no?

F. R.: Sí, manejar la sorpresa, sobre todo. Si en fútbol no tenemos sorpresa, deja de ser un juego.

A. C.: En fútbol, en el truco, en el tenis, en cualquier juego. Y esas son cosas que se aprenden desde que uno empieza a jugar en el barrio, ¿no, Fernando?

F. R.: Sí, además yo empecé a jugar en Argentinos Juniors, en su escuela, en su filosofía. Tuve la suerte de crecer ahí, y eso se inculca.

A. C.: Y viendo a otros jugadores, como me contaba.

F. R.: Viendo también es como uno se va forjando su idea, su forma de jugar.

A. C.: Era como una escuela donde se iban formando los jugadores. Porque usted es jugador de fútbol, en primer lugar, porque

nació con esas cualidades, bien, pero también porque fue aprendiendo. De entrenadores, de la escuela de Argentinos Juniors, viendo a otros jugadores, y ahora mismo, que ha llegado a lo más alto de su carrera, estoy seguro de que usted prefiere tener un entrenador que le siga enseñando, porque siempre hay alguna cosa que aprender.

**F. R.**: Sí, es verdad, inclusive cuando dejaste de jugar, yo creo que aún uno sigue tratando de aprender cosas. El fútbol es tan rico en ese aspecto, que depende de uno, de querer incorporar cosas, de querer mejorar siempre.

**A. C.**: ¿Sabe que lo veo entrenador una vez que se retire?

**F. R.**: No sé, no sé. Realmente esto que estamos hablando, todo esto que rodea al fútbol y lo transforma para mal, es lo que me hace dudar. Además la ingratitud que tiene el oficio, ¿no? A uno, siendo entrenador, no se le valora por lo que sabe o lo que puede aportar, sino por dos o tres resultados que, si se dan mal, uno se tiene que ir, y eso me parece muy injusto. Porque si uno lo vive con pasión, si realmente lo siente, que esa ilusión que pone en un proyecto se vea cortada por dos o tres malos resultados… no sé si al final compensa. De alguna manera me gustaría seguir ligado al fútbol para así poder trasmitir todo lo que viví.

**A. C.**: Y para seguir viviéndolo de adentro.

**F. R.**: Exacto, así es.

**A. C.**: Le digo una cosa: es cierto lo que usted dice sobre la injusticia a veces de este oficio, pero hay ocasiones en que su equipo hace diez toques seguidos y llega al gol después de una gran jugada… no digo que sea tan emocionante como ser jugador, que es lo máximo, pero sí que es una experiencia muy intensa y que vale la pena. Cuando ocurre, uno piensa que todo lo demás está justificado.

**F. R.**: Sí, me imagino. Ver que lo que uno piensa tu equipo lo interpreta y lo desarrolla…

**A. C.**: Es una satisfacción enorme.

**F. R.**: Además, cuando hay una complicidad con el grupo, con los jugadores, eso debe de ser muy lindo. Y eso, Ángel, uno también lo siente como jugador. Cuando hay esa comunicación con el entre-

nador… Yo lo he sentido. Es como si aumentara el compromiso que uno tiene con el juego.

**A. C.**: El compromiso colectivo que uno vive es muy gratificante, es cierto.

**F. R.**: En esos casos se refuerzan los sentimientos de orgullo y de vergüenza por hacer bien las cosas.

**A. C.**: Esa complicidad entre entrenador y jugadores de la que hablamos y que es tan difícil, a veces, conseguirla en Europa, en Argentina todavía es posible. O quizá yo he tenido suerte con el plantel de Racing en el 98, no sé.

**F. R.**: Tal vez porque en el jugador argentino el compromiso empieza con la pelota. A medida que uno iba creciendo, tener más manejo lo hacía a uno sentirse… no sé… más importante, más orgulloso.

**A. C.**: Tiene que ver con la historia nuestra, ¿no?

**F. R.**: Claro, con la historia y con esa sensibilidad particular que tenemos con el fútbol. Aparte, la mentalidad del jugador argentino y la manera de sentirlo hace que sea diferente. Por eso se adapta a diferentes medios, a diferentes equipos.

**A. C.**: A diferentes técnicos… El jugador argentino fue campeón del mundo con Menotti y con Bilardo.

**F. R.**: Claro, porque ganó con dos estilos muy diferentes, y eso es muy difícil.

**A. C.**: Es que tiene un conocimiento del juego que no es común, porque se habitúa a escuchar de fútbol desde muy chiquito. A usted le habrá pasado también. Habrá escuchado a su papá, a gente mayor en el café de la esquina, a ex jugadores. Y eso da conocimiento.

**F. R.**: Sí, sí, y para mí tiene una influencia importantísima en lo que uno va incorporando para entender el fútbol.

**A. C.**: A mí me parece que es mucho más fácil entrenar en Europa que en Argentina. Porque uno en un vestuario argentino sabe que tiene a 20 tipos que saben de fútbol, o por lo menos quieren saber de fútbol, y participan mucho más. En cambio, el jugador europeo, también por disciplina, es más pasivo y receptivo. Escucha y cumple. Por supuesto que siempre hay excepciones en ambos lados.

**F. R.**: En general, al jugador le resulta más fácil cumplir y ya está, no cuestionar, no participar. Porque por ahí cualquier cosa que uno discute con el entrenador puede llegar a ponerlo en contra de él, y no conviene si uno no tiene la convicción necesaria, la personalidad para hacerse entender, y no sabe de qué está hablando.

**A. C.**: Lo que está pasando ahora en el fútbol argentino es que la necesidad económica hace que a los jugadores los vendan antes, y que ellos mismos no se interesen en otra cosa que hacer dos o tres partidos importantes, buenos, para irse. Por esa razón se ha perdido interés por progresar, por mejorar. Sólo quieren destacar para ser vendibles.

**F. R.**: El medio los lleva a eso. Yo soy un convencido de que los grandes equipos se forman cuando los jugadores se conocen bien, nunca antes. Por eso yo digo que al entrenador, en el peor de los casos, lo que uno le pide es que no limite, que dé libertad aunque no aporte mucho, porque si es así, al final el equipo se arma solo, jugando, si tiene buenos jugadores, ¿no ?

**A. C.**: Que no moleste, por lo menos, ja, ja, ja.

**F. R.**: Sí, y finalmente lo que uno pide es que acierte, que ponga a los mejores once que tenga…

**A. C.**: Y después, en la cancha, los jugadores se van arreglando…

**F. R.**: Y sí, es así.

**A. C.**: Para seguir charlando, Fernando, yo insisto mucho en que el fútbol ha entrado en una onda muy perjudicial. Como sólo interesa el resultado, se abandonó el juego. Y se olvidaron conceptos elementales. Por eso se juega muy mal, se choca, y es todo tan confuso y tan difícil.

**F. R.**: Es que esas cosas, ahora, han pasado absolutamente a un segundo plano. Es lo que decíamos. Ese tipo de cosas hoy no se tiene en cuenta.

**A. C.**: Por ejemplo, el hecho de ser más rápido, más directo, hace que se juegue para adelante, cuando en realidad al fútbol se juega para los costados.

**F. R.**: Lo que pasa, Ángel, es que si uno dice que juega para los

costados, la gente enseguida dice: "Ah, sí, ¿y cuándo atacás?". El concepto es éste: se juega para los costados para elaborar, pero bien entendido, sabiendo el porqué. Estamos tocando para encontrar el hueco, para encontrar el espacio para progresar. El objetivo es llegar allá arriba con la pelotita ahí, en una situación de gol. Buscamos la sorpresa, de la que hablábamos antes.

**A. C.**: Tampoco existe más el amague, el engaño. Si el 5 mira al 4 que pica, le apunta y le apunta y la pelota va al 4. Entonces, claro que no hay espacios y hay choque. ¿Cómo va a haber espacios si hago lo que anuncio?

**F. R.**: No, yo soy un convencido de eso. Lo que pasa es que no se trabaja con la pelota para crear los espacios. No se elabora.

**A. C.**: No se elabora porque tampoco se trabaja con criterio. Muchas veces usted escucha que gritan desde el banco "toquen... toquen...", pero qué quiere decir eso para el jugador. Tiene que haber conceptos claros para poder jugar bien en serio.

**F. R.**: A veces también tiene que ver con la inteligencia, la picardía o la sensibilidad del jugador, para ofrecerse al compañero que tiene la pelota en el momento justo.

**A. C.**: Claro, y no correr por correr. Eso lo enseña siempre Fatiga Russo, que jugó de 5 y lo transmite a los jugadores. "Vos fijate cuando tu compañero mira para dar el pase, y entonces aparecele", decía Fatiga, y me parece un concepto muy esclarecedor.

**F. R.**: Y así el jugador gana ese metro decisivo para recibir libre. Otro de los conceptos que no se respetan ahora, Ángel, es la pausa ¿no? Todo es vertiginoso.

**A. C.**: Lo que hacía Bochini, o Laudrup, a nivel individual.

**F. R.**: Sí, es verdad. Lo hacían bien, muy bien. Hoy no se ve a casi nadie haciendo la pausa. Y es más, ¿y la gente? Cuando aparece la pausa, uno escucha un murmullo de disgusto. Silban... Por eso son cosas difíciles de cambiar.

**A. C.**: Butragueño hacía la pausa muy bien, ¿se acuerda?

**F. R.**: El Buitre la hacía en el área, más difícil todavía. Yo no me voy a olvidar lo que decía usted, que cuando uno venía con la pelota

y gambeteaba a uno, o a dos... es jodido seguir a la misma velocidad, ahí hay que frenar, cambiar el ritmo, para volver a encarar. Si no, uno va al choque casi inevitablemente.

**A. C.:** Sí, porque, si no, pierde sorpresa. Laudrup lo hacía fenómeno. En los últimos metros venía a una velocidad, frenaba un poquito y en el momento justo metía la pelota de gol.

**F. R.:** O frenaba un poquito, como para pasarla, y arrancaba de golpe. Realmente era un gusto verlo.

**A. C.:** Y el Bocha también, ¿se acuerda?

**F. R.:** Sí, el Bocha hacía la pausa hasta para gambetear. Esperaba que vos pusieras la pierna en un lado y entonces, tac, se iba con la pelota para el otro. Era una barbaridad.

**A. C.:** La pausa también se hace colectivamente, tocando. Si tenemos al equipo rival esperando, armado, no podemos ir a buscar el gol sin distracción. Tocamos de un lado al otro, esperando el momento de acelerar. Como hacía el Brasil del 70, que a veces parecía que estaban de joda, tocando y tocando sin rivales a la vista. Pero estaban esperando el momento, con gente arriba que se movía fabricando el espacio justo, y cuando aparecía la jugada, el cambio de ritmo.

**F. R.:** Claro, pero para eso, Ángel, hay que tener los jugadores que realmente crean en ello y que sepan por qué lo están haciendo. Porque, si no, la gente misma te lleva al vértigo, te empuja a jugar apresurado, y si el jugador no tiene ese convencimiento y esa personalidad para hacer lo que se debe sin importarle que la gente esté silbando, entra en la confusión y el apuro. Lo mismo que cuando hacés un pase para atrás, que sirve, que es productivo, la gente no lo entiende y protesta. Por eso uno necesita jugadores convencidos de que están haciendo lo que hay que hacer, porque de otra manera es muy difícil.

**A. C.:** Ahora que dice lo del pase para atrás, quiero recordar una anécdota que vivimos juntos, que no sé si usted la tiene tan presente como yo. Aquel partido contra el Compostela en el Bernabéu, que usted estaba de suplente porque venía de una lesión, ¿se acuerda?

F. R.: Sí, sí.

A. C.: Y que faltando, no sé, 10 ó 15 minutos, Milla pide el cambio y sale usted a calentar, en medio de una silbatina impresionante, porque el Compostela nos tenía en un arco. Ganábamos 2 a 1, pero nos estaban acorralando. Además se vivía una polémica absurda, inventada por un periodista, sobre la eficacia de su juego. En fin, que no era el momento adecuado para entrar. Y entró, y en la primera pelota que agarró tocó para atrás, a Hierro, y el estadio se caía de bronca. Ese pase era como tirar un fósforo en un tanque de nafta. Y usted lo hizo porque había que hacer eso. Tocar. Tener la pelota para desinflar la embestida rival. Y la pidió y tocó y la volvió a pedir, hasta que el Compostela fue desapareciendo y terminamos dominando. No sólo dejamos de sufrir, sino que además terminamos mereciendo otro gol. ¿Se acuerda?

F. R.: Sí, claro, cómo me voy a olvidar.

A. C.: Bueno, yo creo que ese día usted se recibió de crack. Ya era crack, según mi opinión, pero ese día tendrían que haberle dado el título. Porque además de personalidad, mostró lo que hay que hacer en una circunstancia tan difícil. Es decir, futbolísticamente fue también admirable. Un ejemplo de cómo con el buen fútbol se sale de una situación muy comprometida.

F. R.: Y sí, nada mejor que jugar bien.

A. C.: Está bien que haga falta un jugador de su calidad y su personalidad, pero además la anécdota tiene que servir para demostrar que con el buen fútbol se solucionan los problemas. Y no haciendo tiempo, tirando la pelota afuera o a cualquier parte.

F. R.: Por eso repito lo que estabamos hablando recién. Lo importante que es estar convencido de algo. Saber que a la larga con eso voy a triunfar y demostrar que ése era el camino.

A. C.: Tan fácil que parece, pero qué difícil es hacer comprender esto, ¿no?

F. R.: Y lo que yo veo hoy es que los jugadores no quieren la pelota. Es decir, no la quieren donde hay que jugar. Allá adelante, en el área, sí la quieren porque ahí patean, y por ahí rebota en alguno y

hacen gol. La quieren allá donde la gente no los va a silbar, pero no donde se gesta el juego, donde hay que tocar, meter la pausa, y a veces contradecir el ansia, el apuro de la gente. Primero, porque evidentemente no lo sienten, y después, por el miedo a perderla.

**A. C.**: Lo que creo que pasa, a propósito del miedo a perderla, es que los jugadores no tienen confianza con la pelota, porque entrenan todo el día corriendo. Porque está bien, se nace con esa habilidad, pero también es necesario entrenar mucho con ella para tener la confianza necesaria.

**F. R.**: Por supuesto, eso es fundamental. Después agregamos todo lo demás. Y es verdad, cada vez se entrena menos con la pelota.

**A. C.**: Además no todo el mundo es hábil con la pelota. Y los jugadores que no tienen un manejo exquisito por naturaleza, y encima la ven poco en los entrenamientos, el día del partido no la quieren en situaciones difíciles, porque no tienen la suficiente seguridad.

**F. R.**: Y más ahora que vienen a presionar a toda velocidad y hay que jugar muchas veces a un toque. Si no tenés confianza con la pelota, no podés hacerlo. Si no se practica en la semana, se pierde cada vez más esa confianza. Para mí lo que se hace en la semana es muy importante para el partido.

**A. C.**: Lo mismo me decía Guardiola. Que no se enseña ni se practica salir jugando. Y claro, ¿cómo lo van a hacer el día del partido?

**F. R.**: Así es, generalmente no se practica eso. Se practica cómo presionar. Eso sí.

**A. C.**: Es cierto, pero tampoco se manejan muchos conceptos para presionar.

**F. R.**: Tampoco, es verdad. Se basa en el desgaste físico. No en el concepto de saber cuándo, cómo… Eso no. Vamos y vamos, apoyándonos sólo en el esfuerzo físico. Y tampoco se entrena cómo romper el présing. Mucho presionar, pero qué hacemos para jugar contra el présing.

**A. C.**: Mire todas las cosas que hay que trabajar para jugar bien, y sin embargo cuando un equipo juega o intenta jugar bien, nadie

dice que tiene un entrenador trabajador. Eso lo reservan para los técnicos de los equipos que corren y luchan.

F. R.: Sí, parece como que está mal visto hablar de jugar bien. Da la sensación de lirismo, de algo inconsistente, ¿no? Y yo creo que tiene que ver con la sociedad también. Hoy los valores no existen, se pisotean, no importa el cómo.

A. C.: Sí, si alguien ganó, es bueno, y si tiene guita, mejor todavía.

F. R.: Y es respetado también. Y eso es triste.

A. C.: Sí, y tiene razón, pasa en el fútbol y está ligado a lo que pasa en la sociedad, así es. Te hacen creer que si salió campeón es el mejor, que suele pasar, pero no siempre. En España 82 salió campeón Italia, y el mejor fue Brasil. El fútbol también tiene esas cosas.

F. R.: Sí, porque finalmente es un juego y a veces ocurre.

A. C.: La derrota duele siempre, pero si uno sabe que dio todo, no físicamente, que eso se sobreentiende, sino futbolísticamente, arriesgó cuando tuvo que hacerlo e intentó lo mejor... bueno, hay que aceptarla como parte del juego. Y de esa forma se acepta mejor.

F. R.: Claro, claro. Cuando uno hace todo lo que tuvo que hacer y no ganó, se queda más tranquilo.

A. C.: Con bronca, eso sí.

F. R.: Ah, por supuesto.

A. C.: Pero sabiendo que uno perdió, pero no fracasó.

F. R.: Por supuesto. Fracasas cuando no lo intentaste, cuando no pudiste leer el partido, cuando no supiste cómo doblegar al rival, cuando te quedaste sin argumentos. De lo contrario, como dice usted, perdiste. Sólo eso.

A. C.: Esto de jugar de una manera o de otra, de entrenar inclusive de una forma o de otra, me lleva a la cuestión tan mentada también de los estilos. Hablábamos también de que el fútbol argentino tiene un estilo propio...

F. R.: Yo no tengo dudas. Yo soy un convencido y lo voy a mantener toda la vida. Y me siento, humildemente, un representante de ese estilo.

**A. C.**: Y lo es… con toda seguridad.

**F. R.**: Es algo que además lo llevo con mucho orgullo y que jamás claudicaré. Es lo que me mueve a sentir esta pasión, a disfrutar cada día de mi profesión y a sentirme un privilegiado.

**A. C.**: Usted sabe que sobre esto de los estilos, Guardiola me dijo que, para él, la jugada soñada que termina en gol para su equipo no incluye ninguna gambeta. Todos toques, tac, tac, tac, hasta terminar en gol. Que es muy buen fútbol, por supuesto, pero nosotros soñamos con otro gol. Con el de Maradona a los ingleses en el Mundial de México. No incluimos una gambeta en nuestro sueño, sino, no sé, ocho hasta el arquero.

**F. R.**: Sí, dejarlo desparramado al arquero, mirando para otro lado… y que la pelota entre sin que la vea… ¿no? Y estas son cosas que definen.

**A. C.**: Dan identidad, seguramente. Lo digo porque en Argentina hay una polémica con este asunto, pero no de ahora, yo creo que desde el Mundial del 58, cuando Argentina perdió feo y se buscaron los motivos en el estilo, y no en otras cuestiones, que eran las importantes. No se trata de decir si nuestro estilo es mejor que otros, no es eso. Es saber cómo somos, simplemente. Yo, cuando escucho una milonga, me imagino a usted, a Maradona, a Kempes jugando. Es una manera de ser. Yo no lo imagino a Zidane cuando escucho una milonga, y eso que Zidane es un crack, pero responde a otra cultura. Esa manera de caminar, de pisar la pelota, medio compadrito, medio canchero… eso es muy nuestro.

**F. R.**: Es verdad. Esa forma de sentir el orgullo de ser jugador.

**A. C.**: Es que el jugador de fútbol argentino, cuando sale a la cancha, sea consciente o no, tiene una historia detrás y responde a esa historia. Por eso siempre la pide, quiere la pelota, no se esconde.

**F. R.**: Es cierto. El jugador argentino combina esa técnica, con la que puede nacer, pero también desarrolla, con el conocimiento del juego, y eso es fundamental, porque una cosa sin la otra no sirve de nada.

**A. C.**: Y la búsqueda de la perfección que hay en cada conversa-

ción en los cafés o donde sea. Esas discusiones eternas sobre una jugada.

**F. R.**: Sabe que a mí me ha pasado, en el momento previo a salir a jugar una final donde se dicen muchas cosas para animarnos, que por ahí alguien dice: "Vamos, eh, que tenemos tanta guita de premio", y yo pienso, pero qué me dice este tipo de la guita, qué carajo me importa la guita de premio en este momento. Yo quiero salir a ganar movido por el orgullo que tengo y quiero demostrar que soy mejor que el rival.

**A. C.**: Aparte el gusto enorme de estar ahí, que lo soñó desde que tenía diez años.

**F. R.**: Exacto. Y todo ese sentimiento que aflora tiene que ver con la pasión, con la forma como uno vive el fútbol, que impide salir a la cancha porque sí, y si gano o pierdo me da igual, y si juego bien o mal también. Y eso tiene que ver con lo que estamos hablando…

**A. C.**: Con el barrio…

**F. R.**: Sí, con lo que uno sintió de chico.

**A. C.**: Y eso no se puede perder. Porque es lindo, y porque ese estilo, esa forma de sentir el fútbol, le dio a Argentina muchísimo resultado. Por eso no entiendo cuando escucho que estamos 20 años atrasados tácticamente, que lo suelen decir de vez en cuando.

**F. R.**: El fútbol es uno solo, el mismo de siempre, se juega bien o mal. Y se acabó. Lo mismo que con los sistemas. El 5-3-2, el 4-4-2, ordenalo como quieras, pero poné en la cancha a los que sepan jugar.

**A. C.**: Y como es uno solo el fútbol, sirven esos viejos conceptos que uno aprendía en el barrio. Cuando hablaban de un central, por ejemplo, y lo descalificaban diciendo "y… se tira mucho al suelo".

**F. R.**: Ja, ja, ja, despectivamente.

**A. C.**: Sí, sí, eso era lapidario, por más que hubiera jugado bien.

**F. R.**: Claro, porque si se tira mucho al suelo, quiere decir que no está nunca bien parado…

**A. C.**: Que no adivina la jugada, que siempre tiene que apelar al último recurso. Y son conceptos que ahora se están olvidando.

**F. R.**: Como siempre dijo usted, Ángel, uno no sólo tiene que

sorprender a la hora de atacar. Como defensor, cuando toca recuperar, la pelota también tiene que sorprender, y de eso se trata, ¿no? Y eso es lo lindo que tiene el juego. Tanto en ataque como en defensa, te da esas posibilidades.

**A. C.**: Es decir, tanto en ataque como en defensa hace falta talento.

**F. R.**: A mí siempre me dio resultado, cuando estoy mano a mano con un rival que tiene la pelota, ofrecerle un lado: amago que voy hacia un lado, y en realidad lo estoy esperando en el otro.

**A. C.**: Y uno siente en ese momento una satisfacción enorme.

**F. R.**: Claro. Sabe que engañó al que lo quería engañar.

**A. C.**: Eso es ser jugador de fútbol, en realidad. Vivir el juego desde esa perspectiva. O adivinar un pase, también. Intuir dónde la va a pasar y anticiparse a la jugada.

**F. R.**: Y para eso uno tiene que estar metido en el partido y saberlo. Porque vos viste dónde puede estar el posible receptor e inclusive dejarlo libre, no al revés, ir corriendo a tapárselo: pensar, ahora lo tapo para que no se la dé. No; al contrario, dejárselo libre, y así, cuando se la dé, cortar el pase.

**A. C.**: Eso es lo que hacen los grandes y lo que hicieron siempre Sacchi, Perfumo, Baresi… Quitar por conocimiento del juego.

**F. R.**: Y no creerse que ser guapo es pegar patadas. Muchos se confunden con eso.

**A. C.**: Es que no hace falta ser valiente para dar una patada. Cualquier cobarde puede dar una patada en un partido.

**F. R.**: Exactamente. Yo creo que tiene mucho más valor aquel que se compromete con todas esas cosas que estamos hablando, que alguien que da una patada alevosa. Yo te desafío a ver quién es más inteligente, o a ver quién es el pícaro de los dos.

**A. C.**: A ver quién juega mejor. Eso es ser valiente en una cancha de fútbol.

**F. R.**: Pedir la pelota en los momentos complicados, arriesgar cuando sabes que si fallas te pueden putear o te pueden silbar.

**A. C.**: Eso sí que no lo hace cualquiera.

**F. R.**: Hacerlo, después te da chapa con tus propios compañeros, y además uno siente que cumple con la gente que quiere, que sabe que te está mirando. Esa gente que te aportó cosas, que cree en vos por un estilo de juego, por una manera de entender el fútbol. Y yo creo que todo eso a uno lo avala. Pero lamentablemente, al perderse hoy esos valores, el jugador que quizá está confundido por lo que dicen los medios no tiene dónde agarrarse, quién le aclare las cosas. Y eso es muy importante y no se encuentra. Hoy uno tiene que tener mucha fortuna para encontrar a alguien que le diga las cosas como son, que no lo deje confundirse. Alguien que en un determinado momento me haga pensar "no, yo tengo a esa persona que está esperando que yo haga tal cosa, y no esta otra". ¿Y por qué? Porque hoy el medio no te ayuda a entender estas cosas.

**A. C.**: Ni la gente siquiera.

**F. R.**: Es verdad, es verdad. Porque la gran mayoría de la gente se deja llevar por los medios también.

**A. C.**: Sí, el jugador necesita un entrenador en quién creer. Más que al entrenador, a los conceptos que le acerca y que le hagan ver el fútbol de otra manera de la que le presentan. Si yo le digo algo a un jugador y él ve que realmente le sirve, que es bueno, ya empezamos a creer los dos en algo. Y se empieza a tejer esa complicidad imprescindible. Claro que además el técnico tiene que tener convicción. No puede cambiar de estilo cuando las cosas van mal.

**F. R.**: Ufff, eso el jugador lo palpa enseguida.

**A. C.**: Si algo ayer era bueno, hoy no puede ser malo porque se perdieron un par de partidos.

**F. R.**: Eso da seguridad… confiar en algo.

**A. C.**: Y si ese algo es bueno, mejor.

**F. R.**: Ja, ja, ja, claro, claro.

**A. C.**: Y también es importante que el entrenador confíe en los jugadores. Saber que los jugadores de uno van a salir a la cancha y tampoco ellos van a renunciar a un estilo por mal dadas que vengan.

**F. R.**: Sí, porque si uno subsiste o ganó de la otra manera, no se puede sentir nunca bien con uno mismo, y no hay nada mejor que

estar bien con uno mismo. Si toca perder, mala suerte, pero perdí con la que siento, con la que me hace sentir bien.

**A. C.**: Me tocó perder, en todo caso, porque el otro fue mejor o tuvo más suerte, pero a la larga vamos a ganar con la que elegimos y confiamos.

**F. R.**: Y, además, porque al final, Ángel, uno juega para divertirse.

**A. C.**: Que es la única manera de jugar en serio. No, como algunos pueden creer, para tomárselo en joda. Al contrario, hay que ser muy serio para divertirse jugando al fútbol.

**F. R.**: Exacto, exacto. Eso hay que tenerlo muy claro. Uno disfruta, pero al mismo tiempo juega de manera muy responsable, muy seria.

Esta charla la grabamos en mi casa de Madrid, en el verano del 2001. Terminamos viendo videos de partidos de Argentina, goles, jugadas, compartiendo un momento la nostalgia.

"Qué bueno sería terminar mi carrera en Argentina", me dijo Fernando antes de irse.

"Usted tiene toda la pinta de un jugador de River ", le dije.

"No, de Independiente", me contestó sonriendo, "yo soy hincha de Independiente, no se olvide".

## *Los jugadores no, por favor*

Desde el profundo respeto que le tengo a cualquier jugador de fútbol que juegue profesionalmente, desde el cariño que me provocan el talento y el esfuerzo de todos ellos, capaces de despertar emociones inolvidables, de hacernos vivir momentos irrepetibles de felicidad, tengo que confesar mi decepción con la actitud que están adoptando algunos.

Que buena parte del periodismo, la mayoría, haya encontrado la rentabilidad del negocio banalizando el juego, ocultando la mediocridad de la propuesta bajo el mito triunfalista y la venta de ídolos, es una realidad que puedo comprender admitiendo la sociedad de mercado en la que vivimos.

Que los entrenadores, cada día más provisionales, nos equivoquemos pensando que quizá duremos hasta el próximo domingo si no ganamos, si le quitamos al juego su carácter festivo y espontáneo, es tolerable teniendo en cuenta el clima histérico en el cual tenemos que trabajar, aunque me produzca también una pesada tristeza.

Que buena parte de los directivos no consiga descifrar el significado del fútbol, o directamente no le importe nada y lo tome exclusivamente como un negocio, y lo inunde de urgencias desmedidas para los beneficios rápidos, es comprensible. La clase dirigente ha fruncido la nariz casi siempre ante el espectáculo del sudor en la cancha y la algarabía de las tribunas. Pero que muchos de los protagonistas, los jugadores, se sumen a la hipocresía vendedora y ha-

yan olvidado el compromiso que significa ponerse una camiseta y salir a la cancha a jugar, es como una herida en el alma.

Que un jugador de primer nivel diga, al finalizar uno de esos partidos desoladores, que "lo importante es ganar", expresando un conformismo que no puede sentir, o no debe, es como una bofetada en pleno sentimiento. Por supuesto que lo importante es ganar, pero si para el jugador de fútbol es lo único importante, igual que para buena parte de los directivos, los periodistas y los entrenadores, entonces se agotan las esperanzas.

Si un jugador de fútbol de élite, cuando le preguntan por los estilos de juego dice que "todos son iguales porque finalmente todos pretenden ganar", es una rendición grave y desalentadora. En primer lugar, porque los jugadores saben que no es así. Que un estilo respeta su identidad de futbolista y el otro sólo respeta la victoria.

Y si no lo saben, peor aún, porque no aprendieron algo todavía más importante que jugar, no aprendieron a vivir su profesión desde el único lugar posible: el orgullo de ser lo que son. No puede, no debe, un jugador de élite mezclarse en este curro inventado para sacar dinero como sea y cuanto antes, sin resignar sus mejores cualidades: su compromiso y su orgullo de futbolistas. No obstante, aún quedan jugadores capaces de defender en la cancha y fuera de ella lo que sienten, y es un alivio, porque es a ellos a los que más escuchan y a partir de los cuales podemos seguir intentando un fútbol mejor para todos.

## *Pensar es humano*

Hay cuestiones que la fuerza de la costumbre convierte en verdades y la insistencia en axiomas. Y si la prensa las repite, entonces se toman como prueba. No sólo pasa en fútbol, donde el que gana siempre tiene razón, sino en otras actividades también. Por ejemplo, todos suponemos que si alguien o algo vende más, es mejor. Por eso de vez en cuando, sin abusar para no molestar a los que mandan, es bueno hacer un ejercicio de reflexión y dudar, pensar, que sin exceso no está nada mal.

Acá propongo una serie de preguntas acerca de esos axiomas futbolísticos que casi nunca nos atrevemos a poner en duda. Veamos:

¿Por qué cuando vemos a un equipo defensivo decimos que tiene un entrenador trabajador, y sin embargo no decimos lo mismo si es un equipo ofensivo?

¿Por qué molesta que un técnico declare que pretende que su equipo juegue bien y es inmediatamente descalificado, acusado de "versero", de mentiroso?

¿Por qué al achique de espacios insistimos en confundirlo con el fuera de juego?

¿Por qué al pelotazo lo definimos como fútbol directo?

¿Por qué sospechamos que el fútbol directo es más rápido, como si este juego fuera igual que la geometría?

¿Por qué aplaudimos al jugador generoso en el esfuerzo aunque se equivoque, pero recriminamos agriamente al habilidoso si no le sale una jugada?

¿Por qué creemos que un pase hacia atrás es perder el tiempo, y dividir la pelota hacia adelante nos produce la sensación de haber avanzado?

¿Por qué siempre preguntamos si es mejor jugar bien o ganar, como si fueran conceptos opuestos?

¿Por qué moderno es sinónimo de bueno (no sólo en fútbol) y antiguo de malo?

¿Por qué aceptamos como una ley de la naturaleza que un técnico no disponga del tiempo necesario aunque sea para fracasar?

¿Por qué a los torpes, a los que hacen alarde de no tener ni una sola idea, los llamamos prácticos?

¿Por qué cuando le toca perder a un práctico disimulamos, y si pierde un romántico lo festejamos?

¿Por qué seguimos creyendo que las jugadas a balón parado son decisivas?

¿Por qué afirmamos como si fuera cierto que en el fútbol moderno no hay espacios?

¿Por qué pensamos que antes había más espacios porque los jugadores eran más lentos?

¿Por qué decimos que hoy en día lo que importa es el resultado, como si en el fútbol nunca antes hubiera importado?

¿Por qué aseguramos que lo único importante es el resultado, pero si alguien tira un caño, vemos diez pases seguidos o una gambeta imposible se nos vuelca el corazón de alegría?

¿Por qué volvemos a preguntar, como si no lo supiéramos de sobra, qué es jugar bien?

¿Por qué si algún equipo juega mal, pero gana, no lo cuestionamos?

¿Por qué seguimos aceptando que el fútbol italiano es el mejor del mundo cuando nos resulta casi imposible soportar un partido entero?

¿Por qué escondemos los sentimientos si el fútbol es un juego que primero se siente y después se piensa?

¿Por qué?

## *Jugar bien o ganar (la gran mentira)*

Siempre que aparece esta cuestión me acuerdo de un jugador que tuve en Huracán: Víctor Delgado, y de una anécdota a propósito.

Delgadito no llegaba y faltaba muy poco para que saliera el ómnibus que nos iba a llevar a la cancha para jugar un partido oficial. Había faltado al entrenamiento también, y cuando yo, preocupado por la tardanza, estaba por convocar a otro jugador, aparece silbando, con las manos en los bolsillos, vestido con un vaquero y una camisa y nada más.

—No tengo despertador y me quedé dormido —dijo—. No me podía dormir anoche y…

—Está bien, pero dígame, ¿no sabía que iba a viajar? —dije yo.

—Sí, ¿por qué?

—¿Cómo por qué? ¿Cómo viene así, sin traer nada?

—¿Y qué voy a traer si no tengo nada?

Delgado vivía en una de las tantas villas que rodean a la capital y seguramente no tenía ni cepillo de dientes en ese entonces. Lo único que de verdad le pertenecía era su gran talento futbolístico. Sólo tenía ganas y necesidad de jugar al fútbol. No me refiero solamente a necesidad económica.

Jugando al fútbol, Delgadito podía sentir que era algo, que hacía brotar la alegría, que inventaba ilusiones. Con la pelota en los pies ganaba, sobre todo, respeto, algo muy difícil de encontrar en la calle.

Cuando amagaba un pase largo (siempre amagaba) y la dejaba

cortita para burlar a los defensores y a la tristeza, era una especie de mago capaz de detener el tiempo y hacer que ese instante resultara eterno. Y cuando entraba al área desparramando gente a gambeta limpia y dejaba al arquero abrazado a un palo, para tocar despacito al otro, era, con letras mayúsculas, Víctor Delgado. Y caminaba por las nubes y descubría la fantasía y se llenaba de amor y encontraba la felicidad. Se confundía con el grito atronador de la gente y se abrazaba a la vida, tan difícil siempre, que, entonces sí, se le ofrecía toda entera.

Ese día que no llevó nada para viajar porque no tenía nada, fue su debut. Después jugó en Grecia y en otros equipos argentinos, hasta que le perdí la pista. Quizá todavía ande por ahí metiendo frenos y arranques, amagues y caños, engañando a la realidad que lo espera para atropellarlo y que ojalá lo encuentre preparado.

Pero entonces, cuando aterrizaba una pelota envenenada y él la dormía con el empeine de su pie izquierdo y la dejaba mansa y dispuesta, era Delgadito, que es una forma de ser mucho más plena que Delgado, porque así lo bautizaron con afecto.

Ese día que debutó entró en el segundo tiempo. Lo llamé y le dije:

—Delgadito, le perdono que juegue mal y que se olvide de todo lo que tiene que hacer. Pero no le voy a perdonar que no tire caños, que no le haga un sombrero a nadie, que no se divierta. ¿Me entendió?

—Quédese tranquilo —me dijo, y jugó como en su barrio, como en los entrenamientos, amagando, pisándola, gambeteando, con los ojos llenos de picardía, instalado en el goce de su identidad.

Siempre pensé en la cara que pondría Delgadito si le preguntaran (seguramente le habrán preguntado muchas veces) si él prefiere ganar o jugar bien. Para los jugadores como Delgado el significado del fútbol es uno solo. Es el entorno el que inventa esa distinción artificial.

Preguntarle a Delgado si prefiere ganar o jugar bien es tan estúpido como preguntarle si prefiere respirar o vivir.

**A quien corresponda:**

El que suscribe, Ángel Cappa, nacido en el barrio de Villa Mitre de la ciudad de Bahía Blanca, Argentina, con residencia en Madrid y con la autoridad máxima que le confiere ser uno de tantos, de pertenecer al pueblo liso y llano (que es donde debería estar el poder en el mundo, como usted sabe, y no en manos de quienes está, como también usted sabe), se dirige a usted con el fin de rogar su inmediata intervención para la preservación del fútbol, juego que en los últimos tiempos está seriamente amenazado, y para lo cual sugiero tomar las siguientes medidas urgentes:

- Convencer a los demás que no es obligatorio, ni siquiera aconsejable, seguir estúpidamente al que gana, creyendo que sólo por eso tiene razón.
- Permitir a quien quiera y considere oportuno, decir que prefiere un fútbol más atractivo, emocionante, divertido y mejor, e intentarlo, sin que por tal motivo sea acusado de poeta, filósofo, romántico o pelotudo.
- Recordar que ser poeta, filósofo o romántico no está al alcance de cualquiera y es una suerte que alguien lo sea. Y que no es tan fácil, hoy en día, saber exactamente qué es ser pelotudo.
- Autorizar a los jugadores a pasarse la pelota unos a otros, inclu-

sive hacia atrás si no pueden hacia adelante, a tirar caños, a gambetear y a sonreír, sin miedo a la censura del entorno o de los puntos en juego.

• Indicar que el resultado no da ni quita razones a nadie, para que nunca más perder sea pecado mortal y ganar lo único válido.

• Declarar imprescindible y de interés público la alegría, y así no nos será necesario a los técnicos poner cara de enojados todo el día, para que los demás crean que tenemos autoridad.

• Suprimir el sufrimiento como inevitable para jugar al fútbol y para ver fútbol.

• Aprobar la diversión como una posibilidad deseable, y el intento de jugar bien como el respeto que merece el público que acude a los estadios.

• Aprovechar cualquier excusa para promocionar un fútbol sin ira, lleno de libertad y de imaginación, sin apremios y sin miedos.

• Por último, tratar de convencer a los que mandan —hombres de negocios— de que si matamos al buen fútbol haremos —además— un mal negocio.

Sin otro particular y sin otro interés que el de disfrutar del fútbol, lo saluda atentamente...

En Madrid, enero de 2001

# *Mirar para ver*

Es curioso cómo en plena era de la globalización hemos perdido la visión global de las cosas. Todo lo vemos fragmentado y desconectado. Así nos venden el fútbol, especialmente por televisión, y lo peor en este caso es que también los jugadores se acostumbraron a jugar de esa manera. Miran sólo la pelota. Son como la cámara de televisión. No tienen panorama. No saben lo que pasa y mucho menos lo que va a pasar. No intuyen, no prevén. No miran el partido, por eso no lo saben.

Una vez en uno de los equipos que me tocó dirigir paré un entrenamiento porque la cosa era tan confusa que había que barajar y dar de nuevo. Entonces pregunté si estábamos jugando bien o mal. "Sólo quiero que me digan si para ustedes estamos jugando bien o mal". No hubo respuestas. Es que mirar sólo la pelota saca del partido. Exactamente igual que en televisión, sólo vemos escenas. Estando fuera del partido, el jugador resuelve la inmediatez de la jugada, pero no sabe por qué ni para qué.

Estoy hablando en términos generales, de una tendencia. Por supuesto, hay jugadores buenos, no sólo los cracks, que miran el partido y lo juegan como se debe. Si el defensor sólo mira la pelota, cuando aparece un rival desde atrás lo sorprende, porque no lo tiene registrado. Si el volante sólo mira la pelota, cuando se la dan no sabe qué hacer. No se fijó antes si tiene o no un compañero desmarcado.

No sabe si la tiene que pasar, correr, tocar para atrás. No sabe

nada de la jugada siguiente. Entonces, casi siempre, quiere salir corriendo para adelante y casi siempre choca. Si el delantero sólo mira la pelota, cuando la recibe no sabe si tiene que tirar al arco, pasarla, hacer la pausa o acelerar. Es posible que opte por tirar y se encomiende a la suerte. Sabe que en ese caso provocará el ¡uuuyyyy! de la tribuna como mínimo.

En cambio, si el defensor mira el partido, además de mirar la pelota, no sólo tendrá registradas las posibles apariciones de rivales, sino que podrá intuir lo que hará el adversario, porque tendrá el partido en la cabeza, se anticipará a lo que pueda pasar. Si el volante mira el partido, ya sabe qué tiene que hacer cuando le den la pelota. Naturalmente, siempre existe la posibilidad de un cambio de decisión instantáneo, pero sabrá por qué y qué hacer entonces. Si el delantero mira el partido, resolverá antes y mejor. No dependerá solamente de su intuición o habilidad. Tendrá también el conocimiento de dónde agarrarse.

Un ejemplo de jugador que mira el partido es Zidane, el francés que juega en el Real Madrid. Por eso juega tan simple, generalmente, y tan rápido.

Riquelme también mira el partido y lo sabe todo antes de recibir la pelota.

Montero, el uruguayo de la Juve, está permanentemente mirando lo que pasa a su alrededor. En ese aspecto me hace acordar a Baresi, que no dejaba un instante de participar del juego y eso le permitía divertirse con el achique.

A mí me parece que para mejorar el juego, éste es uno de los aspectos en que hay que poner más atención. Para ver hay que mirar.

## *El fútbol romántico no existe (ni existió nunca)*

El reproche preferido cuando a uno se le ocurre defender el buen juego es que ese es un fútbol romántico y que el romanticismo ha muerto. Por eso me parece oportuno recordar que el romanticismo en realidad nunca existió, y por supuesto tampoco ahora. Para entendernos, cuando dicen romanticismo quieren decir un fútbol despreocupado del resultado. Algo así como jugar por jugar. Y hablan de ese fútbol como perteneciente a una época pasada.

Si nos acordamos, cuando éramos pibes y jugábamos en el barrio, los arcos los hacíamos con pulóveres o piedras o lo que encontráramos, y si cada gol se prestaba a una discusión más o menos eterna (si había sido alto, o pasado por arriba de la piedra y en consecuencia pegado en el palo, etcétera), el último, el que definía el partido tenía que pasar por el medio del arco, a ras del suelo para darlo por válido. Y los que perdían siempre despedían a los que ganaban a piedrazos limpios, como para vengar la ofensa de la derrota, para calmar un poco la rabia de no haber podido ganar.

Y esto, seguramente, ocurría en todos los barrios de Argentina y tal vez del mundo. A nadie le gusta perder.

Desde siempre se juega para ganar, y seguro que estoy diciendo una perogrullada de las más tontas, porque ¿en qué juego no se juega para ganar? Pero si continuamos en el campo profesional, ¿qué época fue la romántica? ¿De la Mata, Sastre, el chueco García eran románticos y jugaban por jugar? ¿A Di Stéfano no le importaba ga-

nar? ¿A Pedernera, a Moreno, a Lazatti, a Sívori, les daba igual el resultado? Entonces, ¿de qué época hablan cuando dicen que el romanticismo ha muerto?

En realidad, lo que hacen es justificar —para poder vender— la propuesta mediocre del fútbol que se ofrece principalmente en los centros de poder futbolístico. Si leemos entre líneas, vienen a decir que hay que jugar así porque se trata de ganar, y que antes se jugaba de otra forma porque no era tan importante ganar. Se basan en una mentira que repiten muchas veces para que la aceptemos como verdad y vivamos ese fútbol como inevitable.

Lo cierto es que el buen fútbol siempre quiso ganar, y de hecho ganó mucho más de lo que perdió.

Y que para ser prácticos de verdad no hay mejor camino que jugar bien, es decir, que ser románticos.

## *Cosas del fútbol 5*

*Claro que un partido oficial produce angustia en el futbolista, con la incertidumbre del resultado y de su propia actuación. Pero también ilusión. No se puede jugar desde la angustia. Es mejor hacerlo desde la alegría que significa poder entrar a una cancha a vivir lo que tantas veces se ha soñado.*

• • • • •

*La cancha de Racing queda en Corbatta y Mozart. Jamás el fútbol y el arte tuvieron un encuentro más afortunado.*

• • • • •

*El fútbol nació plebeyo. En 1314, el rey Eduardo II de Inglaterra quiso suprimirlo y promulgó una ley en su contra. En 1547, otro rey inglés, Enrique VI, lo declaró delito y el fútbol pasó a la clandestinidad. El poder nunca aprende que, tarde o temprano, el pueblo hace justicia.*

• • • • •

*Dicen que el amor es ciego, y por eso debe de haber tantas expresiones de amor incomprensibles. Yo conozco un entrenador español que dio una conferencia sobre el saque de banda o saque lateral, que duró una hora y media, y entre otras cosas afirmó: "Soy un enamorado del saque de banda". Cada uno es cada cual, indudablemente.*

• • • • •

*Un día, durante un partido de fútbol italiano, me sorprendí en la heladera buscando algo de comer. Ya me había hecho un bocadillo, había tomado un yogurt y comido lo que había sobrado de la noche anterior. Entonces me di cuenta: el fútbol italiano engorda. Uno se aburre tanto que no para de ir a la heladera.*

• • • • •

*El último partido que dirigí a Racing en el 98 cumplí un deseo largamente esperado: no dar la charla técnica por tener un equipo con una identidad totalmente definida. Reuní a los jugadores en el túnel, justo antes de salir a la cancha, y más o menos les dije: "Quiero que jueguen como en el barrio, con la misma alegría, con el mismo atrevimiento. Que disfruten del partido y que cada uno juegue para ser el mejor de la cancha. Me quiero llevar este partido de recuerdo, por eso les pido que la rompan y que me lo regalen". Todavía, de vez en cuando, lo miro y me vuelvo a emocionar.*

• • • • •

*Leo una entrevista a un entrenador español, y dice: "… estoy para cumplir con la misión que manden. Si me dicen que tengo que entrenar, pues a entrenar; si me dicen que tengo que viajar para observar jugadores, pues a viajar, y si me dicen que tengo que acompañar en la ciudad al delegado de la UEFA, pues lo hago. No me importa". Y pienso con tristeza que este es el modelo de entrenador que quieren imponer, y también pienso: ¿en qué terminará nuestra profesión?*

• • • • •

*Ganar es una excusa fantástica para disfrutar del juego.*

• • • • •

*"Si querés jugar en Europa, tenés que olvidarte de tu gusto por el juego", le dijo Gastón Casas a los periodistas argentinos. Cuando Riquelme llegó*

*al Barcelona, el técnico Van Gaal le advirtió que debía aprenderse el sistema, que tenía que jugar por la banda izquierda y además robar balones.*

*Uno se pregunta si antes de comprar el pase de Riquelme, Van Gaal lo vio jugar alguna vez. Y en ese caso, por qué motivo lo incorporó al Barcelona. Compran a Riquelme y cuando llega lo primero que le dicen es que tiene que dejar de ser Riquelme. Si para uno es difícil de entenderlo, me imagino al propio jugador.*

Angelito Strano podría haber jugado tranquilamente en la primera de Villa Mitre. Y en la selección de Bahía también, porque había pocos que dominaran la pelota como él. Y si me apurás, hasta en cualquier equipo de Buenos Aires, escuchame. Y ojo que si le daban la camiseta argentina no sé qué pasaba, mirá lo que te digo. Pero su carrera se frustró en la quinta división y por una boludez, para que veas lo que son las cosas. Jugaba un fenómeno, era hábil, la pedía siempre y no arrugaba nunca, pero como no iba a los entrenamientos el Chin Bermejo no lo tenía muy en cuenta. Él decía que no le hacía falta ir a correr como los boludos para jugar al fútbol, aunque en realidad lo que pasaba era que no tenía tiempo, ocupado como estaba afanando cobre y plomo en el ferrocarril para vendérselo después al ruso Diente de Oro. Aparte levantaba quiniela, así que decime cuándo carajo iba a ir a los entrenamientos.

Lo cierto es que íbamos a jugar la final de la Copa Competencia y faltaba uno. Teníamos un equipazo ese año y por eso llegamos a la final medio sobrando. Les habíamos ganado a casi todos por goleada. El Titi al arco, el Calabrés de dos, el Cacho Strillo de cinco, el Pelusa Loverde de nueve, qué se yo, un equipazo. Pero ese día no pudo jugar el petiso Alcain, ¿te acordás?, buen lateral, de esos que son jodidos para gambetear, van a todas, fuertes, que no se cansan nunca, y el Chin mandó llamar a Angelito Strano.

—Vas a jugar de cuatro —le dijo— y no te hagás el boludo de

irte todos los tiros arriba, ¿eh? No te compliqués con la pelota, jugá simple y si tenés que reventarla, reventala... no hagás giladas.

—Que..queeedate tran..tranquilo —contestó Angelito, tartamudeando como siempre, pero inmutable.

Ese día, el final de su carrera, la rompió. Cortaba y salía jugando con clase y se iba arriba todas las veces que le daba la gana. No lo podían parar. Ellos habían hecho un gol de chiripa y los teníamos en un arco, pero no había manera, hasta que por ahí penal para la villa, pero agarrate: nadie lo quería patear. Ni el Pelusa, que los tiraba siempre, ni el turco Calacho, ni el calabrés... nadie.

—De...deeeejájamelo a mí —pidió Angelito, y agarró la pelota. Faltarían dos minutos más o menos y era el empate. La puso en el punto blanco y retrocedió dos pasitos apenas. Con las manos en la cintura, el culito para afuera, una pierna un poquito más adelante que la otra... parecía un crack.

Nosotros no queríamos ni mirar.

El referí dio la orden y el Ángel tiró suavecito, canchereando, hacia el palo donde no estaba el arquero. Tic..tic... y la pelota salió dos metros afuera, por lo menos.

Cuando terminó el partido, en el vestuario, algunos lloraban y otros lo querían matar.

—¿Que carajo hiciste, me querés decir? —le preguntó el Chin con los ojos fuera de la cara.

—Coo...coooon pepenale no se gaganan lo partido —respondió Angelito Strano con una dignidad tan sospechosa como desconocida.

Nadie supo nunca si en realidad le había salido mal o se había hecho el vivo. La cosa es que el Chin estaba repartiendo los carnés de jugador que nos llevábamos nosotros después de los partidos, en medio de un silencio tremendo y preguntó:

—¿A alguien le falta el carné?

—A...aa...al choto —dijo el Ángel, y estuvo mal, la verdad. No estaba el asunto para la joda. Por eso el Chin no dudó ni un segundo:

—Dame el carné —le ordenó—, vos no jugás más.

## *Nos robaron el centrojás*

Primero fueron los wines y el fútbol dejó de ser ancho y perdió profundidad. Después los laterales, que los convirtieron en carrileros, esos jugadores que cuando su equipo ataca son defensores y cuando su equipo defiende miran la espalda de los rivales porque son delanteros. Y ahora el centrojás, y con él el enganche. El fútbol está abandonando criterios válidos para jugar y por eso cada día que pasa es más confuso y aburrido.

Pero vayamos al grano. Al volante central, que era la referencia del equipo detrás de la pelota, el que la sacaba de los embrollos y la ponía en los lugares despejados, le pusieron otro volante central y dividieron su área de servicio. Lo hicieron para que colabore sobre todo en las tareas defensivas, porque lo que llaman fútbol directo prescinde de la elaboración. No necesita referencias. La pelota no va de un lado al otro, va directamente a chocar contra la impaciencia. El medio es utilizado para entorpecer, trabar, luchar y pescar rebotes.

El centrojás le daba criterio al toque, y se metía entre los centrales cuando tocaba defender, apuntalaba la línea de cuatro. Después se le acercaba el enganche, que a la salida limpia de la pelota era el encargado de darle sentido de gol. Ayudaba también a la hora de defender, componiendo la primera línea de presión, pero, sobre todo, era la penúltima puntada y el abastecedor de los delanteros y volantes que llegaban por afuera.

Al enganche, en realidad, lo reemplazaron por otro centrojás. Y ya sabemos que si uno tiene dos médicos, tiene medio médico.

No es una cuestión romántica o nostálgica, sino la constancia de un síntoma por el cual cada día interesa menos el juego. Se juega como se vive y en la vida también cada día interesa menos el cómo. Lo voy a decir de otro modo. El resultado interesa tanto como antes, lo que sucede es que el abandono de los fundamentos básicos del juego deja al resultado como producto del esfuerzo físico o del azar, porque detrás no hay nada que lo justifique, ni como consuelo siquiera en caso de que sea negativo.

La cosa es que nos robaron el centrojás con la mentira de que nos daban dos. ¿Se imaginan en un mismo equipo a Rattín y Pippo Rossi?

## *Cosas del fútbol 6*

### *Otra del fútbol táctico*

*"Aimar ha mejorado mucho porque ahora defiende", declaró el técnico del Valencia.*

*Por suerte, no es verdad que ahora defienda, y, por otro lado, si fuera cierto, sería un error. Aimar nunca tiene que defender; en todo caso, pasar la línea de la pelota y colaborar en la recuperación colectiva.*

*Lo curioso es que nunca les exigen a los que defienden solamente, que sean más precisos con la pelota y que metan pases de gol. Parece ser que para el fútbol práctico sólo tienen que ser completos los talentosos. A los otros, con la lucha les basta.*

• • • • •

*Un periodista español, gratamente impresionado, le comenta a modo de pregunta a un entrenador "globalizado", como los llama Lillo, de esos que hacen y dicen lo que el medio espera que hagan y digan: "He visto hoy en el entrenamiento que varios de sus jugadores estaban vomitando", refiriéndose indirectamente a la intensidad del trabajo.*

*—Así es —responde el entrenador, conteniendo apenas el orgullo—, aquí vomita todo dios. El que no vomita, a casa.*

*La televisión argentina enfoca al Flaco Menotti en un partido dirigiendo a Central.*

*—Fulano —grita el Flaco—, deje de correr tanto… está corriendo al pedo…*

*Tal vez no haga falta agregar nada más, pero, por las dudas, ahí tenemos dos conceptos futbolísticos totalmente opuestos. Uno cree que cuanto más corran los jugadores, hasta el extremo de vomitar por el esfuerzo, es mejor. El otro piensa que correr mucho dificulta casi siempre el buen juego. ¿A que no se trata sólo de ganar?*

• • • • •

**La ironía del fútbol**

*Se enfrentaban en España el Valencia y el Villarreal, y dirigían dos entrenadores que confiaban mucho en las tácticas, las estrategias y los trabajos de pizarra previos a los partidos (permítanme que me olvide sus nombres). El técnico del Villarreal entrena toda la semana para contrarrestar lo que él cree que es el peligro mayor del Valencia: el delantero Carew. Inclusive, según el diario* El País, *de España, llegó a utilizar un doble suyo en las prácticas. Enterado, el técnico del Valencia piensa una contratáctica sorpresiva para esa estrategia secreta y no incluye a Carew de titular. A los 38 minutos se lesiona su sustituto, y permite entonces la entrada de Carew. El Valencia ganó ese partido 2 a 0, con dos goles de Carew. La simpleza y la grandeza del fútbol, al mismo tiempo, se impusieron esta vez a los dos estrategas.*

• • • • •

*Algunos periodistas influyentes y ciertos entrenadores influidos (en Argentina y en otros países también) apuestan a la ciencia para resolver cuestiones estrictamente futbolísticas. Por ejemplo, afirman que los tiempos modernos reclaman la presencia de un psicólogo en el cuerpo médico de los clubes. Sin embargo, el científico navarro Pedro Miguel Etxenike, físico de prestigio internacional que ha trabajado en pérdidas de energía en la interacción de los iones con la materia, no es tan fanático de la*

*ciencia y asegura en una entrevista que "la ciencia no es la única forma de conocimiento verdadero". Me permito, entonces, insistir: el fútbol es mucho más un hecho cultural que una cuestión científica.*

• • • • •

***La guerra y el fútbol***

*Cuando Bush lanzó contra Irak todo el peso del Imperio en una guerra de anexión que buena parte del mundo rechazó por ilegítima e ilegal, apeló a unos argumentos mentirosos que trataban de ocultar una verdad tan evidente que a nadie pasó inadvertida. La gente de fútbol tampoco desconocía el motivo real de esa agresión, a pesar de la campaña mediática que se puso en práctica. Los hinchas de Colón de Santa Fe, en Argentina, rivales irreconciliables de Unión, de la misma ciudad, pueden ser la prueba de lo que digo. En esos días exhibieron una pancarta durante un partido que revelaba, con sencillez e ironía, lo que* EE.UU. *trataba de esconder. Decía la pancarta:* BUSH, EN LA CANCHA DE UNIÓN HAY PETRÓLEO.

***La libre empresa y el deporte***

*Juan Manuel Alonso, presidente de la comisión médica y antidopaje de la Federación Internacional de Atletismo, en declaraciones al diario* El País *habla sobre el dopaje, del que dice que "es un problema de salud pública", y entre otras cosas afirma que "...las grandes ligas, en béisbol, baloncesto, fútbol (en* EE.UU.*), se han guiado por criterios de libre empresa y búsqueda de espectáculo y han mirado para otro lado en asuntos de dopaje". Y agrega: "Esta permisividad ha creado graves problemas de salud. Y todo, guiado por el liberalismo económico a todos los niveles". Es decir, el negocio divide a los hombres en ganadores o perdedores, aunque para eso tenga que aplastar al hombre.*

## *La jugada no debe terminar por donde empieza*

Sobre la raya, un volante termina encerrado por dos defensores contrarios. Mira y ve a un compañero un poco más al medio. Le da la pelota y sale del lugar. El que la recibió gira sobre sí mismo y vuelve al mismo lugar de donde salió la pelota. Se encierra solo y al final le quitan la pelota al equipo. Jugadas de este tipo se ven habitualmente en los partidos de fútbol. Se quiere continuar y hasta finalizar la jugada por el sector donde empezó.

O está jugando el equipo por la derecha, imaginemos. Despejan los rivales, cae la pelota en un central del equipo que estaba atacando y la vuelve a meter por donde vino. Son variantes de la misma situación que se repiten una y otra vez en casi todos los partidos. Es que no se tiene en cuenta otro de los conceptos elementales. Si la pelota sale de un lugar de donde no podía avanzar, no hay que volver al mismo lugar inmediatamente. Si lo hacemos, encontraremos todavía a los rivales que impidieron el paso anteriormente. Tampoco se puede finalizar la jugada por el mismo sitio donde se empieza, por la sencilla razón de que por ahí los rivales están alertas.

Si empiezo por la derecha, debo terminar por la izquierda. Los cambios de frente sirven para desacomodar a los adversarios, para intentar sorprenderlos desarmados. Generalmente acude al lugar embarullado un volante central, y el primer error es cómo va en auxilio. Si lo hace en la misma línea que la pelota, dando la espalda a la cancha, cuando se la dan no tiene panorama alguno. La única que le

queda es tocar hacia el mismo lugar. No se puede ir a buscar la pelota en la misma línea, hay que ir unos pasos más atrás, cosa de ver de dónde viene y adónde puede ir. Sacarla de ahí para ponerla en otro lugar.

Si no, hacemos como los ladrones que vuelven al lugar del delito. Los está esperando la policía.

## *Defender no es embestir*

Empezó en Italia, como casi todo lo que significa deteriorar el fútbol, y se extendió por todo el mundo. Un jugador recibe la pelota de espaldas al arco contrario. De pronto siente como si un tren lo llevara por delante. Un defensor rival (puede también ser un volante) lo acaba de embestir. Ni se preocupó en recuperar la pelota, fue directamente a hacerle falta, a interrumpir el juego, en un alarde de grosería futbolística y falta de conocimientos y de pudor. Y digo pudor porque recuperar la pelota debe ser también un recurso del talento, no un acto de fuerza. Hay algo en los grandes defensores, como fue Baresi y como son Hierro o Montero actualmente, por ejemplo, una especie de placer que uno intuye cuando quitan una pelota o adivinan y cortan un pase. El orgullo del defensor, digamos, que ponen en juego cada vez que el rival tiene la pelota. El que tenía Chendo, por ejemplo, y que lo hizo jugar quince años en el Madrid.

Bueno, ese orgullo, en términos generales, fue a parar al cajón de los olvidos. Ahora se embiste y a otra cosa. Pero, naturalmente, no se trata sólo de orgullo o de placer, sino de conocimientos. ¿Qué es lo que se defiende cuando un equipo defiende? ¿Hay diferencias entre recuperar la pelota y defender? ¿Dónde se defiende? ¿En cualquier lugar de la cancha? ¿Hay conceptos para defender?

Se defiende en las proximidades del arco, porque lo que finalmente uno está defendiendo es el arco, que no entre la pelota. Y esa respuesta de Perogrullo no lo es tanto porque hay que tenerla en cuenta hasta para pararse. De pibes nos decía el Chin Bermejo, el

primer técnico que tuve: "El culito mirando al arco, nene, si el culo mira al arco, estás bien parado".

Fíjense en esos laterales que cierran y dan la espalda al otro costado. Cuando el centro es pasado, quedan pagando, y cuando se dan vuelta, miran cómo el delantero que no vieron hacer el gol. En cambio, si cierran pero sin dar la espalda totalmente, tendrán la visión de todo, de lo que pasa adelante suyo y también detrás. En otras palabras, y como decía el Chin, si el culo no deja de apuntar al arco, no tendrán sorpresas.

Bueno, pero quería decir que ahí es donde hay que defender, no dejar recibir, no dejar darse vuelta a los rivales, ir a achicarle cuando agarran un rebote, no darles espacios. Ahí es donde las marcas son al hombre. No puede haber marcas zonales dentro del área. En cambio, en la mitad de la cancha lo que se debe pretender es recuperar la pelota, y para eso, provocar el error, tanto colectiva como individualmente.

Para recuperar la pelota individualmente, en los mano a mano, hay un concepto muy viejo, pero tan efectivo como viejo. El defensor no tiene que ir a quitar la pelota. Eso es lo que quiere el delantero, que el defensor vaya a poner el piecito para quitarle la pelota. Entonces la corre un poquito y se va o es falta. Hay que ir a frenarle la iniciativa, hacerlo pensar, que al delantero que generalmente juega por intuición, no le gusta.

Esto lo hace fenómeno el uruguayo Montero, de la Juventus. Se para delante del delantero con un pie adelante y otro atrás, le amaga que va a buscar la pelota y se frena, así hasta que finalmente casi siempre se queda con lo que busca. Me acuerdo de un partido con Peñarol en cancha de Boca, enfrentando a Latorre. Se fue Latorre y quedó mano a mano, Montero salió a buscarlo y se frenó de golpe, iba retrocediendo y cambiando de pierna a medida que Latorre lo llevaba de un lado al otro. Al mismo tiempo le iba tirando el pie por si la enganchaba, sin jugarse del todo, hasta que por fin la pellizcó y se la llevó. Diego todavía se acuerda de esa jugada, porque Montero era el último hombre y si se iba era gol.

Por eso, cuando ahora vemos a esos defensores que embisten, nos llama la atención. Colectivamente, un equipo debe saber cuándo tiene que ir a presionar y cuándo retroceder. No se puede presionar siempre, sin orden, porque entonces se depende del esfuerzo y no de la inteligencia y la organización. Lo primero, entonces, es juntarse detrás de la pelota y a partir de ahí, según las claves que maneje el equipo, ir a buscar la pelota. Sabiendo que lo que nos proponemos es hacer equivocar al rival, ponerlo en aprietos para que la suelte sin destino, y entonces recuperarla. Ir al que tiene la pelota y a los posibles receptores al mismo tiempo. Caso contrario, estaremos corriendo detrás de la pelota.

En fin, son muchos los conceptos colectivos que hay que conocer para hacerse con lo que más queremos, que es la pelota.

## • — *Conversación con Juan Manuel Lillo*

"Conocí un tipo más loco que nosotros", me dijo el Flaco Menotti un día en Madrid. Y así tuve noticias de Juan Manuel Lillo, hace ya 10 ó 12 años. Después, cuando él dirigía al Salamanca en segunda división y yo estaba en el Madrid, me lo presentaron en Pamplona, a donde había ido yo a dar una charla. Me acuerdo que el Salamanca que él dirigía jugaba contra el Osasuna, y el Madrid, en Logroño, contra el Logroñés. "Quédate tranquilo, que ganamos los dos", le dije cuando nos despedimos. Y así fue. Ese año el Madrid fue campeón y el Salamanca ascendió a primera división.

Me parecía muy raro que un entrenador vasco, de Tolosa, concretamente, tuviera la misma sensibilidad futbolística que nosotros, que hablara de la necesidad del toque, del placer de los caños cortitos, de la felicidad de las gambetas. Uno supone que un técnico europeo, español y vasco, es decir, con otra cultura futbolística, prefiere otro tipo de fútbol, sin tantos adornos, más ascético, menos rebuscado o florido, y uno se equivoca y se arrepiente de dejarse llevar por los prejuicios.

Lillo es más menottista que Menotti, por ejemplo, en cuanto a la defensa sin límites de la estética. Y por eso ha tenido y tiene, y tendrá todavía, serios problemas con un entorno que está exactamente en la otra punta. A sus 35 años, dirigió en primera división al Salamanca, Oviedo, Tenerife y Zaragoza. Es decir, hizo la primaria en la universidad. No conozco ningún jugador de los que tuvo que

no hable maravillas de él, sobre todo en el aspecto humano. Y los argentinos que dirigió se hicieron inmediatamente sus cómplices, en el buen sentido. "Yo creo que hoy ya nadie se divierte en el fútbol", fue lo primero que me dijo cuando empezamos a hablar sin temas previos, sin planes, sin organizar nada, para dejarnos llevar, como tantísimas veces, sin grabadora de por medio. Para improvisar coherentemente, si somos capaces, cómo entendemos que debe ser el fútbol.

**Juan Manuel Lillo**: Y yo creo que la propia gente ha dejado de vincularse con el juego para hacerlo exclusivamente con el resultado.

**Ángel Cappa**: Es decir, que a la gente no le importa ya si se juega bien o mal.

**J. M. L.**: Sí, eso pienso, y me parece que esa es una de las causas por las que se juega mal. Si la gente acepta todo, pues todo sigue como está, o peor. La exigencia de la gente es otra distinta de la del buen juego.

**A. C.**: Pero vos creés que es una cuestión estética, nada más, por la que se juega mal. Es decir, se hace un juego que no divierte y a nadie le importa, y se sigue en esa actitud que desprecia lo estético...

**J. M. L.**: No... no... no sólo por estética. Yo digo que como a nadie le preocupa el cómo para llegar al resultado y solo interesa el resultado, el proceso para llegar a él no sirve. No sólo no le interesa a la gente, a la que sólo le preocupa el resultado, sino tampoco a los que nos contratan. Ahora, cuando termina el partido, coinciden en decir que no les ha gustado lo que han visto, o sea que desde el punto de vista estético está claro. No gusta el fútbol que se ve. Ahora también se juega mal por otros factores que no son directamente estéticos; se juega mal porque no se tiene en cuenta el fundamento del juego.

**A. C.**: Lo que sí es cierto, quiero decir que comparto lo que decís, es que se va perdiendo en la gente la exigencia del buen juego.

**J. M. L.**: Ya no se distingue qué es jugar bien y qué es jugar mal, y tampoco se exige, y para colmo lo único que vende es el resultado.

Los 90 minutos pasaron a ser un trámite hasta conocer el resultado. El partido en sí mismo es, al fin, una angustia para los entrenadores, para que los medios hagan su negocio. De fútbol, nada.

A. C.: Bueno, eso yo lo comparto, pero lo que te quiero decir es que a nosotros, cuando hablamos de jugar bien, nos traducen como jugar lindo, o bonito, como dicen en España. Y que, en ese caso, la modernidad exige prescindir de lo lindo para conseguir el resultado. En cambio, nosotros cuando decimos que se juega mal no lo hacemos sólo porque se juega feo, que también lo tenemos en cuenta, sino porque no se respetan ciertos conceptos que son indicadores del buen juego. Y en cuanto al resultado, es lógico que alguno gane. Siempre alguno gana, por mal que se juegue. ¿Y quiénes son los que ganan? Los que tienen los mejores jugadores, como siempre: el Barcelona, el Madrid, la Juventus, la Roma… que, dentro de todo, definen los partidos.

J. M. L.: Sí, estoy de acuerdo, estoy de acuerdo. Yo creo que el punto de partida es ese que tú has dicho… y además pienso que esa asociación de ideas que has señalado no es casual. La hacen los medios porque así saben a quiénes hay que apuntar y a quiénes hay que disparar. Como a nosotros nos ubican en esa tendencia del juego bonito pero ineficaz, somos un blanco fácil, no somos un blanco móvil, sino fijo. Nos tienen ahí siempre, identificados en esa corriente que ellos han definido de esa manera, intencionadamente, creo yo. Y si encima nosotros entramos en esa discusión falsa, acentuando el aspecto estético, la embarramos más. Nosotros hemos dicho, muchas veces ya, que el mejor camino para ganar es jugar bien, que lo más importante en esta actividad es ganar, que somos profesionales y queremos ganar porque, entre otras cosas, para eso se compite y que para eso luego cada uno elige su camino. Y nosotros elegimos el de jugar bien, y si preguntan qué es jugar bien es porque se hacen los distraídos, porque todos sabemos qué es jugar bien. De todos modos, a pesar de aclararse ese aspecto no sé cuántas veces, no nos dejan movernos de la foto. Los medios nos quieren ahí, quietos, para poder dispararnos mejor cuando nos toca perder. Tenemos

que estar constantemente defendiéndonos de las acusaciones de pretender el juego bonito, de no atender a las exigencias del resultado, y siempre lo mismo.

**A. C.**: Es muy desgastante eso, ya lo creo.

**J. M. L.**: Es que siempre buscan las cosquillas…

**A. C.**: Es desalentador también si tenemos en cuenta, por ejemplo, que el Flaco Menotti inició esta discusión allá por los años 70, cuando empezó a entrenar, y todavía tiene que seguir aclarándolo… 30 años después. Es una discusión eterna y yo creo que a esta altura de nuestras vidas, y de vidas anteriores también, que es una discusión falsa, forzada malintencionadamente, porque yo supongo que después de más de 30 años de aclaraciones ya lo habrán entendido…

**J. M. L.**: Fíjate lo que también suele ocurrir, y que a mí me ocurrió cuando llegué al Zaragoza. No es que hubiera dejado de pensar lo que pienso, ni de decirlo siquiera, pero para evitar un nuevo disparate de polémicas inventadas, empecé diciendo que lo más importante de esta actividad es ganar, y que yo lo intentaría según mi manera de entender este juego, con mis métodos. Y lo hice para no poner en compromiso al club —mira las cosas que hay que hacer—, porque parece que si tú asumes un compromiso estético, pones al club también en esa circunstancia… Bueno, para liberar al Zaragoza, yo dije aquello que te cuento. Entonces del otro lado surgió otra pregunta: "¿Qué pasa, que declinaste ya de tus convicciones?". Entonces tuve que hablar en otra rueda de prensa para explicarles a quienes supuestamente me apoyaban que no se trataba de declinar convicciones, sino de poner las cosas en su lugar… en fin, que estaba cansado ya antes de empezar, ¿qué me dices?

**A. C.**: Ahora que me decís eso, hace poco leí unas declaraciones de Rexach (cuando era DT del Barcelona) sobre que él antes prefería ganar y jugar bien, pero ahora sólo ganar como sea, que creo que las hizo con el mismo propósito que el tuyo… no sé, yo no conozco a Rexach personalmente, pero me parece que quiso frenar anticipadamente las acusaciones de romántico que iba a recibir si perdía…

**J. M. L.:** Sí… Charly se ríe de todo… seguro que lo hizo para desactivar…

**A. C.:** Así es, a mí me dio la impresión de que se vio obligado a decir algo así para que dejaran de apuntarle antes inclusive de asumir como técnico del Barcelona, para que todo el mundo se tranquilizara, para que no pensaran que es un bohemio al que no le importa el resultado… Vos mirá a Rexach hablando de que hay que ganar como sea, es increíble…

**J. M. L.:** Sí, un tipo que todavía no nos han presentado ese "como sea", ¿no?, que no conocemos ni conoce nadie.

**A. C.:** Sí, que nadie ha explicado nunca qué quiere decir y al que casi todo el mundo, ante la necesidad de los puntos, acude sin preguntar. Otro tópico que se usa sin sentido. Y esto nos lleva a una cuestión que me parece importante. El tema de las modas. Igual que en la ropa, que de pronto se usan los pantalones anchos, o muy angostos, o como sea, y que todos nos ponemos sin saber por qué ni quién la impuso, pero no se nos ocurre contradecirla, así pasa también en el fútbol, lamentablemente. Un día aparece un equipo de los paradigmáticos, generalmente de Italia, que juega con tres marcadores centrales, dos carrileros, una multitud en el medio y uno adelante, y lo copiamos casi todos. No preguntamos qué jugadores tenemos, por qué se juega así, si es mejor de otro modo, nada. Igual que nos ponemos los pantalones de moda, hacemos el equipo de moda. Y es por no contradecir la ideología dominante, por creer que así pagamos estabilidad en el puesto, o al menos en la consideración de quienes nos contratan, ¿no te parece?

**J. M. L.:** Es que es la imposición del mercado, aunque parezca mentira. Algo que no tiene nada que ver con el fútbol. Tú has dicho que juegan según la moda y sin tener en cuenta los jugadores que tienen, que es verdad, pero fíjate que eso es justamente de lo que habitualmente nos acusan a nosotros. De querer jugar al "tiqui tiqui" o al toque toque con cualquiera, y en cambio son ellos los que están sometidos a las modas (lo que quiere decir abdicar del análisis), los que no se fijan en los jugadores que disponen, y sin embargo con

eso siempre nos disparan, a mí siempre me disparan con eso. Y yo creo que no hay sistemas para jugadores ni jugadores para sistemas, que son las dos cosas. Tú tienes una idea, por supuesto, porque tú no vas a dejar de ser tú, y al mismo tiempo tienes que saber con quién estás hablando, con qué jugadores cuentas para llevar a cabo tu idea.

**A. C.:** Es curioso Juanma... es curioso. Yo me pregunto siempre por qué si aparece un tipo al que no conoce nadie, de Marte, supongamos, y se hace cargo de un equipo, y en la primera rueda de prensa llega a decir que le gustaría que su equipo jugara bien al fútbol, terminó con sus posibilidades. En ese momento se ganó una cantidad de enemigos que lo estarán esperando. Y yo pregunto por qué motivo sucede esto. ¿Por qué razón un técnico que dice que prefiere que su equipo juegue bien, perturba, molesta, acusa?

**J. M. L.:** Detrás de eso hay una línea de pensamiento, Ángel. Y esta sociedad castiga al que piensa, y no sólo en el fútbol, en cualquier actividad. Por eso se cuidan de separar a los llamados intelectuales, filósofos, y el resto del mundo. Y no es así, hay mucha gente que piensa, además de los filósofos y los intelectuales a los que se atribuye esa cualidad. El poder no quiere gente que piense. Los quiere trabajando y diciendo que sí.

**A. C.:** Así es. Por eso ese tipo que vino de Marte y dijo que quería que su equipo juegue bien, desde ese momento se tendrá que defender de todos los ataques que le harán. Si su equipo no mete goles de tiro libre, lo acusarán de falta de trabajo; si mete goles de tiro libre, le dirán que al fin abdicó y comprendió que los partidos se ganan de tiro libre... No tiene salida.

**J. M. L.:** Hombre... encantado de hacer goles de tiro libre.

**A. C.:** Mirá, cuando yo debuté de técnico en Racing, jugamos contra Independiente, que lo dirigía el Flaco Menotti, en Mar de Plata. Perdíamos 1 a 0 y empatamos de tiro libre. ¡Para qué! Empezaron con las acusaciones al revés. Quiero decir que hablaban como si yo al fin hubiera entendido la importancia de lo que ellos venían diciendo desde hace 20 ó 30 años. Que los tiros libres son impor-

tantes. ¡Como si en el año 30, por poner una fecha lejana, tiraran las faltas afuera! Ahhh, no, decían entonces, nosotros somos románticos, no queremos ni córners ni faltas a favor… nada de eso. Es increíble, realmente.

**J. M. L.:** Nosotros sólo aceptamos los saques de puerta, ¿no? Es ridículo, pero muestra cómo el poder te combate permanentemente si pretendes contradecirlo. Hoy en día no es políticamente correcto decir que quieres jugar bien…

**A. C.:** Sí, te miran como un tipo raro, pero diciendo ¿qué quiere éste ahora?

**J. M. L.:** ¿No se enteró éste que hay mucho dinero en juego, o qué?

**A. C.:** A propósito, una vez un club me había contratado por dos años, y a los cinco partidos me llamaron los dirigentes para preguntarme qué pasaba con la marcha del equipo, por qué habíamos ganado dos, perdido dos y empatado uno. Me decían: "¿Usted es consciente de que hemos invertido más de mil millones de pesetas? ¿Usted comprende que hay que ganar?". Como si yo fuera un pibe de 14 años que se había puesto a entretenerse un rato, como si yo no me jugara nada en el asunto. Yo entonces les pregunté: "¿Y ustedes por qué me tratan como si yo tuviera 14 años?". Todo porque yo había comenzado un proceso buscando que el equipo jugara bien para que pudiera conseguir los resultados, o al menos buscarlos desde una identidad definida. Lo de los dos años y todo lo hablado anteriormente era mentira. Había que ganar hoy, y volvemos a encontrarnos con el desconocido "de cualquier manera".

**J. M. L.:** Es que habría que preguntarles cuál es para ellos el significado de consciencia, cuando te preguntan si eres consciente de tal y cual cosa. Porque para ellos ser consciente es garantizar el resultado inmediato, y eso no lo podemos hacer ni tú ni yo ni nadie…

**A. C.:** Así es, pero si hubiera sido un tipo de otra o ninguna ideología, seguro que con los mismos resultados no le hacen esas preguntas…

**J. M. L.:** Sí, hablando de trabajo y repitiéndolo tres veces, por-

que con dos no basta. Diciendo "yo quiero trabajo, trabajo y trabajo". Eso los deja tranquilos, no les hace pensar en aventuras románticas.

A. C.: Sí, dirían "este hombre sí que sabe lo que quiere".

J. M. L.: O "espérate, que ya verás que con trabajo sale adelante", y cosas así.

A. C.: Es igual que con los jugadores de talento y los voluntariosos. No es que uno desprecie a los voluntariosos, al contrario, cumplen una función muy importante dentro del equipo, pero siempre se les tiene más paciencia a ellos que a los habilidosos o talentosos. Al que corre mucho se le perdona, no un error, sino diez seguidos, pero al talentoso que falla en un pase o se la quitan en una gambeta, le gritan de todas partes.

J. M. L.: Yo vuelvo a la primera rueda de prensa. Es fundamental para mí. Si no aciertas en precisar minuciosamente tus intenciones, te colocan rápidamente en el lugar que ellos quieren, y adiós, el blanco fijo.

A. C.: Y dan vueltas con las preguntas hasta encontrar una frase, una palabra tuya para clasificarte y esperarte.

J. M. L.: Yo ya lo tengo decidido. La próxima vez diré: a leerse el diccionario de tópicos, muchachos, que yo ya me lo leí y será lo que escuchen de ahora en adelante. Porque he notado que a los que usan los tópicos los dejan en paz. Pues a 'topiquear', ¿qué vamos a hacer? Se terminaron las ideas.

A. C.: ¿Sabes por qué, Juanma? Porque lo único que respetan, lo único, es el éxito, el triunfo.

J. M. L.: Claro, claro.

A. C.: Igual que en la sociedad el único valor es el dinero, el beneficio; lo que da dinero es respetable, y lo que no da dinero, despreciable. Y ahí se termina toda la historia.

J. M. L.: Bush se levantó de Kioto, donde discutían poner límites a la contaminación ambiental para no destruir el planeta, y se marchó porque dijo que eso perjudicaría a la economía estadounidense. Con eso está todo dicho.

**A. C.**: Sí, es como decir: si no destruyo el mundo, no tengo beneficios. Algo descabellado, pero increíblemente aceptado como un argumento válido.

**J. M. L.**: Pues fíjate en el fútbol, lo que nos queda.

**A. C.**: En el fútbol se impuso la ideología del fútbol italiano. No hay reparos, no hay conceptos, no hay pudor, sólo hay resultados.

**J. M. L.**: Sí, y para eso contratan a los mejores jugadores del mundo y los abandonan a su suerte para que ganen los partidos.

**A. C.**: Y tirar centros para un 9 grandote que vaya a pelearlos. Así juegan todos. La Roma, que pone a Cafú de un lado y a Candelá del otro para que corran todo el partido de ida y vuelta y metan centros para Batistuta. Con Totti, por si pesca alguna suelta e intenta algo por su cuenta, o Montella, que se ganó un lugar a fuerza de goles. Y para eso invirtieron fortunas en jugadores de gran nivel, como Samuel, Aldair y los que nombré antes. Miles de millones de dólares para tirar centros. Y como ganó, es modelo.

**J. M. L.**: Es que no sólo es la Roma, todos son iguales, juegan igual.

**A. C.**: Para eso no hacen falta ni conceptos ni ideas ni pudor ni nada. "Simplicidad y cojones", como Capello decía que era el fútbol.

**J. M. L.**: Y al final los beneficia la ley de la gravedad.

**A. C.**: ¿Cómo la ley de gravedad?

**J. M. L.**: Porque la pelota finalmente aterriza, por más centros que tiren, y cuando cae la agarran los que saben: Totti y Montella.

**A. C.**: Que con otra manera de jugar serían aun mejores jugadores de lo que son. Igual que Del Piero y que todos los que pueden aportar talento.

**J. M. L.**: Sí, porque uno no sólo habla de los valores expresados, sino de los valores intuidos también. Y creemos que, en otro modo de jugar, donde el talento no fuera sospechoso, Totti, Del Piero, Montella podrían expresarse mucho mejor y aportarían mucho más.

**A. C.**: Y no como ahora, que juegan más en los medios que en la cancha. Si Del Piero mete una pelota de gol, hablan de magia y promocionan esa jugada una semana entera. Pero, claro, si a ese ni-

vel un jugador no mete ni una pelota de gol, entonces ya sería el desastre total.

**J. M. L.**: Es tanto el poder de los medios hoy día, que a un jugador le bastan diez minutos buenos para acceder a lugares que antes tardaban años. Y piensan que nosotros valoramos más a esos jugadores que por ahí tiran un caño, que a los que tienen una trayectoria aunque sean menos lucidos. Y no es así. Nosotros buscamos la eficacia también y sabemos que aquellos jugadores que han estado diez años en un club jugando con todos los entrenadores, es porque son útiles y son los primeros que respetamos.

**A. C.**: Y como encuentran otro espacio para jugar, mejoran y resultan fundamentales muchas veces.

**J. M. L.**: Claro, porque antes querían parecerse a lo que la gente decía de ellos. Que eran rústicos, que no sabían con la pelota y respondían a esa imagen. En cambio, cuando entran en un equipo distinto, son cuidadosos con la pelota y mucho mejores en la marca. O sea, de ninguna manera preferimos un caño de portada de revista a un rendimiento colectivo.

**A. C.**: Te van a decir que estás abdicando de tus convicciones.

**J. M. L.**: Tienes razón, pasemos a otra cosa.

**A. C.**: Juanma, ¿vos creés, como dijo Cruyff, que el problema de los entrenadores actualmente es que entrenan en lugar de enseñar?

**J. M. L.**: Yo creo que lo que hacemos los entrenadores, en general, es poner fronteras. No hagas esto, no pases del medio campo, no regatees, no la pases atrás, no se la des al mediocentro, no… no… no… No decimos lo que hay que hacer, que estaría mal también, porque limitaríamos la creatividad; decimos sólo lo que no hay que hacer.

**A. C.**: Y así el jugador no se anima a nada y nada distinto le puede salir.

**J. M. L.**: Una vez Perico Alonso, aquel mediocentro vigoroso y luchador que jugó en la Real Sociedad y después en el Barcelona, ¿te acuerdas?

**A. C.**: Sí, claro, cómo no me voy a acordar.

J. M. L.: Bueno, en un partido contra el Real Madrid, jugando para el Barcelona que dirigía Menotti, hizo un gol pasándole la pelota sobre la cabeza al portero con la izquierda, y después tocó de empeine con la derecha: un golazo, que no correspondía con lo que uno suponía de él.

A. C.: Un partido que ganó el Barcelona 2 a 1 y que el primero lo hizo Maradona de cabeza, mirá si me acuerdo.

J. M. L.: Bueno, y lo hizo, ¿sabés por qué? Porque el Flaco Menotti les daba campo a todos para que se animasen a hacer cosas. No había fronteras, no había prohibiciones, y a Perico le salió ese gol, más de Maradona que de él. Pero sin ese permiso implícito, muy difícilmente se hubiera animado, primero a subir como lo hizo, y después a tirar ese sombrero fantástico.

A. C.: Se sintió con confianza porque el clima del equipo le ofrecía esa confianza. Y eso está relacionado directamente con el modo de jugar. Si todo es lucha y el riesgo está prohibido, entonces sólo los muy capaces se van a animar a ese tipo de jugadas.

J. M. L.: Pero tiene razón Cruyff: nuestro trabajo es mucho más efectivo enseñando, aportando cosas a los jugadores, que entrenando, poniéndolos en forma.

A. C.: Lo que pasa es que habría que volver al comienzo de la conversación: como no les da tiempo y todo es urgente, piensan que corriendo mucho se solucionan las cosas, y siempre postergan lo conceptual.

J. M. L.: Finalmente, un técnico es lo que deja detrás suyo. Los aportes que haya hecho a los jugadores, el estilo o la identidad que le haya dado al equipo.

A. C.: Además, por supuesto, de los objetivos posibles que se hayan logrado.

J. M. L.: Me acuerdo de una anécdota que leí de un jugador colombiano, lástima que no me acuerde su nombre, no era muy conocido, al que le preguntaron qué le había dejado el técnico, que era Luis Alfonso Merroquín. "Me dejó ser", dijo el jugador, y me pareció algo extraordinario.

A. C.: ¡Qué bueno!

J. M. L.: Y eso para mí tiene mucho que ver con lo que es un entrenador.

A. C.: Y eso tiene que ver con el equipo también, porque si vos jugás en un equipo italiano, es muy difícil ser.

J. M. L.: Lo que pasa es que, en la sociedad en que vivimos, el primero que no es, es el técnico. Y si el técnico no es, no está como para dejar ser a los jugadores.

A. C.: A propósito de los técnicos, vos tenés una teoría sobre lo que llamas el entrenador globalizado, ¿no?

J. M. L.: No tanto una teoría, es simplemente una observación. Es el técnico políticamente correcto, digamos. Aquel que ha elegido hasta una compostura adecuada, que sabe lo que se espera de un técnico y responde en todos los detalles. Empieza siendo muy obediente de los dirigentes, que saben que nunca van a tener un problema de diferencia de opiniones con él, que los periodistas saben que lo van a tener a su disposición a todas horas, que se vestirá como ellos quieran. Todo lo hace para conseguir, y después mantener, un puesto de trabajo.

A. C.: Algo así como pagar protección.

J. M. L.: Sí, responder a los cánones sociales. No perturbar la marcha del negocio montado sobre ciertas pautas que él sabe respetar.

A. C.: Acomodarse, hacerse amigo del juez, como recomienda un personaje del libro *Martín Fierro*, el viejo Vizcacha.

J. M. L.: No incomodar para subsistir.

A. C.: Entonces la vocación, porque uno está en esto por vocación, ya deja de importar. Lo que se defiende ahora es el puesto de trabajo.

J. M. L.: Así es. La vocación, la inteligencia, la capacidad, la formación, todos los valores que, como no están directamente asociados al resultado, los dirigentes no los tienen en cuenta; porque para la empresa-club significan, también, una incomodidad. Ganar o perder, además, nadie lo garantiza. De modo que es mucho más cómo-

do contar con un entrenador globalizado, que con otro fuera de esas reglas del juego.

**A. C.**: Y esto tiene mucha relación con el modo de jugar de los equipos, naturalmente.

**J. M. L.**: Por supuesto. Hay algunos que dicen que aun los 90 minutos pertenecen a los jugadores y los entrenadores, y no es así. Se hipotecan muchas cosas de lo personal, y de lo profesional, antes de entrar al campo… Se dejan cosas en el camino, y eso se nota también en los 90 minutos.

**A. C.**: Se dejan cosas importantes, que finalmente moldean la personalidad de los protagonistas.

**J. M. L.**: Dicen que la empresa no llega a lo que sucede en el campo. ¿Cómo no va a llegar la empresa si te está haciendo vivir angustiado durante toda la semana? Si hasta transmiten los entrenamientos por televisión y ni siquiera ahí te puedes expresar como eres…

**A. C.**: Pero si lo primero que hacen es elegirte los jugadores, ¿cómo no van a influir en los 90 minutos?

**J. M. L.**: Eso para empezar…

**A. C.**: Acá, en Europa, donde estamos grabando esta conversación, el entrenador ya no tiene la palabra decisiva a la hora de hacer el plantel. Sólo algunos, los más exitosos, la mantienen. Le han dado el carácter de "eslabón más débil", como lo reconocen, y le han quitado atribuciones. Y, sobre todo, argumentan que por esa razón, por ser el más débil, no puede ser responsable del plantel.

**J. M. L.**: Manejan la lógica empresarial, pero si uno acepta determinadas cosas, claro que es el "eslabón más débil". Lo que hay que hacer es que no sea el eslabón más débil.

**A. C.**: Fíjate qué contradicción, por otra parte. Nadie puede negar que la persona más importante para que funcione el equipo es el técnico. Entonces ¿cómo va a ser el eslabón más débil el más importante? ¿Cómo se explica esto?

**J. M. L.**: Además, el único líder que hay en el equipo es el entrenador. El único líder impuesto, digamos. El director general no puede ser líder. ¿Quién manda a los jugadores con su forma de com-

portarse, con su mensaje? El entrenador, indudablemente. ¿Cómo va a ser el eslabón más débil, entonces? Cuando hablan de un proyecto, dicen: "Queremos que lidere el proyecto… tal", y va el nombre de un entrenador, no el de un jugador, ni el del director general. Es que es lógico. Pero, bueno, ni bien dicen eso, te mandan al cajón.

**A. C.**: Y en ese momento sacan al mánager o director general, que va ocupando el terreno que le corresponde al entrenador.

**J. M. L.**: Pero luego si el equipo pierde, desempolvan al entrenador para echarlo.

**A. C.**: Ahí sí vuelve a tener las responsabilidades que le quitaron.

**J. M. L.**: Así es, por supuesto, el eslabón más débil. Porque lo convierten en eso.

**A. C.**: Y estas cosas sí que, como decimos, se trasladan al terreno de juego.

**J. M. L.**: Claro, por supuesto.

**A. C.**: Porque el entrenador se refugia en el papel que le dan y trata de durar el mayor tiempo posible. Lo de menos es el fútbol. A ver si empatamos el domingo y duramos hasta el próximo domingo. No hay vocación, ni enseñanza, ni nada. A durar, que la calle está dura, como decimos en Argentina.

**J. M. L.**: Y para eso hablo como quiere la empresa que hable, me comporto como la empresa me sugiere, pongo a los jugadores que la empresa también me indica indirectamente…

**A. C.**: Y ahí está la consecuencia de las modas tácticas que hablábamos. Si todos juegan con tres centrales en el fondo, carrileros, etc., yo también, no vaya a ser que pierda de otra manera y me llamen antiguo o digan que no trabajo.

**J. M. L.**: Además, como sabes, nuestra estabilidad no sólo peligra cuando trabajas, sino que se extiende a cuando buscas trabajo, porque si te ponen cualquier cartel de incómodo, estás listo. Y mucho más si perdiste. Por eso, lo que yo llamo entrenador globalizado podría pensar: "Voy a cumplir con todo este tinglado, no vaya a ser que me vaya de aquí con mala fama, y adiós".

A. C.: Ni más ni menos.

J. M. L.: Un presidente que tuve, cuando me despidieron, me dijo que tuviese cuidado al cerrar la puerta. Porque había varias maneras de cerrar la puerta, y que no la cerrase muy fuerte, no fuese a ser que luego no se me abriese nunca más. "¿Esto es una amenaza?", le pregunté yo. "No, hombre, no; tómeselo usted como quiera", me contestó.

A. C.: Es decir, sea prudente en las declaraciones porque ya sabe cómo viene la mano.

J. M. L.: Así es. Y como la familia come y se tiene miedo a eso, todo sigue su camino y al entrenador le quitan cada vez más atribuciones, y seguimos tragando lo que sea.

A. C.: Y no sólo lo decimos por nosotros, por nuestro trabajo. Es que así se perjudica el fútbol, indudablemente, y, si me apurás, el negocio también, porque jugar bien siempre es más negocio que hacerlo mal.

J. M. L.: Pues claro. Cómo no va a haber jugadores angustiados, si el técnico está angustiado. Cómo no va a haber jugadores distraídos, si el técnico está distraído. Y cómo no va a haber jugadores descentrados, que tanto se habla de la concentración, si el técnico está descentrado con todo lo que pasa en el entorno. Cómo no va a haber jugadores dispersos, si el técnico no puede ser concreto porque su tarea principal no está en los entrenamientos, sino en los despachos, con el periodismo...

A. C.: Lo que llaman ahora la imagen...

J. M. L.: Sí, sí. Ahora que lo dices, se afirma que un equipo es la imagen del entrenador, ¿no? Pues fijate qué equipo tendremos.

A. C.: Cómo va a haber equipos atrevidos, por ejemplo, si el entrenador está lleno de miedos.

J. M. L.: Sólo está permitido el atrevimiento cuando se va perdiendo. Aunque, en realidad, no es que esté consentido, es que está obligado a ir para adelante. Ahora, si por ahí te pones ganando, entonces a quitar delanteros y a meter defensas.

A. C.: Sí, a hacer lo que está admitido como lo correcto.

J. M. L.: Así te dicen que eres un entrenador inteligente. Porque si vas ganando y pones a un delantero y por esas cosas pierdes, entonces prepárate porque las críticas serán destructivas. Entonces vemos cómo claramente todo esto se refleja en los 90 minutos. Los 90 minutos son cada día más de la empresa también.

A. C.: La cosa está cambiando tanto, que lo peor que le puede pasar a un equipo, lo peor de todo, es ir ganando un partido. Por 1 a 0 todavía hay ciertos aspectos del juego que se mantienen, pero con 2 a 0 se terminó todo. Ese equipo lo único que pretende es que termine el partido. Le da al rival la pelota, el espacio, todo. Y a esperar que pase el tiempo. Como no se juega y sólo vale el resultado, ir ganando quiere decir tener el resultado. Entonces a conservarlo, así falten 20 minutos. ¿De qué manera? Especulando hasta el límite. Con los cambios, con la actitud… es lamentable, verdaderamente.

J. M. L.: Lo que te digo. Eso es lo que está considerado como inteligente.

A. C.: Un técnico que sabe manejar la táctica, dicen.

J. M. L.: Ese es, en realidad, el fútbol demagógico. El que juega para complacer lo que se admite como correcto.

A. C.: Fútbol "tribunero", como decimos en Argentina.

J. M. L.: Y ocurre con los jugadores también. Tiran a puerta cuando no tienen posibilidades para provocar el ¡uyyy! de la gente. Se tiran al suelo en pelotas perdidas, corren sin sentido, pero cerca de las gradas… Festejan los goles besando la camiseta que se acaban de poner, como si la quisieran de toda la vida…

A. C.: ¿Es que sabés que pasa, Juanma? Que la televisión condiciona mucho. Hay tantas cámaras y es tan necesario aparecer en televisión, que se juega más para la televisión que para el equipo. Hasta cuando ves un partido de pibes, esos pibes ya hacen gestos para las cámaras, hasta ellos viven la importancia de la televisión.

J. M. L.: Es que vivimos a través de la televisión. Todo lo que pasa, pasa en televisión.

A. C.: ¿Querés decir que si no aparece en televisión es como si no existiera?

**J. M. L.**: Así es.

**A. C.**: Si ahora estás en el banco, de entrenador, me refiero, y no te levantas mucho para dar instrucciones, gritar, hacer gestos, dicen que sos muy pasivo, que no transmites nada a los jugadores. Por eso ahora vemos a casi todos los entrenadores al borde de la cancha moviendo los brazos continuamente y gritando sin parar.

**J. M. L.**: Otra actitud del entrenador globalizado, ahí tienes.

**A. C.**: Es que le conviene a la televisión ese tipo de actitudes, porque ellos dan fragmentos del partido, con muchas interrupciones, caras de los palcos, repeticiones de jugadas intrascendentes y gestos de entrenador. Si no lo hacés también, te critican, porque no les adorna la pantalla un tipo sentado y quieto.

**J. M. L.** Otra de las cosas que condicionan al entrenador. Inclusive le miden por esos gritos su valor o su capacidad. Eso vale más que el trabajo de la semana.

**A. C.**: Yo no digo que por ahí uno se levante y grite o haga un gesto, pero más por nervios que por otra cosa, porque los jugadores no pueden atenderte y jugar al mismo tiempo.

**J. M. L.**: Y ponen un periodista cerca del banquillo y le preguntan a cada rato: "¿Cómo está viviendo el partido, Juan Pérez?"; y el periodista cuenta: "No para de dar órdenes...". Y eso, aunque parezca mentira y aunque sea todo lo contrario, resulta un valor positivo para el entorno.

**A. C.**: Es posible, Juanma, que en esta conversación demos la sensación de verlo todo mal, de ser muy negativos…

**J. M. L.**: No, al contrario.

**A. C.**: Es lo que iba a decir. No es desde el pesimismo que uno habla, sino que es imposible tratar de mejorar algo si uno no parte de la realidad de las cosas.

**J. M. L.**: Yo creo que hay que tener el coraje, siempre, no sólo en el fútbol, de decir las cosas tal cual a ti te parecen, para dialogar, para cambiar opiniones y para avanzar mejorando.

**A. C.**: De eso se trata. Si vemos que se juega mal, lo cómodo sería adaptarse, no analizar nada, y tratar de sacar el mayor provecho.

**J. M. L.:** Hay que saber por qué se juega mal, qué es lo que está pasando con el fútbol, llegar hasta donde uno puede, por conocerlo desde adentro, y aportar ideas para corregir lo que está mal.

**A. C.:** Aunque, en realidad, sabemos que sólo prestan atención al último que ganó.

**J. M. L.:** A ver si ganamos rápido otra vez, para que nos escuchen.

**A. C.:** Seamos razonables, entonces, y nada de romanticismo de ahora en adelante, ¿eh?

**J. M. L.:** Ja, ja, ja.

**A. C.:** Ya es hora de sentar cabeza, como me vienen diciendo desde que tengo 15 años.

**J. M. L.:** Y a mí.

**A. C.:** Sigamos, entonces, pero a partir de mañana seremos más sensatos.

**J. M. L.:** Prometido.

**A. C.:** En los entrenamientos también se ve la influencia de lo establecido. Son, sobre todo, trabajos físicos muy duros y mucha disciplina. Muy poco sobre conceptos…

**J. M. L.:** Sí, casi nada del juego. Se terminó el juego.

**A. C.:** Por poner un ejemplo, si vos a un arquero le das una orientación de cómo pararse para ir a buscar un centro, es mucho mejor que tirarle 200 pelotazos y hacerlo revolcar toda la mañana.

**J. M. L.:** Es que si el portero termina muerto de cansancio van a decir que eres un entrenador muy trabajador. Y eso se lleva, y vale más que el conocimiento.

**A. C.:** No estamos diciendo que no haya que trabajar, sólo que hay que trabajar con criterio futbolístico, no de acumulación de horas y de esfuerzo inútil.

**J. M. L.:** Y ya que hablamos del portero, sabemos que no hacen, no suelen hacer en el partido más de dos acciones continuadas, y por lo tanto, su esfuerzo en el entrenamiento no puede ser aeróbico, ni anaeróbico láctico, desde el punto de vista fisiológico, ya que les encanta hablar de fisiología. Deben ser (los entrenamientos) anaeróbicos alácticos…

A. C.: Para que vean que de vez en cuando leemos algo de fisiología también.

J. M. L.: Ja, ja, ja… claro, claro, aunque no lo utilizamos para saber qué estamos haciendo.

A. C.: Cuanto peor queden los futbolistas físicamente después de los entrenamientos, les parece que mejor se ha entrenado.

J. M. L.: Si tú tienes que entrenar mal para quedar bien, es una prueba más de la influencia de la empresa y del entorno en tu trabajo.

A. C.: Además, cuando contratan a un entrenador globalizado, según tu denominación, que me parece muy acertada, lo presentan como "muy trabajador", como si eso quisiera decir algo, como si fuera un valor.

J. M. L.: Es que lo es para la sociedad que reclama ese tipo de comportamientos.

A. C.: Y además tienen otra referencia para castigar a los que dicen que les gusta que sus equipos jueguen bien. Aquellos son trabajadores, y estos, no sé, haraganes o algo así.

J. M. L.: También dicen que tienen método, como si los demás no tuviésemos métodos.

A. C.: ¿Qué quiere decir ser trabajador? Esa es la pregunta. Porque si vemos un equipo de esos especuladores, defensivos, mezquinos, dicen que tienen un entrenador trabajador, pero si juega bien, nunca dicen que el entrenador es trabajador. Es igual que si vos contratas para una universidad a un profesor de literatura, pongamos, y decís que lo hiciste porque es muy trabajador. Lo primero que me van a preguntar es: ¿pero sabe algo de literatura?

J. M. L.: Por supuesto.

A. C.: Y la misma pregunta vale para un entrenador, ¿o no?

J. M. L.: Pues claro que sí.

A. C.: Me cuenta Menotti que una vez él estaba hablando de una persona que sabía ocho idiomas, y entonces el doctor Oliva le preguntó: "¿Pero tiene algo que decir?".

J. M. L.: ¿Te imaginas decir tonterías en ocho idiomas? Más vale saber uno sólo.

**A. C.**: Exacto. Cuando uno ve esos entrenamientos con jugadores arrastrando ruedas de auto, o llevando paracaídas… mejor sería que fueran menos trabajadores.

**J. M. L.**: Lo que sucede es que todo debe ser objetivable en esta sociedad. Todo lo que no es cuantificable, lo que no pasa a formar parte de la estadística, lo que no puede traducirse a números, no tiene validez.

**A. C.**: Vamos a pasar a otro tema, Juanma. Ya que naciste y vivís de este lado del mar, me gustaría que hablases un poco sobre las diferencias que vos ves entre el fútbol de este lado y el de Sudamérica, y el argentino, concretamente, si es que todavía hay alguna diferencia.

**J. M. L.** Yo creo que sí, que aun hay ciertas diferencias que indican la identidad futbolística de cada uno, pero, para desgracia de los sudamericanos, me parece que cada día se parecen más. Yo sigo por televisión el fútbol argentino, y lo veo cada día más angustiado, más comprimido. No lo veo con la presencia y la prestancia que tenía, ni la claridad conceptual para saber lo que tenían que hacer en el campo. Luego podían jugar mejor o peor, pero era fácil distinguir a un equipo o a un jugador argentino. Ahora no tanto. Ahora se valoran cosas en Argentina, que también tienen importancia, por supuesto, pero que eran y son complementos, y más en el fútbol argentino. Por ejemplo, se valora mucho a un tipo que tiene ida y vuelta, a alguien que repite muchas veces la banda. Es decir, se valora que haga mucho, y no tanto que lo haga bien. Se valoran cosas que en Europa han tenido mucho sentido, pero para vosotros no, como el goleador. El goleador, como tal, no era para vosotros fundamental; le exigían también que sea jugador. Si no era buen jugador, no valía, y aquí con que hiciera goles siempre era más respetado. El mediocentro es otro caso. Si no tenía clase, si no le daba sentido al toque, era menos considerado. Ahora no; ahora con que haga el trabajo defensivo, ya está. O sea, me da la impresión de que el talento, la inteligencia en el juego, la imaginación, han pasado a un segundo lugar. Han emparejado el gusto y la consideración con los europeos. Creo

que el fútbol argentino está viviendo una confusión. Confundís las churras con las merinas…

**A. C.**: ¿Qué es eso de churras y merinas?

**J. M. L.**: Ja, ja, ja, es un dicho que se usa mucho por aquí; son dos tipos de ganado que conviene no confundir, ¿me entiendes?

**A. C.**: Sí, sí.

**J. M. L.**: Bueno, te decía que yo creo que en estos momentos hay mucha confusión en el fútbol argentino, y sudamericano, en general. Yo creo que la necesidad de exportar jugadores hace que se quieran parecer a los europeos. Saben que el mercado está en Europa. Entonces piensan: "Cuanto más nos parezcamos, más mercado tendremos".

**A. C.**: Hay muchos jugadores argentinos en Europa. Algo así como 150, entre Italia y España, en primera y segunda división, pero cuántos de esos jugadores, que son rendidores, por otra parte, vos podés decir que son o representan la esencia del fútbol argentino.

**J. M. L.**: Pocos, en realidad. Muy pocos. Redondo, que cambió cuando Capello fue técnico del Madrid, aunque luego recuperó parte de su elegancia bien argentina y su gusto por la pelota; Gustavo López, Verón… no sé, Matute Morales, en México. Pocos, es verdad, aunque sin desmerecer a los demás, que, como tú dices, siempre juegan a gran nivel y casi siempre son figuras en sus equipos por el rendimiento que dan.

**A. C.**: Por personalidad, sobre todo. Porque siempre puedes contar con ellos, y eso viene también por la historia que heredaron.

**J. M. L.**: Bueno, y si me disculpas, por la necesidad económica también. Son fieras sabiendo que el fútbol los sacará a ellos y a sus familias, muchas veces, poco menos que de la miseria. Y eso te da un valor extra que en otros sitios, me refiero a Europa, no existe.

**A. C.**: Las dos cosas, creo.

**J. M. L.**: Pero volviendo a esas cualidades que los diferenciaban, yo me acuerdo, no ya de Maradona, que es lo máximo, sino de Kempes, de Bochini, de Bertoni, de Alonso, de Houseman. Tú los veías sin conocer su nacionalidad y decías: esos son argentinos. Eso se ha perdido, al menos en cantidad, porque aún quedan jugadores como

Riquelme, Aimar, Saviola, ese chaval muy delgadito y tan bueno del News Old Boys, Manso… en fin, aún os quedan, y espero que aparezcan muchos más.

**A. C.**: Habría que hablar algo sobre la cuestión táctica…

**J. M. L.**: Bueno, podríamos decir que casi siempre se nos valora cuando nuestro equipo pierde la pelota. Cuando defendemos. Y tenemos que volver a Italia, porque esa valoración viene generalmente de los italianos. Si tú atacas y te sorprenden en un contragolpe, te consideran mal. Dicen que no sabes manejar la cosa táctica. Por eso no mandan muchos al ataque, por no quedar descubiertos.

**A. C.**: Inclusive se llega a decir algo ciertamente abstracto, a pesar de venir de gente que quiere ser muy práctica. Que hay que terminar las jugadas, es decir, tirar al arco antes de arriesgarse a perder la pelota. Tirar al arco, así no te desarmás. Pero ahora pensemos un poco quién determina eso. ¿Quién dice ahora que hay que tirar porque ese pase lo vamos a errar y se nos van a venir de contra? Hay cosas que son increíbles y que se dicen en nombre de la practicidad.

**J. M. L.**: Y, en otro orden, que la velocidad de vértigo con que se juega en toda la cancha hace que se pierda la sorpresa. La cosa es hacer lo que sea, pero rápido. Eso me hace acordar a un concepto del Flaco Menotti, que decía que si llegan dos veces (los laterales), sorprenden las dos; si llegan seis, sorprenden una, y si llegan veinte, no sorprenden ninguna, porque los están esperando.

**A. C.**: El concepto actual sería mucho y rápido. Y si nos ponemos a pensar un poco, veremos que no es casual, que esa máxima rige en muchas otras cosas de la vida cotidiana.

**J. M. L.**: Ese respeto al tiempo y a la utilización de los espacios que tenían antes los argentinos, también lo están perdiendo. Jugaban lento para de pronto sorprender con algún pase imprevisto y un cambio de velocidad. Ahora se están asemejando a los europeos.

**A. C.**: Particularmente a los italianos.

**J. M. L.**: Claro, ellos se cuidan de que nadie pueda decir que no manejan el partido tácticamente. Por eso meten pelotazos y no acompañan mucho.

**A. C.:** En todo caso, sería manejar la táctica de la mitad para atrás. La otra mitad no se tiene en cuenta. Adelante, que invente el que sabe, solo y si puede.

**J. M. L.:** Podrán decir, si los sorprenden en un contragolpe, que perdieron por un error individual, pero nunca que pecaron de ingenuidad. Eso es de lo que se cuidan mucho, sin atender, por supuesto, a los conceptos futbolísticos, que les tienen sin cuidado.

**A. C.:** Sí, y no se trata de una cuestión estética en este caso, sino conceptual.

**J. M. L.:** Así es, la pelota y los jugadores deben viajar juntos. Está mal si la pelota va, pero no los jugadores. Si van juntos, hay posibilidades de segunda acción, de intentar por otro lado, en fin, de jugar. Lo otro es apostar a que uno o dos resuelvan y los demás miren.

**A. C.:** Bueno, estás hablando del achique, que la gente sigue confundiendo con el fuera de juego. Estar juntos es manejar correctamente los espacios. Si los jugadores están a veinte metros de distancia unos de otros, ¿cómo haces para tocar?

**J. M. L.:** Eso lo determina la línea del balón. Es malo también sobrepasar con muchos jugadores la línea del balón, pero lo comprendo mejor. Es mejor ese error que otro, que dejar muchos o casi todos detrás de la pelota por precaución. Nosotros preferimos que vayan juntos los jugadores y la pelota, y si la perdemos, también estamos juntos para defender.

**A. C.:** Y, además, el concepto de sorpresa, que es más o menos lo mismo que el engaño. El fútbol que se juega, y que estamos criticando, no tiene eso, precisamente. Le falta sorpresa. Todo es muy previsible, y por lo tanto, hay que resolverlo físicamente. Ganar por velocidad o por fuerza. No por talento.

**J. M. L.:** Claro, por eso se choca tanto.

**A. C.:** Pero resulta que para eso hay que asumir el riesgo de jugar. Sin riesgo no hay juego. Y para eso hay que entrenar mucho sobre los conceptos. Para asumir los riesgos y estar preparados. Para entender el juego. Lo otro no requiere tanto trabajo de los entrenadores. Y sí, en cambio, exigen una intensa preparación física.

J. M. L.: Eso es lo que te digo que fue patrimonio del jugador argentino. Por eso era distinto del europeo. Porque tenía mucho mejor conocimiento de los ritmos, de los tiempos. Y cuando venían aquí, te aportaban justo eso que te faltaba. Pero ahora sí los mandan iguales que los de acá, ya me contarás.

A. C.: Lo que decías del mediocentro, ¿no?

J. M. L.: Claro. Es que antes venía un mediocre argentino y te organizaba el equipo, y ahora muchas veces hay que organizarlo a él por lo mucho que corre para aquí, para allá, y no cumple aquella función.

A. C.: Es que tampoco, por más precisión que tengan los jugadores, se puede jugar siempre a 120 kilómetros por hora, porque se pierde sorpresa. Desactivo al rival tocando lento y lo sorprendo con un cambio de ritmo. Y lo que decías de los espacios. No se amaga siempre y desde cualquier lugar. En fin... que la táctica no es cuidarse con muchos para que no te hagan contraataques...

J. M. L.: Por eso cuando uno ve a Riquelme, a Saviola, a esos chavales que tienen todo esto, los ve distintos y sorprenden... Los ve con todo el barrio encima, como dices tú.

A. C.: Lo que le pasa ahora al jugador argentino es que también es víctima de la prisa. Se quiere ir cuanto antes, para solucionar cuanto antes su situación económica. Y no le respetan los tiempos de maduración. Ni bien aparece, lo venden como crack. Y para llegar a crack, le falta mucho, lógicamente. Entonces, en vez de ir incorporando conceptos, de ir aprendiendo, se estancan. Sólo quieren hacer goles porque saben que los goles venden más que cualquier otra cosa.

J. M. L.: Ellos empiezan a medirse según los valores que encuentran en la sociedad.

A. C.: Y van perdiendo valores que antes eran sagrados, como el pudor con la pelota, por ejemplo. Muchos jugadores argentinos no tiraban al arco porque, como no le pegaban muy bien, no querían quedar expuestos. Y a mí me parece bien, o al menos, mejor que esos que fallan un pase por cinco metros y se quedan tan contentos, o

que tiran al arco y fallan por diez metros y no les pasa nada. En cambio, ahora tiran treinta veces y muy mal; total, si por ahí la embocan, es un dato más para irse a Europa. Un gol más cerca de Europa.

**J. M. L.:** Es una pena. Eso tendríais que mantenerlo, joder.

**A. C.:** Es una cultura. Era lo que te hacía discutir en el café durante dos horas: si el nueve hizo bien en pasarla o tendría que haber tirado al arco. Era como una escuela.

**J. M. L.:** Una cultura que ya empieza distinta a la nuestra desde la pelota. Vosotros la llamáis en femenino. Nosotros en masculino: le decimos balón. Es más fácil tenerle cariño a la pelota que al balón, ¿no?

**A. C.:** Y que pasa también por el conocimiento del juego. Después eso le permite adaptarse a cualquier táctica.

**J. M. L.:** Aquí en Europa, ya sabes, la táctica está más relacionada con aspectos disciplinarios, con el cumplimiento de obligaciones. Y vosotros tenéis en ese sentido una mayor relación con el juego.

Y seguimos mucho más, porque con Lillo es imposible parar cuando uno habla de fútbol. Cuando la rueda de la moda dé otra vuelta y lo vuelva a encontrar, estará mejor preparado todavía y el fútbol recuperará grandeza.

**La preparación física.**

Como todavía hay discrepancias en cuanto a la preparación física en el fútbol, me parece oportuno invitar a dos profesionales de acreditado conocimiento y experiencia para que nos den su punto de vista. Alberto Giráldez es español y, pese a su juventud, trabajó en varios equipos de primera división del fútbol español: Sevilla, Celta, Tenerife y Real Madrid (estos últimos donde coincidimos), entre otros. Y Fernando Signorini, argentino, también joven y de extenso recorrido, estuvo, entre otros clubes, en Independiente y Rosario Central, de Argentina; Sampdoria, de Italia, y Sevilla, de España. Además, fue durante mucho tiempo preparador físico de Maradona. Ambos, sin conocerse personalmente, opinan de manera parecida y creen que la preparación física del futbolista no es una disciplina aparte, sino que debe integrarse en la preparación total del jugador. Piensan, como digo, más en el juego que en el músculo. Vale la pena escucharlos:

ALBERTO GIRÁLDEZ DÍAZ

Para comenzar, considero necesario reflexionar acerca de los antecedentes de la realidad actual del entrenamiento en el fútbol. Las tendencias en la concepción del entrenamiento van variando. Lo que uno aprendió hace tiempo lo va modificando según hechos y circunstancias que se van experimentando.

Durante algunos años se puso el acento, de forma exagerada, en el desarrollo de la condición física del jugador. Las actividades propuestas en las sesiones de entrenamiento descansaban sobre el componente físico. Se entrenaba fundamentándose en el esfuerzo, en vez de basarse en el juego. Quizá, entre otros factores, se llegó a este punto por la aparición en el fútbol profesional español, hace unos treinta años, de preparadores físicos que provenían de deportes individuales y que aplicaron teorías, sistemas y métodos de entrenamiento de esos deportes a un deporte colectivo tan abierto y tan diferente, como es el fútbol.

Los éxitos de equipos con gran condición física en el Mundial del 66 y la aparición del fútbol total en la década de los setenta, con Alemania, Inglaterra y Holanda como máximos exponentes, donde aumentan las distancias a recorrer por los jugadores y desaparecen los puestos rígidos, provoca un cambio. La necesidad de recorrer mucho más espacio ocasiona que la preparación física ocupe un lugar preferente en el entrenamiento. En ese momento, el fútbol toma otra velocidad. El espacio y el tiempo para poder actuar se reducen drásticamente. La exigencia de moverse rápido y de moverse mucho, la necesidad de poder llegar y poder volver, este tipo de fútbol que surge provoca también la preponderancia del entrenamiento analítico y condicional.

A partir de ese momento, muchos entrenadores le dieron más importancia a la figura del preparador físico que a su propio entrenamiento. El preparador físico dio un paso adelante y empezó a dirigir muchas fases del entrenamiento y, en muchos casos, casi la totalidad del mismo. Esto creó toda una cultura basada en el esfuerzo.

Por otra parte, creo que a veces hemos entrenado para entrenar, en vez de entrenar para jugar. Se llevaban a cabo preparaciones diferentes para el desarrollo físico, para el desarrollo técnico y para el desarrollo táctico, haciéndolo siempre de una forma cerrada, y esa propuesta nos aleja del juego. El todo es más que la suma de las partes.

En la actualidad, el entrenamiento ha progresado hacia el mundo

de la táctica, de la interpretación del juego. Hay que tener en cuenta que el juego conlleva todo implícito, y por ello el análisis del propio juego en los últimos años ha llevado a estructurar un entrenamiento diferente en el que, a veces, y debido a ese pasado tan condicional y específico del fútbol energético, a algunos jugadores y a algunos técnicos les parece que, si el jugador disfruta, no vale y no tiene sentido lo que se está realizando. Eso es un error, porque no hay que olvidar que detrás del fútbol hay un juego, ese juego en el que todos hemos querido participar de una forma lúdica. Este gusto por participar de un juego tan atractivo, tanto en el ámbito del fútbol formativo como en el ámbito del fútbol profesional, en muchas ocasiones los técnicos lo hemos anulado con propuestas que acaban aburriendo al jugador.

Se ha fomentado la sensación de que los jugadores tienen que entrenar todos muy serios, en silencio, con cara de sufrimiento, de estar pasándola mal, dando la sensación de que el principal objetivo del entrenamiento es que el jugador se canse o sufra por obligación. Y esa es una manera mal entendida del método de entrenamiento. Las actividades lúdicas entrenan. Además, se puede entrenar en silencio, pero a una intensidad insuficiente o con manifiesta desgana.

Todos los técnicos conocemos que el objetivo del entrenamiento es aumentar las capacidades del jugador para competir, que lo primero debe ser planificar para saber qué es lo que queremos. Planificar es simplemente pensar con anterioridad. Es definir y establecer prioridades, ya que el tiempo limita y sentimos que nos gustaría tener más tiempo para entrenar. Estructurar y definir representa también sacarle rendimiento al tiempo.

El entrenamiento debe ser una cita permanente con el aprendizaje de las habilidades propias de cada deporte, para adquirir las habilidades nuevas o repetir y mejorar aspectos de las ya adquiridas. También es el momento de eliminar y cambiar las conductas improcedentes. Sin inteligencia pedagógica no se puede dirigir. Es necesaria una buena capacidad didáctica y entender siempre lo que necesita el grupo en cada momento. No atender sólo a lo que tene-

mos preparado, sino estar atentos a lo que necesita, lo que nos demanda el grupo.

Debemos intentar conseguir que el jugador entrene a gusto, que tenga adherencia por su preparación, que vaya contento a entrenar. Parece que las propuestas de entrenamiento en las que disfrutan los jugadores no son serias, que no están entrenando, que no mejoran, que lo que hacen no sirve, lo que constituye un error de principios tratándose de un juego. Los jugadores deben disfrutar en los entrenamientos. Pero en el mundo del fútbol se suele confundir diversión con frivolidad. El fútbol es un juego, conjugamos un verbo que es "jugar", no es "correr al fútbol", no es "saltar al fútbol", sino que es "jugar al fútbol". Pasarlo bien tiene que ver con la forma de plantear el entrenamiento. No tiene que darse por hecho que es atractivo de por sí. El disfrutar debe ser uno de los objetivos del entrenamiento, siendo a su vez forma de implicar a los jugadores, como dijo Di Stéfano: "El entrenamiento es una diversión, hay que tomarlo como un hobby, tengas la edad que tengas".

Tiene que ver con la relación de lo que se lleva a cabo y los intereses de los jugadores. Claro que quieren entrenar, pero entrenar para jugar al fútbol. No debemos caer en el aburrimiento programado, a esa semana tipo en la que cada día tiene su misma sesión preestablecida y los jugadores conocen todo lo que se va a hacer, sin variación ninguna. Repitiendo cada semana lo mismo, una y otra vez, pues ésta es la causa más frecuente de abandono de este deporte por parte de los jugadores jóvenes.

Existen muchas propuestas en el entrenamiento demasiado alejadas de lo que propone el juego, y nos hemos acostumbrado a ellas y ya nos parecen del entorno, de la familia, y las aceptamos con naturalidad. Se puede entrenar de muchas maneras, pero nos estamos refiriendo a un deporte con unas determinadas características, y hay que exponer a los jugadores a las condiciones de la competición. Aprender a competir con conductas y habilidades dentro del contexto de la competición. Realizar entrenamientos en las condiciones del partido. Si las actividades planteadas son inapropiadas, no exis-

te adherencia al entrenamiento y las propuestas de los cuerpos técnicos acaban aburriendo al jugador. Ese hastío viene provocado por basar los contenidos del entrenamiento en aspectos demasiado alejados de lo que propone este juego. Los principales culpables son los que proponen las tareas, no los jugadores que se aburren.

Pero hay que analizar el juego, lo que pasa internamente y, según las necesidades del equipo, trasladarlo al entrenamiento a base de diseñar unas tareas que hagan que se cumplan los objetivos propuestos. La solución está en el diseño de tareas. Concebir ejercicios que contengan las demandas del juego. Hay que reflexionar lo que se produce en la competición y tratar de trasladarlo al entrenamiento.

Uno de los valores necesarios del preparador físico respecto a su condición de componente de un cuerpo técnico es no decirle que sí a todo al entrenador. Por el contrario, uno es útil si sabe replicar con razonamientos, conociendo que en el ejercicio dialéctico del debate todos crecen y aprenden. El preparador físico no debe vivir de complacer al técnico. El grupo de trabajo tiene que compartir y preparar las tareas en conjunto. Preparar un entrenamiento también es un acto creativo.

En general, se relaciona la labor del preparador físico con la de un torturador deportivo que somete al jugador, mediante castigo diario, a una exigencia extrema para mantenerlo a un supuesto elevado nivel de condición física. Cuando es todo lo contrario. Es alguien que vela por la salud del jugador otorgándole herramientas para ser más eficaz en su cometido. Pero también nosotros nos hemos equivocado. Todos los expertos, si no se alejan cada cierto tiempo, si no abren el ángulo para observar de vez en cuando desde la distancia, acaban perdiendo perspectiva. Y los preparadores físicos acabamos enredados en nuestros conocimientos. Buscamos lejos lo que tenemos cerca. Miramos demasiado al gimnasio, al porcentaje, al laboratorio, a la novedad. La novedad deslumbra por el mero hecho de serlo y no siempre aporta para mejorar. En ocasiones sólo cambia. El que tiene una herramienta sólo ve a través de ella. Y nosotros miramos demasiado a través de la condición física, todo lo relaciona-

mos con la capacidad condicional. Todo tiene su importancia, pero si lo sacamos de contexto se pierden las referencias y el especialista acaba creyendo que lo suyo es más importante que lo esencial. Y lo esencial es el juego. Hemos magnificado la importancia de la carga, argumentando que es la llave para conocer lo que está pasando. La carga, aun si se pudiera contabilizar, no es prioritaria. Lo más importante es saber elegir bien. Los preparadores físicos acabamos contabilizando y midiendo todo, porque los números nos dan seguridad. Todo lo acabamos reduciendo a cifras. El deseo de conocer lo que está pasando nos ha llevado a la obsesión por la medición. Nos da una sensación de control, ya que nos aterra no tener dominio. Los números se tocan, son tangibles, y eso nos ofrece la posibilidad de reducir dudas. Si la semana pasada realizó un tiempo de 3'18" y esta semana 3'16", el jugador está mejor, está más capacitado. Se acaba siendo prisionero del reloj, de la ecuación, de la báscula, del porcentaje. Pero no se sabe con certeza si lo realizado le va a permitir competir en mejores condiciones, porque en este deporte ser más capaz físicamente no te asegura rendir más. Y, además, no se puede cuantificar, porque no se repiten dos situaciones idénticas. Este juego es libre y no cabe en ningún recipiente.

En muchas ocasiones, el jugador muy capacitado condicionalmente se equivoca antes, se desplaza más rápido hacia el lugar erróneo; por lo tanto, se aleja del lugar donde debería situarse. Y encima nosotros le queremos aumentar su capacidad para que se equivoque más.

## FERNANDO SIGNORINI

### La preparación física en el fútbol. Elección de los métodos de entrenamiento. Consideraciones generales.

Creo que estaremos de acuerdo que, en sus orígenes, la preparación física del fútbol bebió de las fuentes del atletismo para saciar la sed de sus necesidades energéticas. Tenía especial interés en señalar este dato como una manera de precisar el tiempo de contaminación con-

ceptual que, en general, padecemos nosotros, los responsables de elegir la vasta gama de esfuerzos tendientes a mejorar el rendimiento físico. Permítanme señalarles entonces, a modo de recordatorio, una verdad incontrastable: ES MUY DIFÍCIL ENSEÑAR BIEN ALGO QUE SE APRENDIÓ MAL.

Hubo quienes, seducidos por la constante caída de récords en las pruebas atléticas, recogieron el guante y trasladaron, sin más razón que su personal entusiasmo por unas décimas menos y algunos centímetros más, soluciones idénticas para problemas distintos. Movidos seguramente por muy buenas intenciones —que sin la sabia guía del conocimiento conducen generalmente a mediocres soluciones—, irrumpieron, de un modo casi versallesco, en la por entonces incipiente literatura especializada, dejando para siempre horrores como este: "Hasta la fecha son muy pocos los equipos que han comprendido que el mejor criadero de alevines está en las pistas de atletismo".

No conformes con haber llegado al borde del precipicio, dieron un paso más al asegurar que: "Un jugador atleta, con un discreto dominio de la técnica del fútbol, puede ser un superjugador".

Yo, en nombre de todos aquellos jugadores de la historia del fútbol que por razones genéticas o por lo que fuere no superaron el metro setenta de estatura, agravado esto por el hecho de tener (en algunos casos) piernas demasiado chuecas, y/o demasiado flacas, vientre prominente y hombros descarnados, quiero pedir perdón; quiero pedir perdón porque entre ellos hubo quienes generaron más lágrimas que sonrisas, más insultos que gentilezas, más bostezos que suspiros. Perdón, entonces, por las ilusiones rotas de todos aquellos (parientes, amigos) que creyeron que alguien con un porte tan poco atlético podría haber dejado su huella en el olimpo del fútbol. Sin embargo, hubo algunos un poco más afortunados, que rompieron todas las certezas de las más sabias teorías científicas aplicadas al fútbol y llegaron un poquitín más lejos, tales los casos de, por ejemplo, Puskas, Gento, Garrincha, Zico, Keegan, Houseman, Maradona, Coutinho, Pelé, Bruno Conti, Hugo Sánchez, Romario, Raúl, y ape-

nas algunos centenares más… Por todo esto debo deducir que el atletismo tiene, en definitiva, un gusto mucho más refinado por la estética que por el fútbol; aunque igual habrá, para regocijo de todos, algún futbolista que, más allá de tal o cual característica física, jugará siempre "de galera y bastón". La buena presencia, entonces, no es en el fútbol, garantía de eficacia, aunque, por supuesto, muchas veces —para felicidad del sexo opuesto y de los *sponsors*—, coinciden en un mismo jugador, elegancia y condiciones. Alguna vez se me ocurrió que "un gramo de tejido cerebral pesa —entre comillas— más que 75 kilogramos de músculo", definición que le sirvió de inspiración a Jorge Valdano para escribir un muy jugoso artículo sobre los beneficios del saber y del pensar a la hora de jugar. Fuerza. Velocidad. Resistencia. Potencia. Todos son condimentos que dan como resultado una salsa más o menos insípida, y que necesita de tres aditivos fundamentales, a saber: CONOCIMIENTO, INTELIGENCIA Y TALENTO, para convencer a los más exigentes "gourmets", cuando de satisfacer su refinado apetito futbolístico se trata.

Aclarado esto, quisiera hacer algunas consideraciones sobre la elección de los métodos de entrenamiento para el fútbol. Creo que habrá quedado bastante clara ya mi oposición y rechazo hacia todo método convencional derivado del atletismo, y al uso de su principal argumento, la pista, como lugar apropiado para enriquecer las aptitudes físicas de los futbolistas. Estoy absolutamente convencido de que no existe sitio más indicado para ello que aquel donde se juega: la cancha; o, como alternativa, espacios verdes que permitan a los jugadores realizar todas aquellas maniobras y movimientos que deberán repetir el día del partido.

Todas las ejercitaciones elegidas para aumentar o mantener los niveles de rendimiento deberán respetar las características del juego. Nuestro desafío debe ser, precisamente, el de inventar secuencias de movimiento que, respetando leyes biológicas básicas, permitan al jugador desarrollar al máximo sus posibilidades, realizando esfuerzos similares a los que las características del juego proponen. Si de elevar los niveles de rendimiento se trata, deberemos, prioritariamen-

te, respetar las posibilidades de adaptación al esfuerzo, toda vez que estamos trabajando con algo tan valioso y delicado como es la salud del sujeto, y no sabemos a ciencia cierta de qué modo podrán influir —no sólo en su vida de atleta— las cargas muchas veces irracionales que ordenamos y exigimos en nuestro desmesurado y ridículo afán de "buscar los límites". Aun hoy es muy común escuchar de parte de muchos jugadores una frase que para algunos preparadores físicos suena (aunque parezca mentira) como un elogio: quién no habrá escuchado alguna vez eso de "El profe es un fenómeno, masacra".

Creo que, desde un punto de vista más racional, es innegable que ante la evidencia de sesiones de entrenamiento donde se exijan esfuerzos desmedidos por parte del profesional a cargo, habría que ser lapidario en el juicio sobre quien utiliza estos métodos, por irresponsabilidad, pues la función del preparador físico no es la de "matar" a nadie, sino la de ayudar a cada uno a mejorar su capacidad de rendimiento, respetando, como ya he manifestado, sus posibilidades de adaptación al esfuerzo.

Por otra parte, debemos reconocer que, hasta el presente, nosotros los latinoamericanos hemos tenido una marcada inclinación a imitar las metodologías de entrenamiento que de una manera u otra nos llegan desde Europa; metodologías éstas derivadas, casi sin solución de continuidad, de aquellas pensadas, desarrolladas y aplicadas en el atletismo.

No podemos negar el magnetismo que palabras como INTERVALL TRAINING / FARTLEK / ENDURANCE / STADE STATE / TEMPO TRAINING / BODY BUILDING/ PLIOMETRÍA producían en todos aquellos que habíamos decidido dedicarnos a la preparación física del fútbol.

Y así, puestos a planificar, imaginábamos a los jugadores de nuestros equipos recorrer al menos un kilómetro más que el de los rivales de turno, y, con idéntico razonamiento cuantitativo, levantar algunos kilogramos más por cada grupo muscular, subir a cuestas más altas y empinadas, e incitarlos a recorrer mayor distancia en los test de resistencia, ser más veloces en aquellos de velocidad, correr

con chalecos más pesados, transpirar como animales, terminar llenos de ampollas, y quien vomitaba sangre…

¡Ése! ÉSE ERA EL EJEMPLO A SEGUIR, por la casta, por el coraje y por no sé cuántas sinrazones más. Y ni qué decir de cómo alimentábamos nuestras veleidades de seudofisiólogos: ATP. ADP. CP. Ciclo de Krebs, glicólisis anaeróbica, dosajes de ácido láctico; Margaría, Nocker, Hollmann, Reindell, Hettinger, Bosco, Linzbach; aunque casi seguramente la mayoría de ellos no tenía la más pálida idea de fútbol ni de futbolistas. Nos asombraban con términos y fórmulas que superaban nuestro poder de comprensión, desplazando a las enseñanzas mucho más simples y provechosas que podíamos adquirir con el simple hecho de concurrir a un partido de fútbol para tratar de desentrañar los secretos del juego. Quiero, a raíz de esto, contarles una risueña anécdota que se originó cuando en una charla sobre fútbol un participante le preguntó al disertante, don Renato Cesarini, si alguna vez había leído un libro sobre fútbol, a lo que el viejo maestro respondió socarronamente: "No, yo no, pero si usted tiene alguno, tráigamelo, que se lo corrijo con mucho gusto". No quiero por ello menospreciar la innegable contribución que la fisiología y demás ramas de la ciencia han aportado al fútbol. Sólo pretendo subrayar la conducta muchas veces negligente de tantos preparadores físicos que, sin haber cursado estudios de medicina, incursionan en áreas tan delicadas y complejas del saber.

Quisiera entonces dejar en claro que un futbolista no va a jugar mejor porque corra mucho y más rápido, o sea capaz de levantar más peso en el gimnasio o salte como un canguro, sino que tendrá más posibilidades de jugar bien cuantos más conocimientos conceptuales tenga del juego y esté mejor preparado desde el punto de vista futbolístico. Coincido con Ángel Cappa cuando afirma que "El fútbol no es un hecho científico, sino cultural, y el conocimiento empírico, la intuición y el sentido común son también fuentes de conocimiento".

Cuando a Diego Armando Maradona se le ocurrió convertirse en mariposa celeste y blanca para cruzar zigzagueante el verde prado del estadio Azteca, burlando los intentos por atraparlo de cinco

atléticos cazadores ingleses, para convertir uno de los goles más bellos en la historia total del fútbol, a pocos se les ocurrió pensar que empleó "casi 13 segundos para recorrer aproximadamente 55 metros, una enormidad desde el punto de vista atlético". Estoy convencido de que en una carrera lineal sobre idéntica distancia entre los mismos actores de tan memorable jugada —partiendo todos al unísono—, Diego hubiera llegado detrás de muchos. Sin embargo, aquella tarde llegó delante de todos.

Muy pocos textos de la hoy vastísima literatura del fútbol pueden enseñarnos más y mejor que un simple partido, salvo aquellos escritos por quienes conocen en profundidad el fútbol y sus intérpretes (que, por supuesto, son muy pocos). Una sola jugada, como, por ejemplo, la ya citada de Maradona, puede servirnos para redondear un concepto que nos ayude luego a desarrollar secuencias de movimientos que tengan que ver con la preparación futbolística, no como el único, sino como el mejor camino a la hora de seleccionar los métodos de entrenamiento para el fútbol. Así como la medicina no utiliza los mismos medicamentos para curar distintas dolencias, en el fútbol no es conveniente utilizar las soluciones que sirven para resolver los problemas de otras disciplinas deportivas, simplemente porque, aunque se parezcan, cada una sólo es igual a sí misma. Creo que, comparado con el atletismo, el fútbol presenta una cantidad tal de variantes e imprevistos, que lo hacen mucho más complejo. Por ejemplo, un velocista sabe de antemano la dirección que debe imprimir a su carrera, conoce a priori la distancia que debe recorrer, sabe que para ganar deberá correr más rápido que sus rivales. El tener un andarivel propio lo pone a resguardo de cualquier contacto físico. No puede permitirse el lujo de frenar, volver hacia atrás o a los costados, caer, saltar y mucho menos quedarse parado. El jugador de fútbol sabe a veces —y otras intuye— hasta dónde debe llegar, sólo que el camino a recorrer no está previamente señalado y es muy común que deba variarlo en forma imprevista; parafraseando a Machado: "Hará camino al andar". Nadie lo premiará por el tiempo empleado en llegar a destino, y sabe que para hacerlo es por lo gene-

ral mucho más redituable saber correr que correr más rápido. Vivirá noventa minutos tratando de mentir y engañar a todos aquellos que se oponen a sus deseos, con la certeza de que en cada segundo cualquiera de ellos podrá pagarle con la misma moneda. Se valdrá de la astucia, la intuición, el coraje, la solidaridad, sus ilusiones, sus convicciones, pero, fundamentalmente, de su bagaje de conocimientos conceptuales para resolver situaciones.

## *¿Y el fútbol, dónde está?* ——•

"A pesar de todo me trae cada día la loca esperanza, la absurda alegría".

E. BLAZQUEZ.

No es la primera vez que lo amenazan ni la primera vez que lo matan. El fútbol resucitó siempre. Sin embargo, ahora la cosa parece más seria que nunca. Los buenos jugadores son un problema, y en Italia prácticamente está prohibido que dos buenos jugadores jueguen juntos. O Totti o Del Piero. No se les ocurre discutir a Gatusso y Ambrosini. Por ejemplo. Cuando se comentó que Riquelme podría ir al Barcelona, el debate era si podían jugar juntos él y Rivaldo, y si se podría adaptar al fútbol europeo, si era lento, si pisaba mucho la pelota, si gambeteaba en exceso. Una de las pocas voces sensatas que escuché entonces fue la de mi amigo el Tano Rizzo: "Si Riquelme no se adapta", dijo entonces, "a los que hay que cambiar es a todos los jugadores europeos, porque el fútbol se juega como lo hace Riquelme".

El fútbol está acorralado y estos tipos no andan con vueltas. Lo quieren matar en nombre de la eficacia, de los intereses, de la nueva tecnología, y de qué sé yo cuantas tonterías por el estilo. Eliminaron los wines y los cambiaron por los carrileros, pusieron tres centrales en lugar de dos y suprimieron el centrojás para poner dos contenciones. Nadie va por afuera, y en realidad tampoco por dentro. La pelota viaja por el aire para evitar riesgos. Esta vez no es broma. Cuentan con los medios de comunicación, que están logrando que nadie se interese ya por el juego y todos hablemos de lo que pasa alrededor del fútbol y nada de fútbol.

Lo arrinconaron después de globalizarlo, de quitarle identidad, y están a punto de darle el tiro de gracia.

El talento les plantea dudas porque sugiere riesgo. No quieren riesgos y no se dan cuenta (o sí, no lo sé) que es lo mismo que negar el juego. No puede haber juego sin riesgo. Por eso prefieren la lucha y confían más en las cualidades físicas: fuerza y velocidad. Un jugador como Gatusso tiene menos objeciones que uno como Recoba y más posibilidades de jugar de titular.

Si no han podido todavía con el fútbol es porque siguen apareciendo jugadores de calidad, y a pesar de todo los necesitan. Aunque sea de propaganda. No pueden promocionar un partido prometiendo sudor y esfuerzo, porque iría muy poca gente. Curiosamente, tienen que vender lo que luego, implícitamente, prohíben: el buen juego.

Los buenos jugadores son respetuosos de los conceptos básicos que ellos, negando el juego, desconocen.

Y ahí está el fútbol, escondido en los buenos jugadores que aparecen y que todavía disfrutan jugando. Que todavía no fueron asimilados por el sistema.

Está en los pibes que se juntan todos los días en cualquier barrio de cualquier ciudad alrededor de la pelota para vivir el juego que los entusiasma. El fútbol no está en la urgencia que atropella el cómo. Está en el conocimiento de sus reglas elementales, que se aprenden jugando en la calle.

No está en la especulación táctica, sino en el atrevimiento.

El fútbol está en los entrenadores que defienden su vocación, no su puesto de trabajo.

En los dirigentes que dirigen con criterios deportivos, no comerciales.

En los periodistas que se interesan por el juego y enfrentan la corrupción del entorno.

En los jugadores profesionales que sienten el orgullo de serlo, que no se dejan atropellar por la profesión y que lo viven como si fueran amateurs. Que saben que para ser serios hay que divertirse en una cancha.

El fútbol está en el fútbol, no en el entorno.

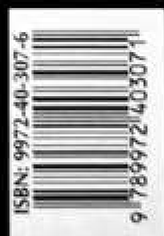
Por eso no le queda otro futuro que volver a su pasado para seguir siendo lo que fue y lo que todavía es a pesar de todo.

El fútbol puede ser un espectáculo dominical, un negocio multimillonario, una pulsión descontrolada o la expresión de la idiosincrasia de un pueblo. También, una hermosa manera de engancharse a la ilusión: para aquellos que de verdad aman el fútbol, entrar a una cancha, personalmente o a través de otros, equivale a "vivir lo que tantas veces se ha soñado".

Por ello no hay aficionado que no sea, a la vez, el mejor director técnico, capaz de conducir a su equipo al triunfo, y el teórico que postula con pasión una determinada concepción de lo que debe ser su deporte favorito.

Con esa misma pasión y una experiencia de años como entrenador de algunos de los mejores equipos del mundo, Ángel Cappa ha escrito un libro vibrante que, a contracorriente de ciertos planteamientos y prácticas del fútbol posmoderno, reivindica la belleza y el placer del juego, su condición de arte y su esencia profundamente humana.

Texto polémico, como todos los suyos, *¿Y el fútbol, dónde está?* informa, opina, razona y, sobre todo, establece una relación íntima, visceral, con ese fervoroso hincha que goza y sufre con el más popular de los deportes.


ISBN: 9972-40-307-6

SERIE CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS / PEISA